

Todo
por
SENTIR



Vega Manhattan

Todo
por
SENTIR

Vega Manhattan

Todo por sentir.

© Vega Manhattan.

1º Edición: Abril, 2020

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro sin el previo permiso del autor de esta obra. Los derechos son exclusivamente del autor, revenderlo, compartirlo o mostrarlo parcialmente o en su totalidad sin previa aceptación por parte de él es una infracción al código penal, piratería y siendo causa de un delito grave contra la propiedad intelectual.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personaje y, sucesos son producto de la imaginación del autor.

Como cualquier obra de ficción, cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia y el uso de marcas/productos o nombres comercializados, no es para beneficio de estos ni del autor de la obra de ficción.

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Epílogo

Capítulo 1

Valeria puso los ojos en blanco cuando leyó lo que decía el papel pegado en la puerta del ascensor: “Fuera de servicio por reparaciones”.

Hacía casi un año que vivía en ese edificio, trescientos tres días para ser más exactos y ese dichoso cachivache había funcionado ¿cuánto? ¿Once días a lo sumo?

Porque ella no era la propietaria de la vivienda, era una simple arrendataria, que si no... Iba a pagar la cuota de la comunidad Rita la cantaora.

Por reparaciones decía... ¿Reparaciones para qué o qué? ¿Cómo iba a estropearse algo que nunca funcionaba?

Valeria miró la escalera que la conduciría hasta su casa y resopló. Sesenta y nueve escalones que tendría que subir cargada como una mula. Y con tacones. ¿Por qué no aprendía?

Porque era idiota, así de simple.

Ese día había salido temprano del trabajo, Sergio le había mandado un mensaje mientras ella iba de camino a casa cancelando la cena de esa noche porque tenía guardia. Así que ya que tendría que pasar la noche del viernes en el sofá, viendo alguna película, se le ocurrió pasarse por el supermercado. Solo para comprar un par de cosillas, algún que otro capricho para ver una comedia romántica en condiciones.

Lo que terminó convirtiéndose en: “Tira de tarjeta porque no tienes tanto efectivo en el monedero. Ni efectivo ni en la cuenta, ya que estamos. Y no, no pienses ahora en que tendrás que pagarlo el mes que viene. Mucho menos se te ocurra dejar las cosas ahí y salir corriendo. Por Dios, ¡qué vergüenza!”

Pero era lo que tenía ser mileurista y estar a final de mes. No tenía una ni para pipas.

Y ya podía haberse quedado así pero no, su enferma y obesa mente había ganado la batalla con una sencilla pregunta que se había repetido una y otra vez: “¿Qué daño te va a hacer un capricho?”

Si solo fuera uno...

Maldiciéndose a sí misma, comenzó a subir los escalones.

Solo son cuatro pisos, tampoco es para tanto, se dijo. Y además, ya deberías estar acostumbrada.

Ni tanto...

Uno...

Dos...

Tres...

Crac.

No se metió la hostia del año de milagro cuando el tacón del pie derecho se rompió.

En ese momento tenía que estar pitándole el oído al dueño del piso, a su mujer y a toda su familia de cómo lo estaba insultando.

Soltó todo, se quitó los zapatos, los metió en una de las bolsas y continuó escaleras arriba.

—Me cago en mi estampa —refunfuñó cuando iba por el peldaño cuarenta.

Se paró a tomar aire y colocó mejor las bolsas que ya le estaban cortando la circulación de las manos. Con cuidado de que la bandeja con los pasteles no sufriera ningún daño... Y sí, es lo que pensáis, no había podido evitar pararse en la pastelería y seguir quemando tarjeta allí.

En fin... Ya quedaba menos. Había que seguir.

—¿A quién demonios se lo ocurrió la brillante idea de alquilar un cuarto? —gruñó un momento después, cuando solo le quedaba un piso por subir y sentía que los pulmones le quemaban.

Ignoró, cómo no, el letrero fluorescente que se encendió dentro de su mente y que iluminaba su imagen dando la respuesta a su pregunta porque, evidentemente, solo a ella se le podía haber ocurrido.

Pero claro, tenía ascensor, ¿cómo iba a imaginarse que casi nunca funcionaba?

Y ya ni hablemos de que la palabra ejercicio no iba con ella. Y no es que fuera vaga, claro que no, ella hacía ejercicio de vez en cuando.

Solo que...

Cansarse por cansarse lo veía una tontería. Bastante cansada era ya la vida de por sí.

—Solo dos más... —llegaría a su casa, soltaría las bolsas, cogería uno de los pasteles y se lo comería tumbada en el sofá— Uno más...

¡Por fin!

Con la lengua casi fuera, aligeró el paso hasta su destino. Ni el Jorobado de Notre-Dame había caminado nunca tan encorvado.

Llegó a la puerta de su vivienda, soltó algunas bolsas para poder buscar las llaves en el bolso, pero la puerta se abrió, Valeria se incorporó como pudo y...

—¡¡¡Vamos a morir todos!!!

No, no os preocupéis, esto es una novela romántica. No iba a morir nadie. Y no sería por falta de ganas. Porque...

A tomar por culo los pasteles.

Tras el portazo de la loca de la vecina y de gemir cuando vio cómo la bandeja perfectamente envuelta de la pastelería caía al suelo, Valeria cerró los ojos con fuerza.

Mierda, los pasteles no.

Silvia, su compañera de piso y quien había abierto la puerta, echó un rápido vistazo y frunció el ceño. ¿Qué había comprado esa loca? ¿Medio supermercado?

Eso olía a drama existencial.

Quizás sentimental.

Pues otro drama más...

Levantó la mirada hasta su amiga, quien apretaba los párpados con fuerza y tenía sus labios convertidos en una fina línea y supo que estaba a punto de explotar cual olla a presión.

—Val... —susurró Silvia.

Su voz sonó calmada y suave, como si le estuviera hablando a un animal salvaje a punto de embestir. Lo que no era una comparación exagerada para cuando se trataba de Valeria.

La mayoría de la gente la definía como una mujer tranquila, con una paciencia infinita, súper dulce y educada. Claro que eso era de cara a los demás. Pero quienes la conocían bien, sabían que tras esa máscara de serenidad, la andaluza escondía un genio de los mil demonios y conocía más tacos que un camionero.

Y sí, porque seguramente era así, venía de mal humor por tener que subir a patitas y a eso se le sumaba el grito de la desquiciada anciana que vivía al lado y que había destrozado, más directa que indirectamente, su ración de azúcar...

Valeria no tardaría mucho en echar humo.

Y en otro momento a Silvia no le habría importado. Hasta la habría animado a soltarlo todo. Como le decía siempre: mejor fuera que dentro. Pero teniendo en cuenta que no estaba sola y que existía la posibilidad de que ardiera Troya cuando viera quién la acompañaba...

Aunque Silvia esperaba poder mantener la situación bajo control.

Porque Valeria era un amor.

Otra cosa es que estuviera más pirada que su vecina, pero que era un encanto, lo era. Menos cuando se encontraba como en ese momento. O con ciertas personas.

Silvia suspiró, se agachó, cogió la bandeja del suelo y miró a Valeria.

—Val —insistió.

Valeria cogió aire lentamente, abrió los ojos, miró a su amiga y le hizo un gesto con el dedo para que no dijese nada. Dio un paso hacia delante, Silvia pestañeó varias veces, se apartó y la dejó pasar.

Error, pensó al reaccionar y ver hacia dónde se dirigía.

—Val, espera —Silvia dejó la bandeja encima del aparador de la entrada para intentar parar a su amiga, pero no llegó a tiempo. Ella ya había retirado la cortina y había abierto la puerta del balcón.

Cogió aire y...

—¡¡¡Juro que algún día la mataré!!! —gritó a todo pulmón.

Silvia puso los ojos en blanco y una risita a su izquierda la hizo suspirar. Miró a su hermano, apoyado en el marco de la puerta del pasillo, con los brazos cruzados y observando, divertido, a Valeria.

Pues empezamos bien, pensó Silvia.

Su amiga iba a matarla, estaba segura. O moría, lentamente, a manos de Valeria o, en el “mejor” de los casos, su amistad terminaría para siempre.

—Val —volvió a llamarla, esperando a que ya hubiese terminado con el drama y que le hiciera un poco de caso.

Estaba deseando terminar ya con todo eso. La muerte, cuanto más rápido, mejor.

—Maldita vieja de los demonios —gruñó su amiga—. A ver si se quema en el infierno.

Pues no, no ha dejado el drama, aún está bien metida de lleno en él, pensó Silvia. *A ver si deja el complejo de Scarlett O’Hara.*

Valeria respiró varias veces intentando calmarse. Esa mujer la tenía hasta la coronilla. Un día de estos iba a sufrir un ataque al corazón con los sustos que se llevaba.

Y antes de morirse ella, moriría la vieja.

Más de una vez se había preguntado por qué su alquiler era más bajo que el de los demás vecinos del barrio.

La respuesta era simple.

Entre el desastre del ascensor y la desquiciada mental que vivía al lado, o pedían un bajo precio por él o el dueño tendría que regalarlo.

Si ella lo hubiese sabido a tiempo, no estaría allí. Pero se enteró demasiado tarde.

Cuando ya se sintió más relajada o, al menos, con más control de sí misma, se giró mientras levantaba su mano para quitarse el pelo que le cubría parte de la cara y se quedó paralizada cuando se dio cuenta de que no estaban solas.

Había otro par de ojos pendiente a ella. Un par de ojos que ella conocía bastante bien.

Joder, ¿qué hacía él allí?

Lentamente, él se incorporó, descruzó los brazos y se quedó mirándola fijamente.

—Max —la sorpresa en su voz mientras le daba un rápido repaso al dueño de esos preciosos ojos grises.

Señor, sí que había mejorado con los años. Y nunca hubiera pensado que eso fuera posible, siempre fue perfecto.

Al menos para ella.

Max tenía algo especial. Un rostro bastante masculino, unas facciones duras que parecían haberse señalado con los años, aumentando su atractivo.

Alto, atlético pero no en demasía, con ese rostro serio que a veces iluminaba con una sonrisa pícara y ese pelo castaño tan bien peinado.

Ese pelo que ella había soñado más de una vez con revolver. Claro que nadie sabía eso, solo eran fantasías de niña tonta.

¿Verdad?

—Valeria —la voz de ese hombre casi la hizo temblar.

Sí, sin duda era él.

Y a lo de las fantasías de cría mejor no iba a contestar.

Valeria sintió cómo su rostro se teñía del color de la grana. Un inmenso calor le subió hasta la cabeza y quiso morir allí mismo por la vergüenza y por la ira que estaba comenzando a crecer en su interior.

Al final iba a morir ella antes que la vieja chiflada.

Pero no lo haría sin matar antes a su amiga.

Con ganas de querer degollarla, miró a Silvia, quien la observaba con las cejas enarcadas, sin, al parecer, sentirse preocupada.

Aunque las apariencias suelen engañar.

Más bajita que su hermano y más rubia, pero con la misma sonrisa burlona que tenía él, le devolvía la mirada sin el menor atisbo de preocupación.

Y debería de tenerlo.

—¿Qué? ¿Apetece un pastel? —preguntó Silvia, con retintín.

A Valeria lo único que le apetecía en ese momento era que la tierra se la tragase.

Capítulo 2

Hacía como una hora que Max había llegado a casa de su hermana. Se sentía extraño allí, pero se adaptaría, solo necesitaba un poco de tiempo.

Y ganas.

Pero eso no le faltaba. Tenía. Y muchas.

Le había costado un poco, sobre todo porque siempre había sido muy independiente. Pero había terminado aceptando la ayuda de Silvia. Al menos por un tiempo.

Como le había repetido su hermana hasta la saciedad, era el momento de comenzar de cero. Y qué mejor manera de hacerlo que dejando toda su vida atrás o, mejor dicho, lo poco que quedaba de ella y luchar por tener una nueva oportunidad.

Para ello tenía que marcharse lejos de todo y de todos.

Y por eso estaba allí, en el piso que su hermana compartía, mirando, divertido, cómo Valeria estallaba.

Había cruzado el salón como si de una exhalación se tratase, Max apenas había podido pestañear.

¿Y qué hacía descalza?

A saber...

Apoyado en el marco de la puerta del pasillo que conducía a las habitaciones del pequeño y antiguo piso donde se encontraba, se cruzó de brazos y esperó, intentando no soltar una carcajada, a que la amiga de su hermana terminase con el drama.

A saber la de calamidades que habría sufrido durante el día para llegar a eso...

Y sí, era ironía.

Porque él la conocía bien. Sabía cómo era. ¿Cómo no hacerlo con la cantidad de horas que había pasado en su casa desde que era pequeña?

Él se había encargado, además y en más de una ocasión, de provocar ese carácter. Señal de que la conocía bastante bien.

Hacía años que Max no tenía contacto con Valeria y aunque sabía, por fotos que había visto, que había cambiado mucho físicamente, parecía, mirándola desde atrás, que el cambio había sido mayor de lo que las imágenes mostraban.

Cuando se diese la vuelta y pudiese dejar de mirarle el trasero, lo confirmaría.

¿Y qué demonios hacía él mirándole el trasero?

Ni él lo sabía. Como tampoco entendía a qué se debía esa repentina excitación que él estaba sintiendo. Pero es que ella no parecía la misma. Y ese impresionante culo tampoco parecía el suyo. ¿O es que siempre lo había tenido así y él no se había dado cuenta? Pues había perdido el tiempo, porque vayas nalgas más perfectas.

Max resopló mentalmente por sus pensamientos. Joder, que era la amiga de su hermana. Era casi como una hermana porculera para él. Porque molestar, lo habían molestado siempre las dos.

Él no podía verla de otra manera que esa. No, no podía ser, no estaba tan desesperado como

para llegar a eso, ¿verdad?

Qué va, solo era la sorpresa de verla tan... Tan...

Déjalo, se regañó a sí mismo.

Después de removerse un poco, incómodo por el rumbo que habían tomado sus pensamientos, se obligó a mantener la misma postura relajada.

—Val —insistió su hermana.

—Maldita vieja de los demonios —fue la respuesta de esta, Max enarcó las cejas, divertido—. A ver si se quema en el infierno —en ese momento él solo quería reír.

Ella y su carácter.

Unos segundos después, sacándolo de sus elucubraciones mentales, Valeria comenzó a darse la vuelta y él no pudo evitar que sus ojos volaran desde su culo hasta sus pechos.

Joder... Graso error.

El aire se le atascó en los pulmones. Madre de Dios. ¿Realmente era Valeria?

Enfadado consigo mismo, ignoró a su mente y puso todo su empeño en mantener su postura distendida y en que su rostro no mostrase la sorpresa que se había llevado.

Porque se la había llevado.

Esa no parecía la misma chica que él conocía. Claro que él nunca la había visto como una mujer en sí. Era... La amiga de su hermana.

Y lo sigue siendo, dijo una voz en su mente.

Pero no es lo mismo, pensó.

Y por Dios que no lo era.

Lentamente, sin prisa, Max levantó la mirada hasta que sus ojos se posaron en el rostro de esa mujer. Ella retiraba el pelo que le tapaba parte de la cara en un gesto controlado. Max no pudo evitar que una sonrisa torcida se formara en sus labios cuando Valeria dejó sus facciones al descubierto.

Sí, era ella. Y estaba preciosa.

Siempre lo había sido, eso no podía negarlo. Porque tonto no era, hasta eso había llegado. Una cosa es que nunca la hubiera mirado como a una mujer y otra que no supiese reconocer una cara bonita. Y Valeria siempre había sido guapa. Pero esa vez había algo más en ella y Max no podría explicar qué era.

No era solo que su cuerpo...

No.

Esa morena de abundante y rizada cabellera tenía algo especial. ¿Tal vez sus espectaculares labios? ¿Esa pequeña y delicada nariz, tan perfilada y perfecta?

¿Ese cuerpo del pecado?

Joder, no sigas por ahí, gimió mentalmente.

Era mejor no pensar en ello o iba a vivir un momento bastante incómodo, ya estaba comenzando a apretarle el pantalón por la zona de la entrepierna.

Fue entonces cuando ella pareció notar su presencia y lo miró. Max se encontró con ese par de ojos que, por primera vez en su vida, casi lo dejan sin aliento.

Y no tenía ni idea de por qué.

Conocía a esa chica y por mucho que hubiese cambiado, no era normal la reacción que estaba teniendo su cuerpo.

La culpa la tenían esos ojos, seguro. Había algo en ellos, un brillo especial.

Perturbado, Max cambió de postura, separándose del marco de la puerta y descruzando sus

brazos. Le mantuvo la mirada mientras ella le daba un buen repaso.

Porque había hecho eso, ¿verdad?

Oh, sí.

Sutilmente pero lo hizo, lo cual no sabía por qué, pero le hacía sentirse muy satisfecho consigo mismo cuando vio cómo sus mejillas se teñían de rojo. Eso significaba que había aprobado el examen.

Y que estaba más pirado que la vecina también.

—Max —*joder, no*, gimió él mentalmente, *una voz sexy no*.

Esa no era su voz. Ella... Mierda, no recordaba su voz, pero ella nunca había dicho su nombre de esa manera.

Debía estar alucinando y todo era culpa de su mente calenturienta, seguro.

Todo era por el viaje, estaba agotado y no pensaba con claridad. Sí, tenía que ser eso porque no era normal que hasta su voz lo hiciese pensar en lo que no debía.

—Valeria —respondió él, dando gracias a Dios porque la suya sonase controlada. Porque ver el rubor en sus mejillas no estaba ayudando demasiado a parar su enfermiza mente.

Para, Max, recuerda por qué estás aquí.

Como si en ese momento eso fuera a aliviarle la calentura que tenía...

Pues debería, se recriminó.

Como si fuera tan fácil...

Los enormes ojos negros de Valeria volaron rápidamente hasta Silvia y la miraron, enfadada.

Mierda, pensó Max, *lo que faltaba. Eso solo puede significar que...*

Max iba a matar a su hermana.

Mira que se lo había imaginado, pero prefirió pensar que no iba a ser tan tonta como para callárselo.

Pues al parecer su hermana era más tonta de lo que podía llegar a imaginar.

Lentamente, él hizo lo mismo que Valeria y desvió su mirada hasta Silvia, a quien parecía darle igual ocho que ochenta.

—¿Qué? ¿Apetece un pastel?

Max no tenía ni idea de a qué venía eso, pero suponía que tampoco importaba demasiado.

—¿Y bien? —continuó Silvia al ver que nadie decía nada y nerviosa por sentirse el centro de atención en ese momento, claro que no lo demostraría— ¿Un pastel?

Pesadita con el pastel, pensó Max, poniendo los ojos en blanco.

—¿Un pastel? —la pregunta de Valeria fue hecha con tanta suavidad que Max sabía que era la calma que precedía a la tormenta.

—Sí, azúcar rica —confirmó Silvia.

—¿Te refieres a uno de esos deliciosos dulces que con tanto cariño he elegido?

—Claro que sí —Silvia afirmó con la cabeza.

—¿Uno de esos que se han destrozado cuando se han caído al suelo por culpa de esa vieja demente que, un día no muy lejano, Dios mediante, le hará compañía a San Pedro? —preguntó relajadamente, haciendo reír a Max cuando lo entendió todo.

Él había escuchado, como lo habría hecho todo el barrio, el alarido de la vecina no mucho después de que Silvia fuese a abrir la puerta al escuchar cómo Valeria llegaba. Su hermana le había contado que su vecina estaba un poco mal de la cabeza y algunas anécdotas para que estuviera al tanto.

Lo que no le había contado, siendo lo único que importaba, es que la tercera persona implicada

en todo aquello aún no tenía ni idea de por qué estaba él allí.

Juro por Dios que la mataré, pensó, imitando a Valeria. Porque a él no le apetecía vivir, en primera persona, el incómodo momento en el que su hermana se lo contase.

Valeria podía decir que no y mandarlo lejos o, lo que creía que era aún peor, podía decir que sí por puro compromiso, teniendo en cuenta que siempre se habían llevado un poco...

Max no diría que mal, pero tampoco bien del todo. Porque Valeria tenía genio y a él le gustaba chincharla de vez en cuando. Le divertía y ella no se lo tomaba demasiado bien.

Aparte de eso, tampoco hubo mayores problemas. Hasta ese momento, porque la erección que esa mujer estaba provocando en él sí era un problema.

Y de los gordos.

Por todo eso, Silvia tenía que haberlo hablado con ella antes de ofrecerle su ayuda.

—Precisamente esos, sí —Silvia afirmó repetidamente con la cabeza, refiriéndose a los pasteles de los que Valeria hablaba.

—Claro que sí —Valeria comenzó a mover la cabeza a la misma vez que su amiga— No importan que estén destrozados.

—Sí —seguía afirmando Silvia—. Digo no —negó rápidamente con la cabeza—. ¡Claro que no! —exclamó, porque ¿qué iba a decir? Ya la estaba mareando y eso no debería pasar, solía ser ella quien sacaba a Valeria de sus casillas.

Pero claro, había que tener en cuenta que era ella la que debía un par de explicaciones.

Max miraba el intercambio de las dos y no pudo evitar sonreír. Nunca cambiarían...

—Pero están destrozados —repitió Valeria, poniendo cara de pena.

Entonces el movimiento exagerado de negación de Silvia paró. Frunció el ceño y se mordió el labio inferior.

—Bueno, a lo mejor podemos salvar alguno.

—¿Por qué deberíamos de hacerlo?

—¿Porque te apetecen?

—También me apetece el helado de vainilla con nueces de pecán que compré y se convertirá en batido a este paso —Silvia abrió los ojos de par en par y Max soltó una risita, sabía que era el helado favorito de su hermana—. Como me apetecería saber qué hace él aquí.

Como siempre, directa al grano, pensó Max. Y aunque la pregunta había sonado brusca, él no pudo evitar sonreír de nuevo. La conocía un poco, lo suficiente para no tomárselo a mal.

—¿Vainilla con nueces de pecán? —Silvia se había quedado en eso.

—Lo probaremos si la vecina no nos ha robado antes la compra.

—Oh, jeso no! Mi helado no, porque ¡mato a la vieja! —gritó Silvia mientras corría hacia la puerta para meter las bolsas de la compra en casa.

Max soltó entonces una carcajada cuando notó el ambiente más relajado. Valeria sonrió y miró a Max. Él no pudo evitar devolverle la sonrisa, le había gustado ese gesto casi más que chincharla. ¿Desde cuándo no le sonreía así? Es más, ¿lo había hecho alguna vez? Él ya ni lo recordaba, pero no le importaría que lo hiciera cada día.

—¿Qué haces aquí? ¿Vacaciones?

Max meditó su respuesta unos momentos.

—Podría definirse así —con una sonrisa burlona, se acercó a ella.

—¿Me vais a ayudar o qué?

Valeria resopló y refunfuñó algo como “Te ayudaré a que también tú vayas a saludar a San Pedro” o algo así entendió Max y rio mientras la veía desaparecer. Se quedó mirando su trasero

de nuevo.

Madre mía...

Se maldijo a sí mismo y fue tras ella para ayudarlas.

Ya tenía bastantes problemas en la vida como para añadirle uno más. Así que tenía que mantenerse bien alejado de Valeria, por su salud mental y esperaba que su reacción física solo fuese producto de la sorpresa o iba a terminar completamente jodido.

—¿Y bien? —Valeria dejó la bolsa que había cogido encima de la encimar— ¿Me va a explicar alguien qué está pasando?

—Claro —respondió Silvia y se quedó callada.

Y es que Silvia no tenía ninguna prisa por contarle a su amiga qué era, exactamente, lo que estaba haciendo Max en su casa. La prueba de ello es que había tenido un par de semanas para decírselo, antes de que él llegara y no lo había hecho.

¿Para qué?

Ya se enteraría cuando lo viese y, además, sería mejor así porque si, hipotéticamente, a Valeria no le hiciera ninguna gracia y tuviese algún impedimento, que sabiendo que tampoco es que fueran precisamente amigos lo convertía en una posibilidad pero, por otro lado no porque Valeria lo entendería perfectamente... Pero si en el peor de los casos ella se quisiese negar, mejor que se lo encontrara ya allí y no pudiese sacar su endemoniado carácter y hacerlo. Si en algún momento Silvia tenía que sufrir las consecuencias, ya lo haría más adelante.

Lo tenía todo muy bien pensado.

Lo que significaba que no había pensado nada y que decidió que se enterase justo al tenerlo en casa para que no la matase.

Inteligente, ¿verdad?

Silvia era imbécil, eso pensaba Valeria. Y eso por usar una palabra que la describiría mucho mejor.

Había llegado a casa con ganas de ponerse cómoda y tumbarse en el sofá mientras se ponía cerda de azúcar y resulta que iba a tener que conformarse con una tercera parte de ese cómodo lugar. Porque Silvia y Max ocuparían las otras dos.

Si Max estaba en esa casa era porque su hermana lo había invitado, es decir, lo sabía desde hacía tiempo. ¿Y no le había dicho nada? ¿Qué pensaba, que iba a poner alguna pega?

Lo habrías hecho, dijo una voz en su cabeza.

No, respondió ella mentalmente y suspiró. *Bueno, tal vez habría intentado disuadirla porque Max...*

Joder, que no era momento para pensar en eso.

Dejó la bolsa en la encimera y miró a esos dos casi clones que tenía delante.

—¿Y bien? ¿Me va a explicar alguien qué está pasando?

—Claro —respondió Silvia y se quedó callada.

Valeria esperó. Y esperó. Pero ni una palabra. Y Max estaba bastante entretenido sacando las cosas de las bolsas, sobre todo porque lo primero que sacó fue un par de zapatos de tacón un poco... Desiguales.

Resuelto el misterio de por qué había llegado descalza.

—Soy toda oídos —azuzó un poco.

—Su novia le ha puesto los cuernos y se ha quedado sin casa y sin negocio, así que se va a quedar un par de semanas con nosotras y va a probar suerte aquí —soltó Silvia sin respirar.

Estaba segura que de esa manera sonaría más trágico y que Valeria, con lo que le gustaba una

pena y las causas perdidas, no se negaría a que Max se quedase.

La cara de Valeria era un poema y Max se había quedado de piedra.

—La hostia —resopló él, igual de anonadado.

—Silvia... —comenzó Valeria— No hace falta que te inventes semejante drama. Es tu casa, es tu hermano, no iba a poner ningún problema. Solo... Quería saber qué pasaba.

—Ya —sonrió ella, ya el nerviosismo desapareciendo de su cuerpo—. Pero es que es verdad.

Valeria miró a Max y este resopló de nuevo.

—Tal cual —confirmó.

—Oh...

Valeria no sabía qué decir.

Max tampoco sabía qué decir.

Silvia estaba de lo más tranquila ya.

—¿No se te ha ocurrido traer unas pizzas o algo? ¿O vamos a cenar azúcar? —Silvia tenía que cambiar el tema y romper el silencio que se había creado allí.

—Carbonara para ti —Max miró a Silvia— ¿Extra de queso, atún, bacon, cebolla y mucho tomate? —preguntó mirando, por último, a Valeria. Aún recordaba qué pizza le gustaba. Los fines de semana que se quedaba a dormir en casa de sus padres, siempre pedían pizza.

Valeria rio, no se lo podía creer.

—Hay cosas que nunca cambian —dijo entre risas.

Créeme, cambian, pensó él.

Porque ella había cambiado. Como había cambiado la forma en la que él la veía.

Jodido, iba a estar jodido.

Capítulo 3

Jodida. Valeria estaba más que jodida.

Y la culpa de todo la tenía ese nuevo inquilino que andaba por allí como Pedro por su casa.

No hacía ni un día que estaba en el piso y Valeria sentía que se asfixiaba.

Y no era porque le molestara ese hombre en sí, no le había hecho nada malo. A veces se habían llevado a matar, como el perro y el gato. Pero eran jóvenes, a él le gustaba picarla y ella perdía el control muy pronto.

Pues como ahora, dijo la voz de su cabeza.

No, como ahora no, aclaró ella.

Ahora era más adulta, controlaba más.

Claro que sí...

Maldita voz, pensó.

La verdad era que ese hombre nunca le había hecho nada. Bueno... Eso si tampoco tenemos en cuenta que nunca en su vida se había fijado en ella. Que la pobre había tenido que superar ese primer desengaño amoroso sola y que él se había tirado a media ciudad mientras ella veía sus pocas ilusiones rotas. Porque por más que supiese que ese chico nunca se iba a fijar en ella, soñar era gratis y Valeria, si algo sabía hacer muy bien, era imaginarse cosas que nunca viviría.

Porque otra cosa no, pero imaginación tenía para regalar. La culpa la tenía la cantidad de novelas que había leído durante toda su vida.

En su mente se había casado con media plantilla de la Selección de Fútbol, con eso os lo digo todo.

Pero siendo sinceros, nada pasaba de ahí. De ilusiones y sueños que sabía que nunca se llevarían a cabo. Y no dolía, siempre había sido consciente de que eran imposibles.

Menos con Max.

Quizás porque era muy cría. O porque... La verdad es que no sabía por qué, pero su rechazo sí le había dolido.

Rechazo que en realidad no fue tal porque el pobre no se enteró nunca de nada. Por lo que todo eso estaba más que olvidado.

La cuestión era que ese hombre no era realmente el problema. El problema era que ella sentía que se asfixiaba por el maldito calor.

Sí, como habéis leído. A primeros de abril y hacía un calor insoportable en esa casa. Sobre todo cuando Valeria se tropezó la noche anterior con Max cuando él salía de la ducha envuelto en una toalla minúscula que no podía taparle menos.

Nota mental, comprar toallas más grandes. O mejor un albornoz con gorro para que lo tape entero, se dijo a sí misma.

En ese momento Valeria intentó no fijarse en los detalles. Porque si lo hubiera hecho, podría haberse perdido en el espectáculo de esos perfectos pectorales y de esa tableta de chocolate que terminaban en una perfecta uve...

Joder, qué calor hace, ¿no?

En fin, por culpa de ese momento incómodo, apenas pudo disfrutar de la película que vieron esa noche mientras estaba sentada en su tercio del sofá. Así que se dedicó a reír falsamente cuando escuchaba reír a los otros dos y a hartarse de azúcar.

Tanta comió que terminó teniendo pesadillas con un malvavisco gigante que la perseguía para comérsela a ella.

Un horror.

Tampoco podía decir, todavía, que el pobre hombre molestase. La verdad era que las había invitado a cenar la noche anterior. Al día siguiente había preparado el almuerzo y habían pasado un buen rato bromeando y recordando anécdotas del pasado. No era un mal chico, solo... Se ponía nerviosa cuando la miraba fijamente. Pero sería cosa de su imaginación.

Ella sabía que era una persona detallista, pero ya podía tener un poco de consideración en no volverla loca a ella, ¿no?

Valeria había tenido una semana complicada en el trabajo, había tenido que quedarse alguna que otra tarde en el instituto corrigiendo exámenes, con reuniones de profesores y quedaba con Sergio en sus ratos libres.

Así que estaba deseando que llegase el fin de semana para descansar su cuerpo y su mente.

Y ninguna de las dos cosas estaban mejor. Y no tenía ni idea de que iban a ir a peor.

—Estoy jodida —resopló Silvia entrando en su dormitorio.

Después de comer, Valeria se había tumbado en la cama a escuchar un poco de música y así no tener que ver a ese hombre que la perturbaba. Vio entrar a su amiga, pero no entendió nada. Se quitó los auriculares y la miró.

—¿Qué?!

—Que estoy jodida —repitió esta, resoplando aún más.

—Sí, mentalmente mucho, creí que ya lo sabías.

—Já, qué graciosa —Valeria soltó una risita al ver la mueca de Silvia.

—¿Qué te pasa? —preguntó ya más seria.

—Tengo guardia.

Valeria suspiró, siempre le hacían lo mismo. Le daban días libres, los que tenía que tener por ley, pero como estaban faltos de personal, tanto de médicos como de enfermeras, terminaba pasándose la vida trabajando. Valeria estaba acostumbrada a ello, tanto por Silvia como por Sergio.

Y por eso llevaba bien su relación con él. Hacía seis meses que salían juntos y como estaba habituada a ver ese ritmo de vida en Silvia, la profesión de su novio no era ningún problema para ella.

Se habían conocido por casualidad, en la celebración del último cumpleaños de su amiga y, desde entonces, la cosa fue a más.

Sergio era una persona tranquila y conseguía que Valeria se relajase cuando estaba a su lado. Era un plus para ella y otro para él, por fin una pareja que no le hiciera dramas porque no pasase más tiempo con ella.

La pareja perfecta podía pensar cualquiera.

Todos menos Silvia, porque ella tenía claro que esa relación no duraría más de tres telediarios, pero se lo guardaba para ella.

—Sabes que puedes negarte. Que llamen a otro.

—Sabes que no es tan fácil, Val. No tengo una plaza fija como para poder reclamar mis

derechos.

En eso, por desgracia, tenía razón. Le pasaba a ella misma. Cuando trabajas supliendo bajas o con contratos temporales, tienes que tragar y callar.

A ver si no tardaban mucho, ninguna de las dos en conseguir, por fin, su plaza propia.

—No tardarás en conseguirlo.

—Ojalá —Silvia suspiró—. Max viene conmigo, me va a acompañar y así, de camino, le enseño cómo funciona el metro. Y después quiere pasarse a comprar algo.

—Sabes que no hace falta, no tiene que gastar —por lo que estaba viviendo, tenía que estar pasando una mala racha económica. Y para los días que iba a estar allí...

—¿Le dices tú eso? —Silvia enarcó las cejas. Su hermano no iba a aceptar estar ahí de gratis, estuviera un día o un mes. Ya le había costado convencerlo de que no tenía que darles parte del alquiler ni de nada, como para decirle, también, que ni comida podía comprar.

Max no era así. Se sentiría bastante mal y se marcharía.

Y Valeria, aunque lo conocía poco porque hacía muchos años que no lo veía y no es que hubiesen sido, precisamente amigos, había cosas que sí sabía de él.

Así que negó con la cabeza, respondiendo a Silvia.

—No trabajes mucho —terminó diciendo.

—Eso tampoco lo prometo —rio y le guiñó un ojo a su amiga—. Val... ¿Estarás a gusto? ¿De verdad que no tienes ningún problema?

Aunque actuase como no debía, no quería que su amiga se sintiese mal en su propia casa.

Valeria rio y negó con la cabeza.

—Ve tranquila, tampoco nos vamos a matar.

Silvia miró fijamente a Valeria y suspiró.

—No me extrañaría. ¿Pero de qué forma moriríais?— susurró sin que su amiga la escuchase.

Porque Silvia podía hacerse la tonta, pero de idiota tenía poco. Había notado, la noche anterior, las miradas entre ellos dos y la sorpresa que se habían llevado. Como las había notado en el almuerzo.

Había tensión entre ellos, por mucho que existiese cordialidad. La cuestión era, ¿de qué manera iban a resolverla?

¿Tirándose los trastos a la cabeza?

¿En la cama, tirándose los trastos de otra manera bien diferente?

¿Ambas a la vez?

Las apuestas estaban abiertas.

Y que Valeria saliera con alguien o no, no iba a importar lo más mínimo por mucho que Max pensase que eso le pararía después de lo que había vivido. Si no, tiempo al tiempo...

De todas formas, él aún no sabía que ella no estaba libre. Y no sería Silvia quien se lo dijera.

Celestina en modo incógnito.

Valeria se colocó los auriculares y cerró los ojos un rato cuando volvió a quedarse sola. Cuando volvió a abrirlos, se dio cuenta de que se había quedado dormida. Se desperezó y sonrió al pensar que estaba sola.

El momento perfecto para una ducha con la música a todo volumen.

Y sí que necesitaba un momento así, no se imaginaba cuánto hasta que el agua caliente le mojó la piel. Gimió de puro gusto.

Cuando vio que ya tenía los dedos arrugados, escurrió su pelo y salió de la ducha. Miró alrededor y resopló, se había dejado la toalla en su cuarto. Y como ese baño era tan pequeño, el

mueble que había allí no daba para mucho más que para guardar productos de higiene y belleza, así que...

Bueno, tampoco era para tanto. No era la primera vez que le pasaba. A Silvia más que a ella, la verdad.

Pensando que seguía sola, abrió la puerta del baño y salió mientras cantaba a toda voz el “I’m sexy and I know it” que sonaba y el estribillo se convirtió en grito cuando se encontró con Max en mitad del pasillo.

—¡¡¡Joder!!! —gritó.

¿Pero no estaba sola?!

Pues no, ya no.

Valeria intentó taparse, pero solo con las palmas de sus manos iba a ser imposible. Porque si cubría sus pechos, que con una mano no tendría bastante para los dos, ¿qué hacía con lo demás?

Pues lógica femenina en momentos de crisis, siempre se puede hacer topless. Así que las manos iban a tapar zonas más bajas.

—Señor... —aunque parezca increíble, eso fue lo que dijo él.

Y se quedó mirándola.

Valeria no se lo podía creer.

Max aún menos. Estaba alucinando.

Al entrar en la casa, había escuchado los berridos de Valeria y se había reído. Cantaba horriblemente mal.

Dejó las bolsas de la compra que había hecho en la cocina y fue para dentro. Una ducha y ropa más cómoda antes de preparar la cena.

Y lo que vio lo dejó completamente en shock.

—¡Pero no mires, jodío’! —a Valeria le salió la vena andaluza rápidamente.

¿Que no mirara? Podía abrirse el suelo bajo sus pies y él seguiría allí, quieto, sin poder quitar la vista de semejante visión.

Que no mirase le había dicho...

—Como para no hacerlo —creyó entender ella. Que fue, exactamente, lo que dijo él.

Desesperada, Valeria hizo algunos aspavientos con una mano que dejó “libre” para que se moviera, estaba horrorizada viendo que él tampoco era capaz de reaccionar y hacer lo que debía que era darse la vuelta y no mirarla más.

—¡¡¡Te quieres quitar!!! —rugió.

Entonces él pestañeó y pareció entenderla.

—Ah... —eso fue el único sonido que Max pudo articular.

¿Ah? Valeria estaba alucinando.

Max se pegó a la pared y ella aprovechó para salir corriendo hasta su cuarto (nadie sabe cómo no se mató por el camino con los pies empapados en agua) y cerró de un portazo que resonó en todo el edificio.

Valeria no había pasado más vergüenza en toda su vida.

Joder, ¿no podía haberse tapado los ojos? ¿Al menos, al pegarse a la pared para darle paso, ponerse de cara a ella? A la pared quería decir. Pues no, él no hizo nada de eso. No hizo nada más que mirarla.

Ella quería morir, qué bochorno. Nunca en su vida había pasado tanta vergüenza.

Y Max nunca se lo había pasado tan bien como en ese momento, eso fue lo que pensó cuando entró en la ducha y puso el agua fría. Porque Dios sabía que la necesitaba así. Helada.

Tenía un calor impresionante, una calentura que iba a dejarlo estéril, cada vez tenía menos duda de eso. Si ya había soñado la noche anterior con ella y la había visto con ropa. Si ya desde entonces le costaba borrarla de la mente, ¿cómo iba a borrar semejante imagen ahora? Porque lo había visto todo. ¡Todo!

Una tortura, el maldito infierno iba a ser todo aquello si no conseguía borrar esa estampa de su cabeza.

Porque joder, esa mujer está para...

No iba a ser vulgar y se iba a guardar el comentario para él mismo.

La cuestión es que había tenido razón desde el principio. Estaba jodido.

Muy jodido.

Y no sabía cómo iba a empeorar aún más todo aquello.

Capítulo 4

No podía ocurrir nada peor que lo que había ocurrido hacía un rato. Eso era lo que pensaba Valeria sentada en la cama, ya vestida y aún con el temblaque en las piernas.

Mierda, ¿cómo podía tener tan mala suerte? ¡¿Y cómo iba a mirarlo a la cara ahora?!

Lo que no haría sería encerrarse en su dormitorio, ¿o mejor sí?

No. Ella no era ese tipo de mujer. Además, en la época que vivíamos, por fortuna, la desnudez era algo natural. Tenía que dejar a un lado la ñoñería y salir. Con dos ovarios bien puestos, como diría su madre.

Claro que dudaba que su madre... No, la verdad era que con el morro que tenía esa mujer, Valeria no dudaba de que se hubiera metido en líos peores. La verdad es que para ella seguro que no tenía ni importancia, conociéndola...

Pero Valeria sí tenía un poco de pudor, por llamarlo de alguna manera. Llamémoslo complejos, inseguridades, miedos o “no me gusta mostrar mi desnudez a desconocidos”, que venía siendo lo mismo.

Y menos si ese “desconocido” era Max.

Pero ella no era ninguna cobarde, tenía que dar la cara y aparentar seguridad. Porque tremenda tontería, ¿no? Solo era un cuerpo desnudo.

Esa mujer era todo menos un simple cuerpo desnudo, eso era lo que estaba pensando Max mientras preparaba algo de cenar.

“I’m sexy and I know it” cantaba...

Y tanto que era sexy. Era lo más sexy que había visto en toda su vida. Y, para su desgracia, la había visto muy bien.

Tanto que ni la ducha de agua fría le había servido, la temperatura no le bajaba. Había tenido que aliviarse solito. Menos en su mente, claro, ahí imaginaba otras cosas y de solo poco.

Y qué cosas...

Max gimió, no lo pudo evitar, el sonido salió de su garganta sin que pudiera controlarlo.

—¿Max?

Max se sobresaltó al escuchar a Valeria. Levantó la mirada de la sartén y la fijó en ella. Y dio gracias a Dios por haber elegido ponerse un pantalón bastante holgado, porque con solo mirarla, la erección que tenía era impresionante.

No podía ser que le estuviese ocurriendo aquello, joder. Que no hacía tanto que no...

—¿Qué? —carraspeó, evitando pensar en la palabra que seguía en ese frase teniendo a Valeria cerca.

—¿Estás bien? —ella lo miraba con el ceño fruncido.

Que si estaba bien...

Estaba excitado, caliente, cachondo, enfadado consigo mismo por ello, odiándose y miles de cosas más. Pero bien, lo que se decía bien...

—Sí, claro. ¿Por qué?

—No sé —ella se encogió de hombros—. ¿Quizás porque has quemado la cena?

Max tardó unos segundos en asimilar lo que le estaba diciendo Valeria. Sobre todo porque no podía dejar de mirarla. Cuando lo hizo, miró la sartén.

—¡La hostia! —bramó al ver el humo negro.

Retiró rápidamente la sartén del fuego mientras ella encendía la campana extractora. ¡Ni por el olor a quemado se había dado cuenta! Y olía bastante.

¿Pero en qué demonios estaba pensando?

Vale, era una pregunta retórica, no necesitaba respuesta porque era más que evidente que no en lo que debía.

Resopló cuando vio la situación bajo control, fue hasta una de las sillas y se dejó caer.

—Joder —resopló de nuevo.

Valeria soltó una risita, no lo pudo evitar. Acercándose a la cocina le había llegado el olor a quemado y aceleró el paso. Se quedó petrificada mientras veía a Max removiendo la sartén de la que comenzaba a salir humo negro.

No quería ni imaginar en qué pensaba para no darse cuenta de lo que ocurría. Si ella no llega a estar, habría salido ardiendo la cocina.

Resopló y abrió el frigorífico. Al menos se había olvidado, por unos segundos, del mal rato que sería volver a encontrarse con él. Sacó algo de charcutería, mahonesa, cogió el pan de molde de la despensa y lo dejó todo sobre la mesa. Una botella de vino, un par de copas y se sentó frente a él.

—Unos sándwiches tendrán que valer —suspiró Valeria.

—Lo siento —resopló Max.

—Tampoco es para tanto —ella sacó algunas rebanadas de pan y comenzó a preparar la cena—. Solo un poco de... ¿Qué era?

Porque por el olor no podría adivinarlo y tampoco se había fijado.

—Un salteado de verduras y gambas —Max aceptó el sándwich que ella le ofreció y sonrió. Pensó que estaría más nerviosa después de que la hubiese visto desnuda.

—Hmmm —terminó de preparar su cena y le dio un bocado—. No importa, no será la primera vez.

Max se atragantó al escuchar eso. Comenzó a toser sintiendo el pan atascado en la garganta. Valeria, viendo que se ponía morado, se levantó y comenzó a golpear su espalda.

—¡Pero bebe, joder! —gritó al ver que no se le pasaba.

Como pudo, Max le hizo caso y terminó por poder respirar bien. Eso sí, no sabía si le dolía más la garganta por el “engollipamiento”, su pobre miembro masculino porque otra vez volvía a estar en guardia o la espalda por lo fuerte que le había dado. Joder, tenía fuerza.

—Dios —suspiró y volvió a llenar sus pulmones un poco más.

—¿Estás bien? —Valeria volvió a su silla y lo miró, preocupada.

—Sí —Max tragó saliva—. Me engollipé.

—Te atragantaste y casi te mueres —dijo ella, nerviosa perdida—. Pero se puede saber ¿en qué demonios estás pensando?! —explotó.

Porque se había llevado un susto impresionante. Lo había visto pasar de rojo a morado y sin poder respirar. Valeria aún tenía el corazón latiendo a mil por hora, creía que le iba a dar un infarto. ¡Qué miedo había pasado!

Max carraspeó y miró para todos lados menos a Valeria y ella, por fin, lo comprendió.

—Me refería a que volverás a cocinar algo así —dijo roja como un tomate.

—Sí, lo entiendo —una sonrisa pícaro se formó en su rostro. Muy rápido había entendido ella por qué se había atragantado.

Valeria bebió un buen sorbo de vino, esperando que le diera valor para coger el sándwich, morderlo y no salir de allí corriendo por la vergüenza.

—Esto es algo incómodo —reconoció unos segundos después, cuando le pesó el silencio que cayó sobre ellos.

—Lo siento, no era mi intención...

—No, Max. No es tu culpa.

—Tampoco la tuya.

—Ya, lo sé. Es solo que es embarazoso que me vieras así y no sé cómo normalizarlo para no sentirme violenta cuando te vea —lo dijo tranquilamente y con sinceridad y Max sintió que era un gilipollas al haber frivolidado con el tema.

—Solo es un cuerpo desnudo, Valeria, no debes de avergonzarte.

—No me avergüenzo —dijo enfadada, de repente, porque ¿solo es un cuerpo? ¿Como si fuera uno más? ¿Ella agobiada y resulta que, para él, ella no era ni especial? Pues vaya mierda y él era muy poco caballeroso por decir eso.

—No quise decir eso —declaró rápidamente. Ya se estaba imaginando por qué se sentía molesta.

—Déjalo así —resopló ella—. Olvidemos lo que pasó, ¿vale? —él asintió con la cabeza— Un simple cuerpo desnudo, nada más.

—Eso es —mintió él, haciéndola poner los ojos en blanco. ¿Pero no era lo que quería? No había quien la entendiera.

—¿Algún problema en el metro? —preguntó ella, intentando cambiar la conversación y hablar de temas menos embarazosos.

—No, como el de nuestra ciudad.

—Casi, el nuestro es mejor —bromeó, haciéndolo sonreír—. ¿Tienes pensamiento de volver pronto o no?

—No lo sé —dijo con sinceridad—. No creo que esté mucho tiempo aquí, no me gusta molestar. Voy a intentar encontrar trabajo y quedarme, pero si no es así, volveré a casa y lo buscaré allí.

—¿A casa quiere decir con tu madre?

—Sí.

—Por mí no te preocupes, puedes quedarte el tiempo que quieras, es tu casa.

—Gracias —y la verdad es que lo agradecía de corazón. Aunque no habían sido nunca amigos, Valeria lo trataba como tal y eso le gustaba.

—Pero con una condición. Bueno, dos

—¿No volver a verte desnuda? ¿Nunca más? —Max no pudo evitar decirlo y chincharla un poco. Valeria lo miraba echando chispas y eso le gustaba aún más.

—Eres gilipollas, ¿lo sabes?

—Sí —rio él—. Venga, solo era para quitarle hierro al asunto, no te enfades.

—Capullo...

—También lo soy —reía Max—. Ahora dime qué condición. En serio, te escucho atentamente.

—Iba a decirte que no por quedarte aquí tienes ni que comprar comida, ni que cocinar ni que sentirte obligado a devolverlo de ninguna manera, pero...

—¿Pero?

—Pero como no vas a dejar de ser gilipollas, que era la otra condición, me voy a aprovechar cada vez que pueda —Max enarcó las cejas y Valeria maldijo mentalmente porque otra vez había entendido el comentario como le había dado la gana.

—Aprovéchate, no me voy a quejar —el tono de voz de Max provocó escalofríos en Valeria.

—¡Gilipollas! —le tiró la servilleta a la cara y se levantó, dejándolo solo en la cocina, riendo a carcajadas.

Y ella no puedo evitar reír también. Porque con la tontería, Max había conseguido que se tomara ese momento a risa, quitándole importancia.

Capítulo 5

Después de cenar, Max se había metido en su habitación. No es que tuviera demasiadas ganas, pero tampoco quería molestar a Valeria mientras estaba tumbada en el sofá.

Esa mañana había entregado algunos currículums, volvería a hacerlo el lunes. No sabía si tendría suerte o si tendría que volver a su ciudad. Pero él lo iba a intentar.

Solo necesitaba un poco de paciencia, se sentía un inútil. Se había dejado la vida e invertido casi todos sus ahorros en el bar de copas que montó hacía unos años. Y todo se había ido al garete. Como lo hizo su relación.

Así era la vida. Al menos, ya dejó de culparse. Las cosas pasaron y ya. Había que levantarse y seguir adelante. Y esa vez iba a intentar volver a estudiar. Retomar lo que dejó sin terminar por ser un joven sin idea de la vida.

Pero primero, tendría que sentirse útil e independiente.

Intentando dejar esos pensamientos a un lado, Max puso una película en la tablet, pero una hora después sentía que se subía por las paredes.

No había podido concentrarse en la película y no porque estuviera pensando en las malas decisiones que había tomado en su vida, sino porque su mente estaba con Valeria. ¿Qué estaría viendo? ¿Se habría dormido en el sofá sin darse cuenta?

¿Ya ti qué demonios te importa?, se preguntó a sí mismo.

Pues mucho, al parecer.

¿Por qué?

Pues ni idea, la verdad...

La cuestión era que desnuda o vestida, esa mujer no se le iba de la mente. Lo cual era muy enfermizo, eso parecía más obsesión que otra cosa. Sobre todo porque él, desde que había ocurrido lo de su ex, por llamarla de una forma acertada y sin insultos, había jurado que no volvería a fijarse nunca más en otra mujer.

Juramentos tontos que se hacen enfadados y que después no sirven una mierda porque son los que la vida está esperando que hagas para poder jugar contigo y darte en las narices con ello.

¿No decías que no querías? Pues toma, para ti.

Plam.

O como su madre decía, porque bien que lo decía veces: “Nunca digas de este agua no beberé. Porque no solo beberás, sino que acabarás enguachinado”. Y para quien conozca el refrán, obvio que la segunda parte era de cosecha propia.

Agobiado, se levantó de la cama y salió del cuarto. El salón estaba a oscuras. Frunció el ceño al ver que en el sofá no había nadie y tardó unos segundos en darse cuenta de que el balcón estaba abierto.

Valeria estaba sentada en el suelo del balcón, mirando las estrellas. O imaginándose las, porque en esa ciudad era complicado verlas.

No había sido capaz de centrarse en la película y salió a tomar un poco el aire. No había tenido

noticias de Sergio desde el día anterior y la verdad es que no se había acordado de él hasta hacía unos minutos.

Eso la agobió, porque en su mente, en todo ese tiempo, solo había estado Max. Se estaba volviendo loca, seguro. Normal no era algo así, ¿verdad?

Así que cogió una botella de vino, una copa y se dispuso a quitarlo de su mente durante un rato.

—¿Molesto?

Valeria levantó rápidamente la cabeza y miró a Max, hasta ahí habían llegado sus intentos de dejarlo en standby. Él estaba de pie, con dos tazas en las manos.

—Depende de lo que traigas ahí.

—Pensé en hacer una infusión —Valeria puso una mueca de asco—. Pero recordé que compré helado.

—Ya tardas en sentarte.

Max rio, haciéndola reír a ella y se sentó a su lado después de darle una de las tazas.

—No encontré nada mejor donde servirlo.

—Por mí podías haber traído la tarrina —se metió una cucharada en la boca y gimió.

—Lo tendré en cuenta la próxima vez —dijo divertido, comiendo de su helado y viendo cómo ella disfrutaba.

Estuvieron así, en silencio, solo gozando del momento.

—¿Sabes? A veces echo de menos mi casa —susurró Valeria. Max miró su perfil, la seriedad en su rostro. Ella necesitaba hablar y él la escucharía.

—¿No vas a volver?

—No lo sé. La primera vez que decidí aceptar una oferta aquí, lo hice sin pensármelo. Era trabajo, iba a ejercer de lo que me gustaba.

—Pero...

—Pero a veces me pregunto si no debería volver allí. Si no tendría que haberme quedado allí y olvidado la tonta idea de hacer mi vida fuera—lo miró y sonrió—. La añoranza que nos da a veces, cuando estamos lejos. Soy tonta —dijo avergonzada.

—No creo que lo seas. Y sé, de buena tinta, que eres la mejor profesora del mundo.

—Eso te lo dijo Silvia —rio ella. Rellenó su copa de vino, bebió un poco y se la ofreció a Max, quien la aceptó de buena gana—. Me gusta mi trabajo y la verdad es que aunque mis alumnos tengan una edad complicada —adolescentes—, me suelo llevar bien con ellos.

Era así. Ese curso escolar estaba en un instituto nuevo, era el tercer año que estaba en Madrid y había rondado por unos cuantos. En este, el ambiente era especial. Los alumnos eran especiales, les gustaba su asignatura. Y no era común, ya que la mayoría aborrecía Lengua castellana y Literatura.

Se sentía afortunada, pero echaba mucho de menos a su familia, a sus amigos. Su tierra.

—Caes bien a la gente.

—A ti no te caía bien —rio.

—Yo nunca dije eso —se defendió él—. Pero cinco años de diferencia a esas edades se nota.

—¿Y ahora de treinta a treinta y cinco? —bromeó— ¡No contestes! —exclamó cuando lo vio reír con picardía.

—Entonces no preguntes.

—Con un rechazo tuyo fue suficiente —mierda, pensó Valeria cuando soltó eso. El maldito vino se le estaba subiendo a la cabeza.

Max pestañeó varias veces, incrédulo.

—¿Un rechazo mío?

—¿Eh?

—No teagas la tonta, Valeria —rio—. ¿Cuándo te he rechazado yo a ti?

—Nunca. Solo son cosas de cría.

—Cosas de cría... —Max comenzaba a entender— ¿Y hasta cuándo te duró ese encaprichamiento de cría?

—Hace calor, ¿verdad? —le quitó la copa a Max, se bebió el contenido de la copa de golpe y se sirvió más.

Max se quedó mirándola, un poco anonadado por la confesión. Que sí, que podían ser cosas de niños. Pero teniendo en cuenta que él estaba obsesionado con ella desde que la volvió a ver hacía apenas veinticuatro horas...

—Yo nunca imaginé...

—Vamos, Max —rio ella, más por nervios que por otra cosa—. No tienes que sentirte mal por nada. Cosas de críos.

—¿Pero por qué nunca supe?

—¿Y qué habría cambiado? —ella puso los ojos en blanco— No era el tipo de chica que gustaba a nadie.

—No digas estupideces.

—No lo son, es la verdad y lo sabemos —era así, una chica rellenita que no llamaba la atención.

Podía ser, pero él habría querido saberlo.

—¿Te hice daño?

—Estás exagerando un poco las cosas —ella soltó una carcajada—. Me ponía celosa cuando te veía con tantas otras, pero nada más.

—¿En serio?

—¿Estoy subiendo tu ego?

—No, para nada —pero Max sonrió, lo que estaba era alucinando porque él, con todo lo listo que se había creído siempre, nunca se había imaginado que ella...— Soy un imbécil.

—Eso no te lo voy a negar —rio Valeria.

Max soltó una carcajada.

—Tal vez perdí a la mujer de mi vida por ello —le guiñó un ojo.

—Uy, sí. Sobre todo porque yo sería esa —ahí sí que Valeria soltó otra carcajada, pero él se quedó muy serio.

Porque podía haber hecho el comentario bromeando, pero había tenido una extraña sensación al decirlo en voz alta.

La miró, los ojos de ella se encontraron con los suyos.

A Valeria se le cortó la risa de repente al ver ese rostro imperturbable. Los ojos de él bajaron hasta sus labios y Valeria tragó saliva.

—Quién sabe —susurró él, mirando sus labios.

Max se había quedado hechizado, completamente.

—¿Más vino? —preguntó ella, rompiendo la tensión.

Lo cual agradeció Max, porque él no estaba buscando precisamente el amor. Ni siquiera una relación y no sabía por qué había hablado de ello. Esa mujer lo volvía loco.

Él asintió con la cabeza y volvió al tema original.

—Entonces, ¿te quedarás aquí? ¿En Madrid?

—No lo sé —se encogió de hombros, sintiéndose más aliviada al volver a un tema seguro—. Ahora es donde tengo trabajo, pero me gustaría volver. ¿A ti no?

—Ahora mismo no, al menos en unos días —su rostro se endureció—. Me viene bien un tiempo lejos.

—Lo siento, Max. No quise... A veces soy una bocazas —dijo mortificada al ver lo serio que se puso recordando su historia.

Max negó con la cabeza y se terminó el vino. Pasó el brazo por delante de Valeria, cogió la botella y volvió a rellenar la copa. Bebió y se la dio para que tomara.

—Se va a casar con él —Valeria enarcó las cejas—. Me refiero a mi ex. Con el tipo que me engañó.

—Lo siento. Eso debe de doler.

—Supongo que con no confiar en las mujeres es suficiente.

—¿De qué hablas?

—Sois infieles.

—No somos todas iguales —dijo enfadada.

Pero Max señaló a su pierna con la cabeza. Ella miró donde tenía el móvil, la pantalla estaba iluminada porque Sergio la llamaba. De fondo de pantalla, una foto de ella con él.

—¿Seguro que no? Lo veremos —dijo Max antes de levantarse y marcharse.

Valeria escuchó cómo se cerró la puerta del dormitorio y suspiró. Cogió la llamada.

—Hola...

—Hola, preciosa, ¿cómo estás?

—Estaba medio dormida —mintió—, perdona si no respondí antes.

—Anda ya. Descansa que ya hablamos mañana, ¿vale?

—Vale. ¿Pero tú estás bien?

—En un descanso para comer, vuelvo a doblar.

—Lo siento.

—No te preocupes. Mañana nos vemos. Un beso y descansa.

—Besos.

Dejó el móvil en el suelo y resopló. Max era un gilipollas y ella aún más por darle un voto de confianza y pensar que podía tener una amistad con él. Los dos eran gilipollas.

Y aún quedaba vino, ¿verdad?

Max maldijo una decena de veces al tumbarse en la cama. Tenía novio. Y no le había hecho ni puta gracia saberlo.

¿Por qué? Tampoco es que él desease nada, ¿no?

A ella, la deseaba a ella. Y no era normal en el estado que se encontraba cuando la conocía, prácticamente, desde hacía un día.

Eso no te lo crees ni tú, dijo la voz de su cabeza.

Pero era así.

Aun siendo así, suficiente para que la deseases.

No estaba ayudando mucho la maldita voz.

Y él se había comportado como un auténtico gilipollas. Seguro que le había hecho daño por ser un bocazas. Pero ver esa foto le había sentado como una patada en los testículos.

Cerró los ojos y lo único que veía era su imagen. La tenía grabada a fuego. Porque la deseaba. La deseaba como nunca lo había hecho con nadie.

Pero tendría que mantenerse alejado porque no era libre. Porque era eso lo que tenía que hacer,

¿verdad?

Max suspiró, el deseo que sentía por ella se iba a convertir en una pesadilla.

Capítulo 6

El dolor sacó a Valeria de su pesadilla. Abrió los ojos y, gimiendo, se sentó en la cama. Le dolía el estómago como nunca. Y parecía que tenía un león dentro por cómo rugía. Y no, no era una exageración.

Con ambas manos, apretó su barriga, a ver si así aliviaba un poco la mala sensación, pero lo único que consiguió fue empeorarla.

Salió corriendo hasta el baño, rezando por llegar a tiempo. Y lo hizo por los pelos. Un poco más y termina vaciando su estómago en mitad del pasillo.

—Valeria.

Mierda, no. Él no.

Valeria levantó la mano y le hizo señales a Max para que se marchara y la dejara sola. Joder, no tenía que estar ahí. Se sentó sobre sus talones, pensando que podía respirar un poco, pero su estómago no pensaba lo mismo.

—Mierda —dijo antes de volver a vomitar.

Notó cómo le quitaban el pelo de la cara.

—Tranquila —la voz de Max muy cerca de ella.

—Max, joder, déjame —dijo como pudo. Era bastante embarazoso que estuviera ahí en ese momento.

Pero a su estómago le daba un poco igual, él iba a vaciarse sí o sí. Y tardó en hacerlo, pero un rato después parecía que se sentía mejor.

Max dejó de acariciar su espalda cuando ella se movió, sentándose en el suelo del baño y apoyando la espalda en la pared.

—¿Estás mejor?

Ella abrió los ojos y lo miró.

—Déjame en paz.

—¿Estás mejor? —repitió, ignorándola.

Valeria suspiró y asintió con la cabeza.

Él se levantó y cuando volvió a su lado, lo hizo con una pequeña toalla húmeda que le pasó por la cara.

—No tienes por qué... —empezó a decir ella.

—¿Una indigestión? —la interrumpió él, en ese momento le daba igual si ella lo quería cerca o no. Porque iba a quedarse ahí.

Se había despertado al escucharla vomitar y tenía el corazón a mil por hora por la preocupación. Estaba blanquísima, tenía los labios morados y su pelo enmarañado de tanto sudar.

—Puede ser —suspiró ella, tal vez tanto vino—. Pero ya estoy mejor, de verdad. Así que puedes irte —intentó levantarse, pero tuvo que volver a sentarse por el mareo que le dio.

—Sí, estás estupendamente —bufó Max, la ironía en su voz—. Si lo llego a saber, no te dejo beber.

—No fue el vino —refunfuñó ella.

—Ya —el vino, el helado, a saber...

De cuclillas, frente a ella, siguió mojando su cara y su cuello para ayudarla un poco. Seguro que se había bebido toda la botella.

Valeria se quedó allí, callada y con los ojos cerrados mientras Max le humedecía el rostro. Comenzó a sentirse mejor, al menos el dolor de estómago ya no estaba y era todo un alivio.

—Tengo frío —susurró cuando se le erizó la piel al sentir la toalla fría.

La mano de Max se posó en su frente y ella no pudo evitar mirarlo. Estaba serio, con el ceño fruncido y observándola.

—No tienes fiebre. Pero estás sudando. ¿Te apetece una ducha? —ella negó rápidamente con la cabeza, pensar en desnudarse en ese momento la hacía tiritar— Al menos tienes que cambiarte de ropa, Valeria. Esta está mojada.

Ella se quedó en silencio y no dijo nada.

—Cábrete conmigo lo que quieras, pero no me voy a ir. ¿Te cambias de ropa?

—Está bien —claudicó, no tenía fuerzas para estar enfadada en ese momento.

—Bien. Espera —se quejó él cuando ella intentó levantarse. Él lo hizo primero y, cogiéndola por la cintura, la ayudó. La dejó apoyada en la pared por si volvía a marearse.

Ella estuvo unos segundos con los ojos cerrados, los abrió cuando sintió que nada daba vueltas.

—¿Mejor? —preguntó el dueño de esos preciosos ojos grises.

—Sí —susurró ella, sin poder evitar mirarlo embobada.

Max apretó la mandíbula, un poco enfadado consigo mismo. La tenía demasiado cerca y su cuerpo reaccionaba a ello. Y no era momento para eso. Valeria lo miraba fijamente, sus ojos vidriosos.

—Te voy a preparar una infusión mientras te cambias de ropa.

—Una infusión no —puso cara de asco.

—Te ayudará a que el estómago se asiente.

Tras resoplar, Valeria terminó por asentir con la cabeza y después de insistir en lavarse los dientes, aceptó la ayuda de Max para volver a su dormitorio. Aunque poco, se sentía algo mareada. Él la dejó en la cama y, siguiendo sus indicaciones, le entregó otro pijama.

—¿Segura que este? —un camisón de tirantes no era lo más adecuado ni para ella por cómo estaba ni para él si la veía con poca ropa— ¿Te recuerdo que tenías frío?

—Pero en la cama no.

Ya, claro, qué tonto, pensó Max. Yo en esa cama tampoco tendría.

Intentando dejar a un lado sus pensamientos, le entregó el trozo de tela. Porque no era más que eso. Salió del dormitorio y ella, poco a poco, se cambió y se tumbó en la cama.

Max no tardó en llegar con la infusión.

—¿Se puede? —preguntó antes de entrar.

—Claro —ella con la voz tomada por el esfuerzo de vomitar.

Max entró con cautela, temiendo qué se encontraría. Pero suspiró de alivio al verla tapada hasta las cejas. Se sentó en el borde de la cama cuando ella se acomodó (y menos mal que tuvo la delicadeza de taparse bien para que no se viera más piel de la cuenta porque al final el que iba a sufrir de calentura era él) y se tomó el té a pequeños sorbos para que su estómago la asimilara

bien.

—Ahora intenta descansar —le quitó la taza y se levantó.

—Lo siento —suspiró ella, cerrando los ojos y acurrucándose en la cama. Volviendo a taparse casi entera.

Max sonrió. No había nada que sentir. En todo caso sería él quien tenía que disculparse por lo que había dicho en el balcón.

Se quedó mirándola unos segundos, ella suspiró de nuevo y Max supo que estaba dormida. Sin poder evitarlo, se agachó y le dio un beso en la frente antes de marcharse.

Para comprobar la temperatura, se dijo a sí mismo.

Pero sabía que no era así. Solo era una excusa para no ver que deseaba a esa mujer más de lo que imaginaba. Y le importaba muy poco, al parecer, que estuviese con alguien más.

Ya tumbado en su cama, suspiró. Él no podía tener nada con ella, él no podía hacerle daño a una tercera persona. Y ella no podía ser como su ex.

Así que, además de eunuco, iba a terminar loco.

Capítulo 7

Loca. Estaba loca.

Eso era lo que pensó Valeria cuando despertó a la mañana siguiente. Porque solo había abierto los ojos, ni siquiera se había movido y notaba que no estaba sola en la cama.

Y no solo había alguien, sino que ese alguien estaba tan pegado a ella que hacía la tijerita.

Y ni qué decir de en qué condiciones estaba la tijera.

Tenía que ser una pesadilla, como las que había tenido esa noche. No comería helado ni bebería vino nunca más en su vida, porque vaya nohecita más mala había pasado.

Y seguía pasando, porque miedo le daba darse la vuelta y ver qué ser terrorífico se encontraba esta vez.

Poco a poco, no fuera a ser que muriese del susto.

Había girado ciento ochenta grados con los ojos fuertemente cerrados. Aflojó un poco y miró por uno de ellos. No se veía nada...

Maldiciendo, comenzó a abrir los dos lentamente, preparada para gritar. Pero lo que se encontró la dejó sin aliento.

Max maldijo cuando notó que Valeria se había despertado. Ella había pasado una mala noche, gritando por las pesadillas. La segunda vez que se levantó para relajarla, después de sopesarlo mucho (se le vino la idea a la mente y ni rechistó), decidió quedarse en su dormitorio.

Y estaba tranquilamente descansando en una esquina de la cama cuando ella comenzó a llorar. Sin pensárselo, se metió en bajo la colcha y se tumbó tras ella.

Sabía que no tenía que hacerlo, pero no podía soportar escucharla sollozar.

La abrazó por la cintura, la pegó a él, no sin gemir por el contacto porque con la poca ropa que tenía esa mujer era como estar desnuda y le susurró hasta que se durmió. Después de eso, fue incapaz de levantarse de esa cama y dejarla.

Lo haría antes de que ella despertara. Descansaría un rato y se marcharía. Esa era su intención. Porque no podía correr el riesgo de que ella supiese qué le ocurría a su cuerpo al tenerla tan cerca. Pero, al parecer, ella despertó antes que él.

Valeria se había dado la vuelta lentamente y tenía los ojos cerrados con fuerza. Cuando los abrió y lo miró, Max no supo qué decir.

—Yo... —comenzó— Tenías pesadillas.

Valeria soltó un sonoro suspiro.

—Te he dado la noche entonces —dijo mortificada. Sabía que cuando tenía mucho dolor, pasaba eso. Silvia estaba acostumbrada, pero Max no tenía por qué saberlo. Y, mucho menos, vivirlo—. Lo siento.

—Ey —Max acarició su mejilla y la hizo abrir los ojos de nuevo—. Nada que sentir. Soy yo quien se tiene que disculpar por haberme quedado dormido aquí—puso una mueca que a Valeria le resultó de lo más adorable—. Y por haberte dejado sola con todo el vino —eso hizo a Valeria sonreír.

—No fue tu culpa.

Él suspiró pesadamente.

—Siento lo que dije, Valeria, yo...

Ella negó con la cabeza, no tenía importancia ya.

—Olvídalo, cuando estamos heridos decimos cosas que no pensamos.

—Gracias.

Fue a levantarse, pero Valeria, sin saber por qué, lo agarró del brazo y lo paró.

Él miró el agarre unos segundos y volvió a mirarla a los ojos antes de tumbarse de nuevo. Y no tenía que hacerlo, sabía que tenía que salir corriendo de allí, pero esos ojos...

—Max... —Valeria tragó saliva. Soltó su brazo y sonrió— Gracias —dijo ella también.

No hacía falta que le explicara por qué estaba en esa cama. Ella lo imaginaba. La había intentado proteger a su manera.

—Aún es temprano —dijo él, por decir algo y romper el hechizo de esos iris—. Intenta descansar un poco —levantó su mano y tocó su frente.

—Solo tuve fiebre una vez en mi vida —sonrió ella.

—¿De verdad? —Max iba a meter la pata. Porque si no tenía que haberle tocado la frente, menos aún tenía que acariciarle la mejilla. Pero era muy difícil estar cerca de ella y mantener el control.

—Sí, pero era muy pequeña y no me acuerdo. Pero ya se encarga mi madre de recordármelo.

—¿Y sueles acordarte de las pesadillas?

Ella negó con la cabeza y, con ese gesto, hizo que los dedos de Max rozaran su labio superior.

Max cerró sus ojos con fuerza.

Mierda.

Fue un roce casi imperceptible, pero lo suficiente para hacerle imaginar su tacto.

—¿Max? ¿Dije algo...? —susurró ella, preocupada al verlo así. Parecía sufrir.

—Tengo que irme —la voz de él, atormentada.

Miró a Valeria, rogándole, en silencio, que lo echara. Porque él no quería hacerlo. No tenía fuerzas para ello.

Y ella sabía lo que ocurría, sabía que no tenía que estar ahí, pero no quería dejarlo marchar y en ese momento no quería pensar en el porqué.

Valeria lo miró unos segundos y él reconoció en ella la mirada del primer día que estuvo en esa casa. Y volvió a dejarlo sin respiración.

Fue entonces cuando entendió que no tenía nada que hacer.

Estaba perdido.

Y jodido.

—Échame —susurró, porque él no iba a marcharse si no era así y no podían...

—Debo hacerlo—susurró ella.

—Sí.

—Porque no soy libre.

—Sí —Max apretó los dientes, esa era la principal razón. Además de lo jodido que él estaba, aún no estaba preparado para una relación—. Dime que me vaya.

Valeria sabía que tenía que pedirle que se fuera, pero...

—No quiero —esa era la verdad. Y él podía pensar lo que quisiera de ella, pero no iba a mentirle.

—Tienes que hacerlo. Porque te deseo —reconoció él, ¿para qué mentir? Esa era su verdad—

y no podemos hacer esto.

Valeria no podía ni respirar. No sabía qué esperaba escuchar, tal vez una tontería y que le confirmara que todo eso que ella creía que estaba pasando entre ellos no tenía razón de ser.

Quizás un rechazo.

No sabía. Pero de lo que estaba segura era de que por más que deseara oír algo así como lo que él había dicho, nunca había pensado que fuese posible.

—Échame de una vez, Val, por favor —casi rogó él.

Valeria levantó rápidamente una mano y la puso sobre el pecho de Max. Él esperó el empujón, pero no llegó. Ella terminó acariciando su pecho y él gimió.

—Mierda...

Sin poder controlarse más, se abalanzó sobre ella y la besó. Puso sus labios sobre los de ella y la obligó a abrir los suyos, desesperado por conocer su sabor.

Y creyó morir al hacerlo.

La agarró por la cintura y la pegó a él mientras devoraba su boca. Esos labios dulces, suaves. Perfectos.

Valeria gimió en la boca de Max cuando sintió sus cuerpos tan cerca. Aún no podía creerse que ese hombre la estuviera devorando de esa manera. Volviéndola loca con sus besos. Lo agarró por el cuello y movió sus caderas, pegándose más a él, pidiéndole todo.

Nunca creyó poder tenerlo así.

Y era real.

Desde el día en que la vio de nuevo, Max había imaginado decenas de veces cómo sería tenerla entre sus brazos. Pero no estaba preparado para la realidad.

Valeria no escondía nada. No se guardaba nada para ella. Por cómo respondía a sus besos y por cómo se movía, Max supo que esa mujer era pura pasión.

Eso era lo que había visto cuando se la volvió a encontrar, fue por eso que sus ojos lo dejaron sin respiración. Y era eso lo que había visto unos segundos antes, en esa cama.

Eso había sido su perdición.

Siguieron besándose, destrozándose los labios, sin querer separarse el uno del otro. Pero no era suficiente para ninguno de los dos.

Valeria colocó su pierna sobre la cadera de Max y él los acomodó para que sus sexos se rozaran, haciéndolos gemir. Puso su mano en la rodilla de ella, tocando su piel. La movió hacia arriba, acariciando su muslo, su cadera...

Metió la mano por debajo de su ropa interior y acarició su trasero.

—Joder —dijo sobre sus labios.

—Max...

La duda en su voz lo hizo quedarse quieto. Separó un poco su rostro del de ella y la miró atentamente.

—No debemos. Tú...

—Lo sé—lo cortó ella.

Los dos lo sabían, pero eso no les impidió volver a besarse y esa vez con más ansia.

Sus manos, nerviosas, intentando deshacerse de la ropa del otro, queriendo sentir en sus dedos su piel.

Terminaron desnudos. Él sobre ella, besando su cuello, lamiendo su clavícula y sus pechos.

Valeria creyó morir cuando Max lamió su pezón y lo metió en su boca. Sus manos apretaban sus pechos y la sensación de su piel desnuda sobre la suya era increíble.

Acarició su espalda mientras él jugaba con sus senos, clavándole las uñas cuando la mordió. Excitada como nunca antes.

—Dios... —ella elevó sus caderas, pidiéndole todo.

Dejando sus pechos libres y tras un beso duro en los labios, Max se levantó de la cama y salió a toda prisa del dormitorio.

Fue rápido, a Valeria apenas le había dado tiempo a entender lo que ocurría cuando él apareció colocándose un preservativo.

Cuando volvió a tumbarse sobre ella, la besó mientras entraba dentro de su cuerpo. Un solo movimiento bastó para que Valeria lo sintiera por completo.

—Max —gimió roncamente.

Eso era lo que él quería escuchar, su nombre en sus labios. Una y otra vez.

Comenzó a moverse lentamente, queriendo prologar el momento el máximo posible. Pero Valeria no estaba por la labor. Ella lo quería todo y lo quería ya.

Y lo iba a tener.

Moviendo su pelvis, logró que Max acelerara el ritmo.

—Max, por favor —la voz de Valeria estrangulada, cerca del orgasmo.

Él sonrió, notando cómo ella comenzaba a temblar. Acercó su boca a su oído y le habló.

—Córrete para mí. Dame eso con lo que tanto sueño, Val —mordió el lóbulo de su oreja y ella gritó.

Valeria sintió un escalofrío mientras Max le hablaba al oído. Y escucharle decir eso fue más de lo que pudo soportar. Terminó rompiéndose en mil pedazos. Su cuerpo temblaba.

Gimió cuando Max mordió su hombro y se quedó completamente quieto, soltando un grito al correrse dentro de ella.

Se dejó caer sobre ella unos segundos antes de salir de su cuerpo y de tumbarse a su lado, poniéndola frente a él para poder mirarla.

Cuando la neblina del deseo desapareció y Valeria fue consciente de lo que había pasado, no supo cómo reaccionar.

Max notó exactamente el momento en el que Valeria entendía lo que había ocurrido entre ellos dos. Su cuerpo se quedó rígido y podría asegurar que ni respiraba.

Apretó la mandíbula porque él debería de sentirse igual.

Arrepentido.

Pero no era así.

La miró a los ojos, los tenía cerrados. Y Max no sabía qué hacer.

Valeria tampoco tenía ni idea de qué decir o hacer en ese momento. Se sentía tan vulnerable como mierda. Tenía tantas ganas de echar a Max de allí como de abrazarse a él y llorar, pidiéndole consuelo para aliviar un poco esa extraña sensación en el pecho.

Finalmente, Max la agarró por la nuca y posó sus labios sobre su frente, dándole un dulce beso.

—No te tortures, no fue tu culpa. Olvidémoslo—dijo sobre su piel.

Se quedó unos segundos así, no queriendo separarse de ella, pero sabiendo que tenía que hacerlo.

Lo que había ocurrido entre ellos era producto de la falta de sueño de Valeria, de sus pesadillas, del deseo que él había reprimido todo ese tiempo. Del enfado que había sentido al conocer que no era libre. De la rabia que sentía por desearla tanto.

Parte de eso era lo que quería que ella creyera.

Porque por más que él intentara meterse eso en la cabeza, sabía que no era así. Tanto como

sabía que lo único que deseaba era hacerla suya de nuevo.

Se levantó, recogió su ropa y la dejó allí, sola, sin saber que Valeria se recriminaba por haber caído mientras él se odiaba a sí mismo por volver a desearla.

Ella no era así, ella no era una persona infiel. Pero tampoco tenía una excusa. Había deseado a Max todo el tiempo. Había pensado en él desde que lo vio apoyado en esa puerta del pasillo.

Había pensado en él cada día desde entonces. Su mente había imaginado más de la cuenta al ver su pecho desnudo al salir de la ducha.

Se había acostado con Max porque lo había deseado. Y, por cómo su cuerpo palpitaba aún por él, sabía que seguía haciéndolo. Incluso más que antes.

Ella era la culpable de aquello, no él.

“Olvidalo”, había dicho Max.

¿Que lo olvidara? ¿Cómo iba a hacerlo?

“No fue tu culpa.”

Como si eso fuera tan simple.

Esperaba que para él solo hubiese sido algo sin importancia, un simple calentón, porque con lo que ella estaba sintiendo, le iba a costar la vida no desear volver a sentir a ese hombre.

Capítulo 8

Valeria despertó unas horas más tarde. Había vuelto a quedarse dormida después del sofocón. Cuando Max se había marchado de su cuarto, ella solo podía llorar.

Y no podría decir qué pesaba más, si la culpa o la necesidad que tenía de él. Porque había deseado volver a sentirlo cerca, había sentido la necesidad de ir a buscarlo y volver a estar con él.

Pero no podía hacerlo. No sería justo para ninguno de los dos, así que lloró por culpa y por impotencia y, sin darse cuenta, se durmió.

Con ropa cómoda de estar por casa, abrió la puerta del dormitorio.

Y se quedó ahí...

—Venga, Val —dijo bajito—. Tienes que dar la cara.

Un paso adelante... Y otro atrás. Puso los ojos en blanco, tenía que dejar de hacer la tonta. Así que suspirando, salió de su habitación.

Escuchó voces mientras iba hacia la cocina. Max y Silvia, por cómo olía, debían de estar cocinando.

Puso una mueca de disgusto, el simple olor a comida le daban ganas de vomitar.

¿Y si se volvía a la cama? Porque entre la fatiga y entre la ansiedad que le había dado al escuchar a Max, no es que se sintiera precisamente bien.

Max...

Suspiró y apoyó la frente en la pared. La cabeza le daba vueltas de tanto pensar. Después de lo que había ocurrido entre ellos, ¿cómo iba a mirarlo a la cara?

Mejor me acuesto otra vez, ya saldré cuando duerman. Puedo aguantar un día encerrada en mi habitación.

Sí, eso sería lo mejor. No estaba preparada para enfrentarlo y, menos aún, si Silvia estaba con él. Porque su amiga era demasiado avispada y ella no era demasiado buena ocultándole cosas cuando estaba nerviosa.

Y en ese instante estaba, más bien, atacada.

Así que ya los vería más tarde si eso, sí, iba a ser lo mejor.

—El que no se haya escondido, ¡tiempo ha tenido!

Lo que empezó como un susurro en su oído, terminó por convertirse en un grito antes de que a Valeria le diese tiempo a reaccionar. Separó su cabeza de la pared, demasiado bruscamente y volvió a gritar, a la vez de Silvia, cuando golpeó la cara de su amiga.

Y las dos chillaron a la vez.

—¡Joder! —bramó Silvia, apretándose la nariz— ¡Pero serás bruta!

—¡¿Yo?!

—¡¿Quién si no?!

Valeria tenía una mano en el corazón porque todavía sentía que iba a darle un infarto y otra en la parte de atrás de su cabeza. Qué dolor tenía ahí. Si no le había roto la nariz a su compañera de

piso, sería un milagro. Abrió los ojos como platos al escuchar la acusación de Silvia, ¡pero si había sido su culpa!

—¿Para qué demonios me asustas?! —explotó, gritando a pleno pulmón.

—¿Asustarte? —gruñó, separó la mano de su cara y suspiró de alivio al ver que no tenía sangre — Pensé que estabas jugando al escondite y quería jugar.

—¿Jugar? —¿en serio?

Valeria puso los ojos en blanco, Silvia no cambiaría en la vida. La miró, estaba aguantándose la risa. Y Valeria, entre la tensión que tenía encima y el susto que se había llevado, soltó una carcajada, provocando otra en su amiga.

Max estaba apoyado, como parecía gustarle, en el marco de la puerta. Se había asustado al escucharlas gritar y había terminado alucinando por la situación.

Su hermana estaba como una cabra y Valeria aún peor.

—Ya en serio, ¿qué estabas haciendo? —preguntó Silvia.

—Nada, solo me había mareado un poco.

—¿Volviste a marearte? —Max frunció el ceño.

Valeria dio un respingo al escuchar su voz y lo buscó con la mirada. Él se estaba acercando a ella, su cara era de preocupación.

—¿Volviste? —la expresión de Silvia era la misma que la de su hermano. ¿Es que ya le había pasado antes?

—Anoche estuve algo indispuesta —carraspeó y miró a Max con ganas de asesinarlo, ella no quería que Silvia supiera nada.

—¿Algo indispuesta? —resopló Max— Casi no te mantenías en pie y vomitaste hasta la primera papilla.

—No exageres —bufó ella.

—¿Vomitaste?! —gritó Silvia.

—Solo un poco.

—Hasta la primera papilla —repitió Max.

—¿Se puede saber qué haces? —gruñó Valeria, mirándolo.

—¿De qué? —pestañeó él.

—No tienes que contarle nada —dijo entre dientes.

—¿Quieres que mi hermano me oculte que estás enferma? —Silvia abrió los ojos de par en par, ofendida.

Sí, pensó, más vale que tu hermano te oculte todo.

Valeria puso los ojos en blanco y fue hasta la cocina, los otros dos la seguían muy de cerca.

—Joder, después soy yo la del drama. No estoy enferma, ya pasó. Me sentaría mal la cena o el vino o lo que fuera. Tampoco es para tanto —refunfuñó, abrió el frigorífico y cogió el brick de zumo de naranja.

—Ni de coña —Silvia se lo quitó rápidamente—. ¿Zumo de naranja cuando has vomitado? —dejó el brick en su sitio, cogió a Valeria por el brazo y la obligó a sentarse. Miedo le daba de que el mareo fuese a más.

—Estoy bien, así que dame el maldito zumo.

—No vas a tomar ni zumo ni nada más que los líquidos que yo diga hasta que vea que estás bien de verdad —le advirtió su amiga.

—No me jodas —rio Valeria, estaba bromeando, ¿verdad? Pero estaba claro que su amiga no lo hacía, se dio cuenta cuando la vio sacar un caldo de verduras para calentárselo—. No pienso

comerme eso. Es más, no pienso comer porque no tengo hambre.

—Lo harás cuando sea necesario—aseguró su amiga—. Ya tengamos que atarte y dártelo obligada.

Joder y todo porque el bocazas de su hermano no pudo mantener la boca cerrada.

—Te mataré —miró a Max, dejando que su mala leche hicieran acto de presencia.

Ese hombre era, al parecer, tan desquiciante como su hermana, así que adiós a su intención de mantener su mal genio bajo control.

A él le daba igual si Valeria quería soltar culebras por la boca. Había pasado mala noche, tenía mala cara, señal de que no estaba bien y lo más normal era que se cuidase.

—Una infusión te sentará bien —dijo él ignorándola y cogiendo una taza para preparársela.

—Odio las infusiones —refunfuñó.

—Anoche te la tomaste y no te sentó mal, ¿verdad?

—¿Anoche se tomó una infusión? —el asombro en la voz de Silvia porque eso sí que no se lo creía. Valeria aborrecía todo tipo de brebajes de hierbas. No importaba si se llamaba te, manzanilla o menta poleo. Nunca en su vida había sido capaz de tomarse nada de eso.

—Sí —respondió Max.

—Pues ya tenía que estar mal...

—No recuerdo haberlo hecho —mintió, Valeria.

—La memoria selectiva es eficaz a veces, pero ya estoy yo para recordártelo —Max dejó la taza delante de Valeria y se sentó frente a ella. La miró cuando ella enarcó las cejas, estaba pensando en lo mismo que él.

Silvia estaba entre los dos y notó la tensión del ambiente con ese comentario.

—Es bastante eficaz cuando quieres olvidar momentos sin importancia —Valeria tensa, de repente.

Max apretó la mandíbula. Él había sido el primero en querer que ella no se culpara, incluso que olvidara lo que había ocurrido entre ellos, pero él no iba a poder borrar aquello de su mente.

Desde el momento en que la había visto, solo había tenido ganas de besarla y de cuidarla hasta que se sintiera mejor, como había hecho la noche anterior. Pero lo que él sintiera no tenía ninguna importancia.

Había pensado que después de hacerla suya, se le pasaría. Y una mierda, estaba más jodido que antes.

Valeria vio una ráfaga de dolor en los ojos de Max y maldijo mentalmente. No debía de haber dicho eso, pero no sabía cómo sobrellevar esa situación. Se sentía al límite, nerviosa y odiándose a sí misma porque no solo había engañado a su pareja con Max.

—¿Estáis hablando en clave? —la pregunta de Silvia consiguió que los dos dejaran de mirarse y se fijaran en ella.

Silvia no era tonta ni necesitaba mucho para intuir. No sabía qué había pasado entre esos dos, pero, al parecer, no iba a fallar con sus predicciones. Y joder, sí que habían sido rápidos. A ese paso, si ella no llega a estar delante en el momento del reencuentro, se lían allí mismo.

—¿Qué? —preguntaron los otros dos, haciéndose los tontos.

—Que no sé a qué mierda viene lo de la memoria selectiva y tampoco es que me importe. Tómame esa infusión, date un baño, no comas y descansa hasta que yo me levante —necesitaba descansar un poco, estaba agotada del trabajo.

—Sí, mamá —dijo Valeria con ironía.

—¿Max? —su hermana lo miró.

—¿Pero de qué vais? —Valeria se estaba viendo venir lo que menos quería— Estoy bien y aunque no lo estuviera, no necesito que me cuiden— no salía de su asombro.

—Yo me encargo —ahí estaba la confirmación.

—Vale —Silvia se levantó—. Cuidado que es una patosa y es capaz de abrirse la cabeza en la ducha.

¿Pero sería posible? Valeria iba a matarla. Lentamente, además. Haciéndole sufrir. Le iba a sacar las tripas y la iba a ahorcar con ellas.

Se terminó la infusión de una vez y aguantó las ganas de echarla fuera. Se levantó rápidamente y Max hizo lo mismo.

—Déjame —le advirtió ella.

Lo único que quería era estar sola y quitarse a ese hombre y lo que había pasado entre ellos de la cabeza.

Pero no era fácil. Y cuando vio el nombre de Sergio en la pantalla del móvil... Lo que faltaba.

—Hola.

—Hola, preciosa. ¿Y esa voz? ¿Estás bien?

—Pasé mala noche, el estómago me jugó una mala pasada, pero estoy mejor.

—¿Seguro? Ya te noté rara anoche, ya debías estar mal.

—Sí —y estaba con otro, pensó—. Pero estoy mejor, de verdad —*me he acostado con otro y me estoy volviendo loca*, pensó. Pero tampoco lo dijo—. ¿Cómo estás tú? Liado, ¿no?

—Se nos complicó la cosa, pero ya en casa. Estoy deseando coger la cama.

—Pues hazlo ya, no pierdas más tiempo.

—Hablar contigo no es perderlo —dijo con una sonrisa en la voz y Valeria se sintió mal—. Iba a invitarte a cenar, pero no sé si podrás.

—Podré —dijo rápidamente. Le vendría bien verlo, a lo mejor así se le aclaraban las ideas y se dejaba de gilipolleces. Se olvidaba de Max y volvía a centrarse en su vida.

—Bien, ¿te recojo a las ocho?

—Te espero.

—Besos.

Sergio colgó la llamada y ella suspiró. Hasta hacía apenas dos días, Sergio era el único hombre con el que Valeria veía un futuro. Y no es que ahora quisiera tenerlo con Max, es que se estaba volviendo loca, joder.

Sergio era un buen partido, eso no podía negarse. Con apenas treinta y cinco años, ya era uno de los más reconocidos cardiólogos del país. Y su relación con él era estable. Tranquila. Nada de dramas ni de excentricidades. ¿Para qué?

Eso era lo que más le gustaba a Valeria.

Hasta el momento, al parecer, porque ahora parecía gustarle el buscarse problemas sin sentido.

Intentó pasar el día en su dormitorio, saliendo lo mínimo posible. Menos mal que Silvia estaba aún dormida y no había tomado el rol de madre pesada con su función de “tengo que cuidar de mi pobre hija enferma.”

Tomó una ducha y se arregló para bajar. Un poco de aire le vendría bien.

—¿Y tú a dónde te crees que vas?

Joder, ya podía seguir dormida, pensó Valeria al ver a Silvia en el sofá. Max estaba a su lado, mirando el móvil.

—Voy a salir.

Entonces Max levantó la mirada rápidamente. Supuso que Silvia ya había deducido eso al ver a

Valeria tan arreglada. Y preciosa.

Joder, estaba guapísima con ese vestido, su pelo suelto, un poco de maquillaje y follable.

Esa última palabra era de su cosecha y casi lo hace gemir. ¿No iba a poder mirar a esa mujer de otro modo? Estaba enfermo.

—Hombre, supongo. No pensé que te fueras a vestir así para cenar con nosotros.

—Nos vemos luego —sonrió Valeria, mirando a su amiga e ignorando el sarcasmo.

—¿Adónde vas? —insistió.

—A tomar el aire. ¿Puedo? —Valeria enarcó las cejas.

—Estás enferma.

—Oh, por Dios, no seas pesada —resopló—. Me sentó mal la comida, ya está. Estoy bien y quiero salir.

—¿Sola?

Valeria miró a Max antes de responder.

—No. Sergio me espera.

Max tuvo ganas de golpear algo en ese momento. Sabía que no tenía ningún derecho a pedirle que no fuera, pero era lo que quería hacer, rogarle que se quedara con él.

Bajó la mirada de nuevo para no encontrarse con sus ojos.

—Está bien —suspiró Silvia, como si tuviera que darle permiso—. Pero no comas nada pesado y... Sergio es médico, lo sé, ya me callo.

Joder, así que médico y todo, pensó Max, más amargado aún.

Valeria salió de casa suspirando. Cerró la puerta y se apoyó unos segundos en ella. Tenía que centrarse en Sergio y no estar tan pendiente a Max.

Ese hombre no podía afectarla tanto.

Si hasta miedo le había dado decir adónde iba. Se sentía la peor persona del mundo y tampoco había cometido un crimen, ¿no? Además, si ella le debía explicaciones a alguien era a Sergio, no a Max. Él sabía muy bien que ella no era una mujer libre.

Y, además, no tenía ningún derecho a juzgarla.

Estaba decidida a borrarlo de su mente y a seguir con su vida como si nada hubiera pasado. Porque aquello solo fue un error.

Pero ¿podría hacerlo?

Capítulo 9

No.

La respuesta era no.

Y Valeria respondió a su pregunta nada más encontrarse con su novio, pero aun así, puso todo su empeño, tenía que poner de su parte.

O era lo que intentaba hacer, pero el adonis de turno se sentía cómodo en su mente y no se movía de allí. Saliendo de la ducha con esa mini toalla. Junto a ella en el suelo del balcón hablando de todo un poco. Cuidándola cuando vomitaba. Haciéndole el amor en su cama.

Joder, qué calor.

Necesitaba sacar de su mente a ese hombre tan... Tan...

—¿Soso?

Hombre, a ver... Yo no lo definiría precisamente como tal, pensó Valeria.

Negó con la cabeza y maldijo mentalmente cuando enfocó la imagen de Sergio.

—¿Perdona? — preguntó con la voz estrangulada.

Maldita fuera su mente, un poco más y la mete en un lío.

—Que si está sosa la comida —insistió Sergio.

La comida...

Joder, Valeria y tú pensando en tabletas de chocolate, se riñó a sí misma.

Valeria bajó la mirada hasta el plato de Yakisoba que aún no había probado y dejó de jugar con el tenedor. Porque después de seis meses yendo cada semana a cenar lo mismo al mismo restaurante japonés, ella aún no había sido capaz de utilizar los palillos.

Obligándose, enrolló algunos fideos en el tenedor y se lo metió en la boca. Sergio la miraba con las cejas enarcadas, esperando a que respondiese. Sabía que era algo “delicado” con ciertos temas.

—No, están bien de sal. Es solo que no me siento demasiado bien aún del estómago.

—¿Quieres que te pida otra cosa? —preguntó, preocupado, el guapo chico rubio que tenía frente a ella. Siempre tan considerado. Tan pendiente a ella.

Tan especial.

Tan perfecto.

Tan... ¿Soso?

—No, tranquilo —sonrió ella—. De verdad que estoy bien.

—¿Seguro que no te pasa nada?

—¿A mí? Nada, seguro, ¿por qué?

—Estás más callada de lo normal. ¿Problemas en el trabajo esta semana?

—No —negó Valeria rápidamente—. Todo va bien. Aún no me han confirmado si seguiré en el mismo centro el curso que viene, pero sabes que es pronto para saberlo.

—Si no estás allí, estarás en otro. No tienes que preocuparte por eso, eres buena profesora y estés donde estés, te adorarán.

Joder, eso sí que era una respuesta. Sergio, como siempre, sabía qué decir.

—Gracias, doctor —Valeria le guiñó un ojo y lo hizo sonreír—. Pero no todos tenemos tu reconocimiento.

—No es para tanto —rio este.

Sergio negó con la cabeza y siguió comiendo. Valeria lo miró unos segundos antes de volver a mirar su plato. Nunca le había visto fallos, ¿por qué lo hacía ahora?

—El viernes, cuando llegué a casa, Silvia no estaba sola.

¿Pero para qué le cuentas? No tiene por qué enterarse, resopló la voz de su cabeza, esa a la que Valeria nunca le hacía caso.

Tenía que saberlo. No le iba a contar demasiado, pero eso al menos, ¿no?

—No me digas que la pillaste... —abrió los ojos como platos.

—¿Qué? No, ¡por Dios! —Valeria rio— No tiene nada que ver con eso. Max estaba con ella, se va a quedar unos días en casa.

—¿Max?

—Su hermano. Ha tenido algunos problemas y está buscando trabajo.

—Entiendo. ¿Y lo llevas bien?

Tan bien que me lo he follado, pensó Valeria y maldijo por ese pensamiento.

—Sí, es un buen hombre. Ni se nota que está —mintió.

—Mejor. Espero que tenga suerte, aunque como está la cosa... Encontrar trabajo no es fácil.

—Lo sé.

—¿A qué se dedica?

—Que yo recuerde tenía un bar de copas. No terminó la carrera de derecho. Si hizo algo más después, no lo sé. Lo que Silvia me ha ido contando.

—Como camarero encontrará algo, seguro.

—Esperemos que tenga suerte.

—Ajá. Fue una semana súper complicada. Perdí la cuenta de las operaciones que hice...

Y ahí era donde Sergio podía displayarse. Y Valeria, que normalmente lo escuchaba, ese día solo fingía. Porque le estaba resultando tremendamente aburrido y era más seguro vagar por sus pensamientos.

O lo hubiera sido si Max no siguiera dentro de su mente, molestándola.

—Pero se salvó —habían salido del restaurante, Sergio había parado el coche justo en la puerta de su edificio, había parado el motor y aún seguía hablado de sus pacientes.

Valeria estaba hasta el coño, literalmente.

Muy guapo y todo, ¿pero siempre había sido tan coñazo?

Sí, respondió la voz de su cabeza.

¿Cómo demonios no se había dado cuenta antes?

A saber...

—Me alegro —sonrió Valeria, que no se había enterado de la misa la mitad.

—Y después estaba...

Valeria lo calló. Porque lo tenía que hacer. Porque estaba bastante harta de escucharlo y no se le ocurrió otra manera de hacerlo que besarlo.

—Vaya, eso sí que es una sorpresa —rio él cuando Valeria se separó un poco.

No había sentido absolutamente nada, ¿qué demonios estaba pasando con ella?

Ella sonrió, para no entrar en pánico, cuando él se acercó y la besó de nuevo. Bueno, a lo mejor la excitaba hasta que perdiese la razón, ¿no? Porque a ver, el sexo con él era... ¿Normal?

Ella había creído que era así, nada que reprocharle. Las tres posturas de siempre, tratándola como una reina. Bonito, ¿no?

Sergio le dio un dulce y delicado beso en los labios y otro en la nariz.

—Debes de estar cansada.

¿Pero qué...?

—Cansada...

—Yo estoy reventado.

No era eso lo que ella esperaba. Quizás verlo perder el control, besarla apasionadamente... No es que fuera a pedirle que la follara en el coche...

¿Por qué no?

Ignoró a la dichosa voz.

Pero verlo excitado por ella, era lo mínimo, ¿no?

—Normal, demasiado trabajo.

—Sí —sonrió él.

Valeria soltó un sonoro suspiro y, sin pensárselo más, lo dijo a bocajarro.

—Sergio, creo que es mejor que lo dejemos.

Sergio frunció el ceño.

—¿Que dejemos qué?

—Esto. Nosotros. No funciona.

Él pestañeó varias veces.

—¿A qué viene eso, Valeria? ¿He hecho o dicho algo?

No podía creérselo. Así, de repente, lo estaba dejando.

—No, no —dijo rápidamente ella—. De verdad que no es por ti. Es por mí —y, en parte, no mentía.

—A ver, Valeria. Sé que no podemos vernos como antes, pero...

—No es eso, Sergio —suspiró ella—. Siento que no es esto lo que quiero. Yo...Necesito tiempo para mí.

—¿Hay alguien más?

—No —y tampoco mentía, porque Max no era nada para ella—. Ni tú tienes ningún problema. Me encantas. Eres el mejor hombre que conozco, pero yo siento que necesito otras cosas en este momento y una relación así no es para mí.

Él la miró unos segundos y suspiró pesadamente.

—¿No puedo insistir entonces?

—No —confirmó ella.

—Si necesitas tiempo, lo tienes.

—Sergio, no —porque sabía qué quería decir esa frase.

—Pero te seguiré esperando.

Ella negó con la cabeza, acarició su rostro mientras dejaba que una lágrima cayera por su mejilla. Había intentado no llorar, pero verlo así le dolía. Una cosa era que ella hubiese tomado esa decisión, otra hacerle daño. Él no lo merecía.

Como no merecía saber que lo había engañado, porque le haría mucho daño. Ella viviría con esa culpa y con ese secreto.

Él limpió su mejilla y ella sonrió.

—Eres un gran hombre —le dio un beso en la mejilla y salió del coche.

Limpiándose las lágrimas, entró en el portal. Había sido impulsiva, no lo tenía meditado. Pero

era lo mejor.

Esa noche se había dado cuenta de que había algo que no funcionaba. Se preguntó cómo no se había dado cuenta de que el hombre que estaba junto a ella no era la persona con la que deseaba compartir su vida.

Sergio era perfecto. Una carrera y un futuro profesional brillante. Un carácter perfecto. Educado. Simpático. Trabajador... Y cualquier cualidad que alguien buscara en la otra persona, la tenía él.

¿Entonces cuál era el problema?

El problema es que no había chispa. Y Valeria necesitaba eso, nunca había sido tan consciente de ello como en ese momento.

En realidad no tenía que ver con Max, no del todo. Le pesaba el engaño, pero las dudas eran por ella.

¿Qué vida le esperaba al lado de Sergio?

La vida perfecta con la que cualquiera soñaría. Pero no ella. Ella quería un poco de pasión. Necesitaba sentirse viva.

Capítulo 10

Max quería matar a alguien.

Hacia dos horas que Valeria había salido por la puerta y él no había destrozado media casa porque estaba su hermana allí. Pero ganas no le faltaban.

—Si sigues mirando el plato así, la comida saldrá corriendo.

—¿Qué? —Max levantó la cabeza y miró a su hermana.

—Que solo es brócoli.

—Me gusta el brócoli.

—Pues por cómo lo miras, parece que no.

Max resopló, pinchó un poco de comida y se la metió en la boca.

—Hmmm... Delicioso.

—Qué imbécil eres —rio Silvia—. ¿Qué planes tienes para mañana?

—Patearme media ciudad. Y esperar tener suerte. Estuve hablando con mamá y me dijo que regresara, pero le dije que iba a intentarlo antes aquí.

—Mamá no sabe ya cómo obligarme para que te convenza de que vuelvas —rio su hermana.

—Seguramente lo haré, pero antes quemaré todos los cartuchos aquí. No habrá local que no tenga mi currículum.

—Como debe ser.

—Por internet ya mandé a muchos otros sitios, así que... Necesito saber lo que sea para matricularme en la universidad.

—Me encanta que hayas decidido terminar tu carrera —ella sonrió con orgullo y él le devolvió la sonrisa.

—Un poco viejo ya para ponerme delante de los libros, pero...

—¿Viejo tú? Para las yogurines que te ligas será.

Max soltó una carcajada.

—Eso ocurrió en la edad de piedra. Ya no sé ni cómo se liga.

—Te sale natural, no te preocupes —reía Silvia—. Te pasa como a Valeria, pero tú sabes, o sabías, aprovechar las oportunidades, ella ni se entera.

—Ah, ¿sí? —intentó sonar despreocupado con el tema, pero por dentro estaba en plan: “no me cuentas cómo ni cuánto liga porque entonces sí que voy a empezar a romper cada jarrón que encuentre”.

—Sí. Pero le pasa desde que está en la universidad. Ella siempre ha sentido que los tíos no la miran y ya babearan delante de ella, ni cuenta —Silvia soltó una carcajada—. Y sigue igual.

—A lo mejor lo sabe.

—Ya te digo yo que no. Y aunque lo supiera, tampoco es que le importe. Pero no le vendría mal, a ver si así deja al tontolaba con el que está.

Max se quedó en silencio, dejó el tenedor en el plato y la miró con curiosidad.

—¿No te gusta?

—No es que no me guste. Es guapo, un buen partido. Simpático. Buen amigo y compañero. Educado. Un gran profesional. Cualquier mujer puede babear por él.

Joder, ¿era perfecto o qué?

—Menos tú.

—Ah, no, yo también —rio ella—. Pero creo que necesito un poco más de salsa en la vida. Como Val, solo que aún no se dio cuenta.

—Por algo estará con él —no era un tema del que Max quisiera hablar, pero no venía mal conocer algunos “detalles” del enemigo.

¿Había dicho enemigo? ¿En serio?

Pues sí.

—No sé por qué —dijo Silvia con sinceridad—. Solo sé que no van a durar tres telediarios. Y que me gustaría ver a mi amiga feliz.

Ya mí, conmigo.

¿En serio había dicho eso?

Pues sí de nuevo.

—A mí me gustaría verte a ti también feliz —dijo Max.

—Yo lo soy. Además, aún no ha nacido el hombre que tenga todas las cualidades que yo pido. Pero ya llegará. Si llega a existir alguna vez, claro —puso una mueca y Max soltó una carcajada.

—Seguro que sí.

Max miró hacia la puerta de la cocina al escuchar cómo intentaban abrir la puerta principal. Valeria había llegado y él estaba aliviado porque no se hubiese demorado demasiado.

Silvia observó como la postura de su hermano cambiaba al saber que Valeria ya estaba allí. Evitó sonreír, no podía ocultarlo.

—¿Y tú, Max? —preguntó ella, llamando su atención. Él la miró, inquisitivo— Porque también mereces...

—¡¡¡Vas a morir!!!

—Mierda, otra vez no —gimió Silvia.

Escuchó un portazo y resopló. Miró a su hermano, quien ya se había levantado. Y Valeria no tardó en aparecer por la cocina.

Se veía en su cara que no estaba precisamente contenta.

—Yo... —cogió aire y cerró los ojos unos segundos antes de volver a mirar a Silvia— ¡¡¡Ahhh!!! —gritó de repente— ¡¡¡La voy a matar!!!

—Mierda —*ya le entró*, pensó Silvia, quien corrió tras su hermano.

Pero este no era tonto, había sabido reaccionar a tiempo y había cogido a Valeria por la cintura, levantándola en volandas.

—¡Déjame! —gritó Valeria, ella iba a terminar con esa vieja.

¿Por qué le tenía tanta manía?

¡Siempre la asustaba a ella!

—Relájate, Val —pidió Silvia.

—Y una mierda me voy a relajar. ¡Dile al troglodita de tu hermano que me baje!

Pero Max la ignoró, un par de movimientos y se la puso en el hombro.

—Tranquila —dijo relajadamente él.

¿Tranquila? Pero si la tenía colgada del hombro, ¿cómo se atrevía?

Max entró en el dormitorio de ella y le cerró la puerta a Silvia en las narices para que no entrase.

—¡Que me bajes!

—Como gustes —Max la dejó caer, no antes de darle una cachetada en el trasero y Valeria gritó, pensando que terminaría en el suelo, pero no, la dejó sobre la cama.

—Imbécil —gruñó cuando se dio cuenta, aún tenía el susto en el cuerpo. Se levantó de un salto para encararlo.

—Solo es una anciana.

—¡Y está loca!

—Tú también, será por eso que quiere matarte.

Valeria abrió los ojos de par en par. Por cierto, ¿dónde estaba Silvia?

No le dio tiempo a pensar más. Max la besó con tal intensidad que cuando se separó de ella, la había dejado relajada y sin poder hilar un solo pensamiento.

—Joder, cómo me pones —resopló y se marchó—. Ya se le pasó —dijo cuando abrió la puerta y se encontró con su hermana, quien lo miraba con las cejas enarcadas.

—Aja... —y ella sabía que no debía preguntar.

—Maldito idiota —gruñó Valeria.

Suspiró y se dejó caer en la cama. Más le valía dormir y olvidarse, por un rato, de que ese hombre existía.

Capítulo 11

Max no podía borrar de su mente ni la imagen de esa mujer ni lo que había ocurrido entre ellos. Cuando la hizo suya, cuando la besó hacía apenas un rato...

No dejaba de dar vueltas en la cama y, agobiado, se levantó. Las tres de la mañana, buena hora para seguir despierto.

Sin hacer ruido, fue hasta la cocina. Frunció el ceño al ver cómo la luz de allí estaba encendida. ¿Quién de las dos estaba dándose un atracón?

La respuesta era evidente.

Valeria suspiró al morder el chocolate. Tenía un hambre impresionante. Si le pusiesen por delante una vaca, se la comía también.

Con Silvia en casa, lo único que le había ofrecido a su estómago era un triste caldo de verduras. Y con Sergio apenas había pegado bocado. Así que lo único que tenía en el estómago era el jodido calducho ese.

Y si con eso no había vomitado, porque ella era fiel defensora de la teoría de que ese tipo de comidas se usaban en las dietas porque era fácil adelgazar con ellas ya que o terminabas echándolo todo fuera o, simplemente, no eras capaz de meterte en el cuerpo más de dos cucharas, por lo que perdías peso sí o sí... Si su estómago había podido mantener esa mierda dentro, ¿cómo no iba a quedarse con el chocolate, con lo que le gustaba?

Pero claro, tuvo que esperar a despertarse de madrugada, cuando los rugidos de su barriga eran ya exagerados, para atracar la nevera antes de morir de inanición.

Al ver una sombra en la puerta de la cocina, Valeria se metió todo el trozo de chocolate en la boca, pensando que era Silvia y que le podía caer una charla porque su estómago aún no estaba bien para esa mierda.

Al ver que era Max, suspiró de alivio. Al menos por esa parte, porque por otra, ¿por qué demonios tenía que ser él? Aún tenía ganas de matarlo por...

¡Por todo!

Max miró cómo los cachetes de Valeria iban a explotar. La había visto metiéndose todo en la boca, era malísima ocultando algo.

—¿Rico? —preguntó tras reír.

Valeria hizo una asquerosidad según ella y sacó el chocolate de su boca. Le dio un mordisco y siguió masticando. Max la miró con las cejas enarcadas, parecía una niña pequeña. Y estaba preciosa. Abrió la puerta del frigorífico y se sirvió un vaso de leche.

—Ujum —no iba a abrir la boca ni para hablar.

Max se apoyó en la nevera cuando cerró la puerta y la miró. Ella mantenía la mirada baja, muy pendiente al chocolate.

Y él tenía que dejar de mirarla porque con los camisones que usaba para dormir, iba a provocarle un jodido infarto.

¿Es que esa mujer no podía usar algo que lo excitara menos? Aunque seguro que con un saco

tapándola por completo conseguiría provocar el mismo efecto en él.

Estaba muy jodido.

Ya se había acostado excitado con el simple beso que le había dado, así que imaginad...

Valeria seguía con la cabeza agachada y Max resopló. A ese paso iba a odiarlo y no era eso lo que deseaba.

—Val, lo de antes...

Ella negó con la cabeza y tras suspirar, terminó de comerse el chocolate tranquilamente. Se levantó de la silla y fue a marcharse tras susurrar, cuando estuvo cerca de Max, un:

—No pasó nada.

Se iba a ir y Max no quería eso. La quería cerca. No lo pensó. La cogió del brazo, tiró de ella y la pegó a él. Con movimientos rápidos, abrió las piernas y la acomodó entre ellas mientras la agarraba por la cintura. No iba a salir de ahí hasta hablar con él.

—¿Pero qué haces? —susurró ella, temiendo hacer ruido y que Silvia se despertase y los viera allí.

—No lo sé —dijo con sinceridad.

La acercó más, sus cuerpos completamente pegados.

—Pues ya te lo digo yo, el gilipollas —dijo Silvia entre dientes.

Max soltó una risita, le encantaba verla enfadada.

—Solo no quiero que te vayas.

—Lo que no quita que eres imbécil.

—¿Con él también eres así? —Valeria se quedó rígida— ¿O no conoce ese genio? ¿O lo conoce y también sabe cómo doblegarlo?

Ella negó con la cabeza y dejó caer los hombros.

—Eres un capullo —la voz le salió triste, demostrando la decepción que sentía por esa mala jugada de Max. No pensaba que fuera esa clase de hombres.

Se sentía mal por haber engañado a Sergio, lo había dejado. Y Max lo usaba ¿para joderla? ¿Qué pretendía hablando de él? No tenía ni puta idea de nada.

Maldito gilipollas.

—Mierda, Val, lo siento —se dio cuenta de cómo la había cagado demasiado tarde. Intentó controlarla entre sus brazos y mantenerla allí, pero ella quería marcharse. Max había actuado sin pensar, igual que había hablado. Pero necesitaba sentirla a su lado, como necesitaba saberla solo suya. Aunque no podría explicar ese sentimiento de posesión que tenía para con ella—. Estate quieta —la apretó más fuerte—. Relájate y te suelto—. Ella se quedó quieta y lo miró con curiosidad. Max, poco a poco, abrió el abrazo donde la mantenía y dejó caer los brazos al lado de sus caderas—. Lo siento. De verdad que lo siento.

Era el momento de irse, Valeria lo sabía, pero se quedó allí, mirándolo, sin poder moverse. Y es que a ella le gustaba sentirlo cerca. Y ya no tenía por qué esconderlo, aunque él aún no lo supiera.

Max aprovechó su momento de duda. Levantó una mano y la puso en su nuca, acercando sus rostros.

—No sé qué me pasa contigo —susurró sobre sus labios, rozándolos—, pero no puedo dejar de pensar en ti.

Valeria cerró los ojos, mortificada porque a ella le pasaba lo mismo, pero seguía sin moverse.

—Max, por favor...

—Puedes irte —él seguía susurrando sobre los labios de Valeria, solo rozándolos, sin hacer

mucho más. Pero ella seguía sin moverse—. Pero no quieres hacerlo.

—Max...

—Me deseas —la interrumpió. La besó, fue un beso de labios, lento y torturador para ambos—. No puedes negarlo —volvió a besarla, esa vez saboreándola a conciencia, haciendo que suspirara, igual que lo hizo él cuando rompió el beso—. Joder, Val —puso la otra mano en la parte baja de su espalda y tiró hacia él para devorarla como quería.

Valeria estaba perdida, lo había estado desde el primer momento en que él la acercó a su cuerpo. Quizás lo estuvo dos días atrás, cuando regresó a su vida.

Quizás lo había estado siempre.

No importaba, en ese momento, desde cuándo ocurría. La cuestión era que no tenía nada que hacer. No era capaz de alejarse al tenerlo tan cerca.

Como no era capaz de mantenerse fría cuando estaba entre sus brazos.

Correspondió a su beso, rindiéndose a las sensaciones. Apoyó su cuerpo sobre él, levantó los brazos y los puso alrededor de su cuello.

Max sintió el momento exacto en que ella se rindió a él. Y no iba a desaprovecharlo. Se sentía hambriento de ella, una sola vez entre sus brazos no había sido suficiente.

Tenían tanto que sentir...

Acarició su espalda, su trasero. Agarró sus nalgas y la apretó contra su erección. Ambos gimieron.

Max mordió el labio inferior de Valeria y tiró de él. Subió su camisón y metió la mano por debajo de su ropa interior, tocando su piel, llegando hasta su sexo y maldijo al ver lo mojada que estaba.

Por él.

—Necesito follarte —Max directo al grano, no podía andarse por las ramas cuando sentía que iba a correrse allí mismo, con la ropa puesta.

Y Valeria necesitaba que lo hiciera. Y le importaba poco todo lo demás.

En ese momento, escucharon un estornudo exagerado que debió de resonar en todo el edificio y se separaron rápidamente.

Silvia entró en la cocina limpiándose la nariz con un pañuelo y se quedó mirando a los dos tontos que estaban allí.

Su hermano de espaldas a ella, de cara en la encimera, con las manos apoyadas en ella y mirando hacia abajo, como si estuviera castigado.

Valeria mirando por la ventana. ¿Mirando qué? ¿Al vecino de enfrente? Porque es lo único que se podía ver en ese patio de vecinos cerrado.

Silvia ni se sorprendió. Había pasado por la habitación de ambos, vio las puertas abiertas y al ir a la cocina y ver la luz encendida, imaginó que estarían ahí. Por algo había estornudado, no tenía ganas de llevarse una sorpresa.

Y por la postura que tenían ambos, se le habría llevado de no haber sido tan achispada. Si es que adoraba lo inteligente que era.

—¿Es alguna clase de juego y yo no me he enterado? —se sirvió un vaso de agua, que era para lo que se había levantado. La alergia la tenía frita, maldita primavera.

—¿Eh? —Valeria se giró y miró a su amiga.

Max hizo lo mismo, se terminó su vaso de leche simulando que no pasaba nada.

—Parecía que estabais jugando a ver quién aguantaba más tiempo... Bah, dejadlo —resopló cuando se dio cuenta de que no la entenderían.

O que lo hacían y se estaban haciendo los tontos, apostaba más por eso.

—Yo ya me iba —medio tartamudeó Valeria.

—¿Qué hacías aquí? —a Silvia le encantaba chingar.

—Tenía hambre, comí algo, sano —especificó—, pero ya me voy.

—¿Pero estás bien?

—Sí, claro, ¿por qué no iba a estarlo?

—No sé —Silvia se acercó a ella y le puso la mano en la frente—. Pues no, no tienes fiebre.

—Claro que no, nunca tengo. Así que me voy ya.

—Pues no entiendo por qué estás tan roja.

Max resopló mentalmente. Era evidente que su hermana sabía lo que estaba ocurriendo entre ellos dos.

—El calor —dijo Valeria rápidamente—. Ya sabes que esta casa es un horno. Vamos a tener que ir pensando en alquilar otra, porque yo no sé si voy a aguantar otro verano aquí. El del año pasado fue un infierno —y mientras soltaba la panfarrada, se escapó de la cocina.

—¿Y tú también tenías calor? —el reproche en la cara de su hermana hizo que Sergio se sentara. Ella hizo lo mismo y suspiró— ¿Cuántas veces os habéis acostado?

Max enarcó las cejas.

—¿Cuántas?

—No pretenderás que me haga la tonta y que finja que no sé lo que está pasando. Es más que evidente, Max.

—Joder —suspiró este—. Solo una.

—¿Solo?! —Silvia se regañó a sí misma por levantar la voz— Mira, eso sí me ha sorprendido, esperaba que más —dijo con algo de ironía.

—¿Te sorprende? ¿No dices que lo esperabas?

—Desde el primer momento —reconoció—. Pero joder, pensé que necesitaríais un poco más de tiempo. Señor.

—¿Tanto se nota? —Max hizo una mueca.

—Si yo no llego a estar ese día, termináis haciéndolo en la mesa del salón. Por cierto, dime que no fue ahí —Silvia puso cara de asco y Max rio, negando con la cabeza—. Menos mal —dijo resoplando de alivio—. Ya en serio, Max, ¿estás seguro de lo que estás haciendo?

—No sé lo que estamos haciendo.

—Pues mira que es simple, folláis.

—¿Por qué eres tan bruta?

—Y tú tan mojigato. A ver si te crees que porque soy tu hermana y soy menor que tú, no sé lo que es follar.

—Silvia...

—Vale que hace mucho tiempo que no, pero...

—No me interesa —resopló Max.

—Mejor, porque tampoco es que mi vida sexual sea muy interesante. Así que mejor nos divertimos con la tuya, que parece de lo más activa y entretenida.

—No voy a hablarte, precisamente a ti, de mi vida sexual —dijo él muy serio.

—No, tampoco necesito los detalles. Solo quiero saber qué mierda estáis haciendo. Más allá de comeros el uno al otro, claro. Porque sabes que tiene novio, ¿verdad? —Max apretó la mandíbula, tanto que Silvia pensó que iba a destrozarse los dientes— Sí, ya veo que sí.

—Fue un error. No pudimos controlarlo.

—Lo imagino. ¿Y lo de esta noche? ¿También fue un error?

—¿Me vas a dar la charla, Silvia? ¿O me vas a pedir que me vaya mejor?

—Ni una cosa ni la otra. Y no seas idiota, jamás te echaría de mi casa —dijo enfadada—. Sabía de más que lo vuestro era inevitable, se notaba en el ambiente. Solo no quiero que sufráis.

—Yo no voy a hacerle daño.

—Conscientemente quizás no. Pero se lo harás. Como te lo harás a ti. Porque ¿te recuerdo lo mal que lo has pasado? ¿Te recuerdo que ella tiene novio? Sería feliz si os viera juntos, Max, no te imaginas cuánto. Pero te voy a pedir una cosa: haz las cosas bien.

Y con ese consejo, dejó a Max allí, solo, dándole vueltas a la cabeza.

¿Y cómo podía hacerlo bien? Si ni siquiera sabía qué era lo que tenía que hacer.

Solo sabía que la quería cerca.

Capítulo 12

Valeria quería subir a la azotea del edificio principal del instituto y tirarse al vacío. Ese día estaba que no se soportaba. Y es que todo le salía mal.

Se había levantado tarde porque como apenas había pegado ojo en toda la noche, cuando por fin lo hizo fue tan cerca de que sonara el despertador que ni se enteró de la alarma. Si no llega a ser porque Silvia era bastante controladora, aún seguiría dormida.

Así que se levantó, se vistió de prisa y corriendo y salió a coger el metro.

“Estación cerrada de 8 a 12 por reparaciones. Por favor, use la más cercana. Disculpe las molestias.”

Las molestias decía... ¡Era un verdadero engorro!

Corrió todo lo rápidamente que pudo para llegar a la siguiente pero claro, ya llegaba tarde. Y tarde se bajó del metro.

Corrió hasta la puerta del instituto y estaba tan centrada que no vio que iba directa a chocarse con un despistado que terminó derramando el café encima de ella cuando cayó al suelo por el impacto.

Servían ese producto en vasos de plástico con tapadera por algo...

Pues, al parecer, a ese hombre la tapadera le sobraba.

Tras escuchar mil disculpas, Valeria siguió corriendo, resignada a tener que pasar el día oliendo a café. Llegó a clase y sus alumnos no estaban. ¿Diez minutos tarde y ya ellos habían desaparecido?

Esas eran las ganas que tenían de dar clases un lunes por la mañana.

Bajó al patio y terminó localizándolos a todos, no iban a perderse la clase, vaya.

Y la cosa no mejoró.

Se le estalló un bolígrafo, la fotocopidora no funcionaba y no podía imprimir. En definitiva, estaba desquiciada.

Como si ella no tuviese bastante con lo que tenía encima. O con lo que quería tener, mejor dicho.

—No entiendo la manía que tenéis de mirar de mala manera a los objetos.

Valeria levantó la cabeza y sonrió al ver a su amiga allí.

—¿Qué haces aquí?

Silvia sonrió.

—Pregunté por ti y me dijeron que estabas en la sala de profesores. Quería saber si te apetecía desayunar conmigo.

Eso sí que era raro.

Valeria miró la hora en el móvil. Estaba en su hora de tutoría, pero había aprovechado para adelantar trabajo porque sus alumnos parecían no necesitarla. Aún quedaban quince minutos para el recreo, pero podía escaparse.

—Claro que sí —dijo alegremente. Recogió sus cosas y se acercó a su amiga.

—¿Qué demonios te pasó? —la miró de arriba abajo— ¿Eso es café? —preguntó cuando le llegó el olor.

—Me tocó chocarme con el único tonto que le quita la tapadera al vaso de plástico —resopló mientras caminaban para marcharse.

—Entonces ese entra dentro del grupo de los psicópatas, ¿no?

—Sí, como los que se duchan con agua fría, los que duermen con las puertas de los armarios abiertas...

Silvia soltó una carcajada.

—Que no se te olvide los que duermen con calcetines.

—Esos sí que dan miedo —rio Valeria.

Agradecía que después de la mañana de mierda que estaba teniendo, Silvia la animase un poco. Llegaron a la cafetería y pidieron el desayuno. Valeria no tardó en hincarle el diente a la tostada, aún estaba famélica.

—Jueves, viernes, sábado y domingo me toca de noche —resopló Silvia.

—¿Te van a tocar todas las noches?

—Todas no. Lunes, martes y miércoles no —bromeó—, pero la mayoría al parecer. Y lo más seguro es que tenga que doblar turnos, así que más me vale dormir todo lo que pueda mientras pueda.

—Es una putada.

—Sí. Seguimos estando cortos de personal, así que mientras se reincorporan un par de bajas, tendremos que organizarnos y alargar las jornadas.

—Lo peor es que saben hacerlo para que no pueda haber quejas.

—Aja —Silvia tragó lo que estaba masticando.

—Vacaciones de Semana Santa jodidas, ¿no?

—Sin duda. Tú las tienes mejor, lo bueno de ser profe. Siempre estáis de vacaciones.

—Ojalá fuera así —rio Valeria.

—Casi siempre —bromeó Silvia.

—El viernes entregamos las notas y no me ven el pelo en unos pocos días.

—¿Tu madre sigue enfadada?

Valeria resopló. Solía ir a verla cada puente largo, como en Semana Santa. Pero ese año había preferido no hacerlo, se quedaría en casa. Haciendo limpieza, comiendo, viendo pelis y durmiendo.

E iba a terminar jodida con Max allí.

—No se lo tomó muy bien, pero la verdad es que este año no tengo ganas de hacer tal viaje para tan pocos días— claro que si llega a saber lo de su hermano, se habría ido cagando leches. Lo mismo cogía un billete de última hora y desaparecía, ¿por qué no?— Le dije que estaré más tiempo en verano. A ver si puedes coger vacaciones para entonces que no quiero irme sola.

—Ganas tengo —resopló su amiga—. También estoy cansada.

—Tampoco te quejes tanto que después eres la primera que se ofrece a cambiarle el turno a quien sea.

Eso era verdad, ambas lo sabían.

—Me gusta mi trabajo y como tampoco me espera nadie en casa, pues no me quejo.

—Oye, te espero yo —Valeria fingió sentirse ofendida.

—Pero nuestra relación es lo bastante abierta para que lo entiendas —rio Silvia, haciendo reír a su amiga—. Y es de eso de lo que quiero que hablemos.

—¿De nuestra relación? ¿Me vas a pedir un tiempo?

—No nos vendría mal —soltó una carcajada—. Deja de hacer la payasa.

—Solo le pongo un poco de humor a la cosa porque me acojonas. Ya me extrañaba a mí que vinieras sin tener un motivo oculto.

—Más de una vez... —Silvia se calló y pensó— Bien, nunca he venido sin motivos —reconoció—. Soy una mala amiga.

—Anda ya —rio Valeria—. Y no me asustes, dime qué es lo que pasa.

—Eso es lo que quiero saber yo, Val. ¿Qué es lo que está pasando?

—No sé a qué te refieres —Valeria frunció el ceño.

—¿Qué ocurre entre mi hermano y tú?

La pregunta era directa y Silvia no iba a decirle que había hablado con Max. Se haría la tonta, se le daba bien.

Valeria soltó un sonoro suspiro y se acomodó mejor en la silla.

—No lo sé, Silvia —y en parte era así.

—Pues cuéntame y quizás pueda ayudarte a entenderlo.

Valeria sabía que no iba a poder librarse de esa. Así que más le valía ser lo más sincera posible.

—El sábado me encontré mal. Habíamos cenado unos sándwiches, comimos helado y bebí más vino del que suelo beber. Max estuvo ahí. Tuve pesadillas, ya me conoces cuando tengo dolor y...

—Y me lo puedo imaginar.

—Ha sido la única vez.

—Imaginé que había ocurrido algo, entre vosotros hay una tensión sexual que da miedo. Pero no es eso lo que te pregunto exactamente, Valeria. ¿Qué está ocurriendo entre vosotros?

—Es que no lo sé, Silvia —suspiró—. Me desquicia, siempre lo hizo. Me vuelve loca...

—También lo hizo siempre —sonrió su amiga.

—Sí. Hay una atracción que no puedo controlar. Pero solo es eso.

—¿Solo es eso? ¿Te parece poco?

—No, la verdad es que me parece una mierda. Y también me he sentido muy mierda porque engañé a Sergio, pero...

—Yo no estoy juzgándote, Val. Para el carro —dijo muy seria—. Jamás lo haría.

—Lo sé. Pero ¿cómo fui capaz, Silvia? Yo no soy esa clase de persona. Me odio por eso.

—Tú tampoco deberías de juzgarte. Tú menos que nadie, nunca serías objetiva. Solo te machacarías.

—Y tendría razón con cada insulto que me dijera a mí misma.

—No —negó su amiga rápidamente—. Lo hiciste porque era Max.

Valeria limpió una lágrima que cayó por su mejilla al emocionarse por esa frase. Era su gran verdad. Solo Max podía haberlo hecha caer.

—He terminado con Sergio.

—¿Cuándo?

—¿No te extraña?

—Pues la verdad es que no, ya sabes que no apostaba por esa relación. Además, te conozco, no serías capaz de hacerle daño intencionadamente. Así que sabía que si ocurría algo entre vosotros dos, actuarías así.

—Eres muy lista —dijo con ironía—. ¿Para qué me preguntas si lo sabes todo?

—Si supiera todo no te estaría preguntando —rio Silvia—. Lo dejaste anoche, ¿verdad? Por

eso llegaste con ese ataque de nervios.

—Pero no lo dejé por Max. En realidad fue por mí.

—Entonces me alegro —sonrió Silvia—. Es un gran hombre, pero no quien te puede hacer feliz.

—Max tampoco es ese hombre.

—¿Qué ocurrió anoche? —Silvia cambió el tema, aún no era momento de hablar de todo aquello— Cuando se encerró en tu cuarto.

Valeria puso los ojos en blanco.

—Es insufrible, te lo juro.

—Lo sé, soy su hermana —rio Silvia.

—Me besó. Así es el neandertal de tu hermano.

La carcajada de Silvia fue sonora.

—Lo imaginé.

—No le veo la gracia.

—Créeme, la tiene. ¿Y qué vas a hacer?

—¿De qué?

—Con Max.

—Nada. ¿Qué quieres que haga? Intento mantenerme todo lo alejada que puedo.

—¿Por qué?

Valeria lo pensó unos segundos. Se había liberado. Había podido hablar con Silvia de todo y no se imaginaba cuánto había necesitado. Entendía que era su hermano de quien hablaban, pero Silvia era su amiga y necesitaba, también, poder contar con ella. Era la única persona con la que podía hablar de todo, sin tapujos. Sin complejos. Sin miedos. Y, lo más importante, sin que la juzgara.

Por eso se merecía la verdad.

—Porque no quiero sufrir.

Silvia la miró, entendiéndolo todo.

Se conocían bien y se entendían con pocas palabras. Y aunque no estaba de acuerdo con cómo iba a actuar Valeria, la comprendía y la apoyaría.

—¿Te lo has reconocido a ti misma?

Valeria negó con la cabeza. No, no lo había hecho. Ni siquiera había dejado que el pensamiento pasara por su cabeza.

—Yo no... —se mordió el labio, no quería decirlo.

El solo permitirse pensar en ello ya era hacerlo real.

—Ay, Val —Silvia se levantó y se sentó a su lado. Cogió su mano y la apretó—. No quiero verte triste.

Valeria limpió una lágrima, miró a su amiga y sonrió como pudo.

—Me estoy enamorando de él.

No, pensó Silvia. *Ya lo estás.*

Y ese idiota que tenía por hermano la iba a cagar porque pondría a Valeria en el mismo saco que a su ex y a todas las demás.

Si no... Tiempo al tiempo.

Ya le tocaría a ella interceder cuando sucediera el desastre, como siempre.

Capítulo 13

Max estaba enganchado, obsesionado, obnubilado, fascinado, encoñado y todo lo que se os pueda pasar por la cabeza que termine en -ado.

Agilipollado también, venía de nacimiento.

Pero en ese momento, lo que primaba era que estaba agobiado.

Y cabreado.

Y no solo por el tema del empleo, porque por más currículums que entregase, por más ofertas en las que se inscribiese, no tenía respuesta ninguna. Llevaba una semana allí y seguía sin encontrar nada.

Y Max estaba empezando a pensar que lo mejor sería regresar a casa.

Ya había estado unos días lejos, llevarías las cosas mucho mejor. Pero el problema ahora era que no quería dejar de ver a Valeria.

Sí, apollardado perdido estaba.

Sobre todo porque Valeria parecía estar haciendo todo lo que estuviera en su mano por permanecer lejos de su vista.

Max había estado toda la semana llegando a casa tarde, a la hora justa para cenar, darse una ducha y dormir. Y los momentos en los que había coincidido con Valeria, no había podido acercarse porque ella se encargaba de ello.

Sí, ya sabemos que no tenía que acercarse para nada, pero a él le gustaba sentir su cercanía.

Entre lo loco que lo estaba volviendo esa mujer y lo negro que veía su futuro, se sentía bastante cansado.

Y preocupado.

¿Por qué todo lo malo acababa en —ado?

Lo único “bueno” es que ella tendría ahora unos días libres y no podría permanecer encerrada en el dormitorio siempre, ¿no?

—¿Estás bien?

Max levantó la mirada del móvil y pestañeó al ver a Valeria de pie, a su lado. Silvia ya se había ido y era cuando Valeria parecía haber cogido la costumbre de encerrarse en su dormitorio, a cal y canto.

Y él no tenía tanto morro como para irrumpir ahí. Por el momento...

—Sí, gracias —volvió a mirar al móvil y terminó de enviar el currículum a una nueva oferta.

Valeria lo miró y al móvil también. Había pasado varios días pudiendo evitar a Max. Porque se escondía, literalmente. Pero era lo mejor. Y habría permanecido igual de no ser porque estaba hasta las narices de escucharlo protestar.

Se había cagado en medio país y había maldecido al otro medio.

—¿Por qué tienen que hacer las cosas tan complicadas? —estaba refunfuñando en ese momento.

Valeria puso los ojos en blanco. Era igual que su hermana. Cuando se agobiaba, no daba pie

con bolo.

—¿Quieres que te ayude? —él levantó la cabeza y la miró de nuevo— A lo que sea que estés haciendo.

—No, no quiero molestar más.

—Vamos, no seas tonto —pasó por delante de él y se sentó a su lado—. ¿Qué se supone que haces?

—Han salido varias ofertas de empleo nuevas y estoy enviando el currículum. El problema es que el móvil tiene ganas de volverme loco.

—¿Me dejas intentarlo?

—Claro —Max le entregó el móvil, un poco asombrado porque ella estuviese tan tranquila, servicial y, sobre todo, tan cerca.

—En esa ya se envió, ¿dónde más quieres inscribirte?

Estuvieron unos minutos centrados en la búsqueda de empleo, los dos relajados, como si fueran amigos de toda la vida.

¿Y en parte no eran eso?

—Espera, Val, sube un poco —Max se refería a la pantalla. Ella lo hizo y él leyó un anuncio.

—Este no, Max, es de temporero.

—¿Y?

—Que no tienes necesidad de eso.

—Estoy en paro, Val. Necesito trabajar en lo que sea.

—Imagino... Pero espera un poco, te llamarán de otro lado, estoy segura.

—¿Qué tiene de malo trabajar en el campo? —él la miró seriamente.

—No tiene nada de malo, yo no dije eso —dijo ella, muy digna.

Se echó un poco para atrás para mirarlo mejor. Iba a enfadarse si seguía por ahí.

—Pues ha sonado así.

—Pues para nada lo dije así.

—No todo el mundo tuvimos la buena cabeza de terminar una carrera —*no todos somos médicos como él*, pensó, pero se lo calló—. Y también tenemos derecho a ganarnos la vida.

—¿Se puede saber de qué demonios estás hablando?

Max no sabía a qué venía esa explosión suya. Lo mismo el agobio por no encontrar empleo. El ni siquiera haberla podido tocar. El sentirse poca cosa. Frustrado. Sin trabajo.

Tantas cosas que a saber... Un cúmulo de todo.

—Dímelo tú.

—¿Yo? Pero si yo no dije nada. Solo te aconsejé que esperaras un poco, no llevas ni una semana buscando trabajo. Y me estás juzgando por lo que creíste entender.

—¿Qué tiene de malo que trabaje recolectando?

—¡Nada! Por mí como si trabajas vendiendo tu cuerpo, ¡es tu vida! —explotó ella. Se levantó y lo miró con rabia— No te dije una mierda, joder. Solo estaba intentando ayudarte. No sé qué demonios te pasa, pero no tienes que pagar tu frustración conmigo —la ira le salía por los poros de la piel.

¿Se podía ser más imbécil que ese hombre?

No, no se podía.

—Val...

—¡Ni Val ni mierda! —gritó— Me llamas clasista. ¡¿Te atreves a juzgarme?!

—Lo siento, yo no quise...

—No me conoces una mierda, Max —escupió con rabia y, por qué no decirlo, con un poco de tristeza.

Max vio el dolor en sus ojos y después de insultarse a sí mismo mentalmente y de gruñir un “Joder”, se levantó rápidamente, la cogió por el brazo antes de que se encerrase en su dormitorio.

—Déjame.

Max la giró. La espalda de Valeria quedó pegada a la pared del pasillo. Cogió la cara de ella entre sus manos e inmovilizó su cuerpo con el suyo.

—Lo siento —repitió.

—Que me dejes —la rabia y el dolor porque pensara así de ella, unido a la tensión de lo que había vivido con él, a su relación rota, a lo que ella sentía...

Todo eso provocó que Valeria explotara y llorase. Sentía que no podía más.

—Val, joder, de verdad que lo siento —Max apoyó su frente sobre la de ella—. Soy un gilipollas —le dio un beso en los labios. Ella giró la cabeza y él no quería obligarla a mirarlo.

—Eso ni lo dudes.

—Piojo, por favor —suspiró él.

Ella lo miró rápidamente cuando usó ese apodo. Hacía años que no lo escuchaba. Él siempre se refería así a Silvia y a ella cuando lo molestaban de niñas.

Y Max aprovechó la sorpresa para besarla. Se sentía el peor hombre del mundo, con ella siempre metía la pata.

Se había sentido muy poca cosa y había cargado contra ella. Y no tenía ninguna culpa.

El beso fue lento, nada agresivo. Era su manera de pedirle perdón, o eso era lo que sentía Valeria. No la forma más correcta si teníamos en cuenta que, supuestamente, ella seguía teniendo pareja, pero eso parecía que seguía sin importarle demasiado a Max.

A Valeria le costaba ceder, pero terminó haciéndolo cuando su cuerpo se encendió por completo. El deseo, siempre latente para cuando se trataba de él.

—Dios —gimió él sobre sus labios cuando la sintió reaccionar.

Era lo único que necesitaba para sentirse bien. Ella era la única que conseguía que toda la mierda que lo agobiaba desapareciese de su mente.

No existía nada.

Ni nadie.

Solo ella.

Y la necesidad de sentirla suya.

—¿Eso significa que me perdonas? —preguntó sobre sus labios.

Valeria suspiró y negó con la cabeza.

—Aún no —susurró, intentando que su rostro luciese altivo y orgulloso.

Max sonrió pícaramente. Era la primera vez que ella jugaba con él en una situación así.

—Supongo que me lo tendré que currar más.

Puso sus labios sobre los de ella y la besó con tal dulzura y delicadeza que a Valeria casi le fallan las piernas. Había soñado siempre con un beso así, de esos que solo había visto en las películas, donde se notaba a ese hombre loco por ella. De amor, no solo de deseo.

Y aunque sabía que Max no sentía eso por ella, por unos segundos la estaba haciendo soñar de nuevo con ese amor de tantos años atrás.

Max soltó su cara y acarició sus hombros, sus brazos, dejó las manos sobre sus caderas y la acarició hasta llegar a su trasero. Ahuecó sus nalgas y la alzó.

Ella no tardó en cruzar las piernas sobre su cintura y en agarrarse a su cuello mientras él

caminaba con ella en sus brazos.

A oscuras y a tientas, Max entró en su dormitorio y la tumbó sobre su cama, él sobre ella. Volvió a besarla, separándose de sus labios el tiempo justo de hacer que la ropa de ambos desapareciera. Abrazándola cuando la tuvo desnuda, deseando sentirla así.

Libre.

Y suya.

Valeria tembló por el contacto del cuerpo desnudo de Max. Estaban los dos sobre la cama, de lado, frente a frente, besándose mientras sus piernas se entrelazaban.

Las manos de ambos acariciaban al otro. Con delicadeza, como actuaban sus besos. Sin ninguna prisa, pero no por ello con menos pasión y deseo.

—Necesito sentirte —gimió Max, su miembro no podía más, quería entrar en ella.

Encendió la luz de la mesilla de noche, se hizo rápidamente con un preservativo y se lo puso. Cuando volvió a mirar a Valeria, ella negó con la cabeza.

Joder, dudas ahora no, pensó Max.

¿Por qué no había apagado la jodida luz? Seguro que era por eso.

Pero Valeria no estaba teniendo dudas, lo deseaba, siempre lo había hecho. Se había sentido abrumada por las sensaciones y no quería que ese momento con Max terminase pronto.

Por eso sería a su ritmo.

Apoyó las palmas de las manos en el pecho de Max y lo empujó un poco para que se tumbara sobre su espalda.

Sonriendo cuando lo entendió y con curiosidad, Max lo hizo.

Y Valeria se tomó su tiempo.

Levantó una mano y, con sus dedos, acarició el cuello de Max. Bajó hasta su pecho, tocó esa tableta de chocolate que tenía por barriga y acarició la uve que se formaba un poco más abajo.

Max gimió cuando Valeria besó su vientre y, con su lengua, lo lamió hasta llegar a su cuello mientras ella, lentamente, se colocaba sobre sus rodillas, una a cada lado de las caderas de Max.

Con su mano, cogió su pene y provocó un gemido sordo en él. Valeria sonrió y sin esperar más, lo colocó en la entrada de su vagina y bajó su cuerpo hasta que lo tuvo dentro por entero.

—Joder —gruñó Max, muriendo de placer.

Levantó un poco la cabeza y besó a Valeria mientras ella se movía lentamente.

Era una torturadora de primera y él no tenía tanta paciencia. Con un movimiento rápido, se movió hasta sentarse en la cama, ella aún encima de él.

Valeria enarcó las cejas y continuó moviéndose, haciendo que saliera y entrara de ella.

Max apoyó la cabeza en la pared y se dedicó a mirarla. Valeria mordía su labio y lo miraba fijamente a los ojos mientras comenzaba a saltar sobre él. Sus pechos moviéndose.

Cada vez más rápido, pero sin dejar de mirarle, Valeria lo montó. Ella agarró uno de sus pechos y lo apretó con fuerza, el orgasmo estaba cerca.

Con un gemido ronco, apoyó las palmas de sus manos en la cama y echó la cabeza hacia atrás. Su labio mordido, un gemido de placer y su cuerpo temblando por la liberación.

Era lo más sexy que Max había visto en toda su vida y tuvo que poner todo su empeño para no correrse tras ella. No podía hacerlo, ese no era su momento.

Era para ella.

Solo de ella.

Valeria abrió los ojos y se colocó bien cuando el efecto del orgasmo pasó. Fue entonces cuando se dio cuenta de cómo había actuado y la vergüenza la embargó.

—Yo...

—Tú eres lo más sexy que yo he visto en mi vida —la cortó Max, entendiendo lo que le ocurría.

—Seguro que sí —rio, avergonzada. Y sin creerlo.

Ese hombre había estado con infinidad de mujeres y todas impresionantes. Valeria era demasiado normal para lo que él debía de estar acostumbrado.

Max puso sus brazos alrededor de la cintura de ella y la pegó a su cuerpo. Cogió el labio inferior de ella entre sus dientes y tiró de él, moviendo a la vez su pelvis. Recordándole que seguía dentro de su cuerpo.

—Te miraría cada día y no me cansaría nunca de hacerlo —la voz de Max, grave.

Valeria tragó saliva, solo lo decía porque estaba bajo los efectos de la pasión. Pero aun sabiendo eso, su corazón había dado un vuelco imaginando que pudiese ser verdad y que Max sintiese algo por ella.

Como ella sentía por él. Porque aunque suavizó las cosas con Silvia, era evidente que no estaba en proceso de nada.

Estaba completamente enamorada de ese hombre.

Max volvió a devorar sus labios, no quería que ella pensara en ese momento, no quería que la timidez volviera. Colocó las manos en sus nalgas y la animó a moverse de nuevo, esa vez sin dejar de besarla. Primero sus labios, después sus pechos.

—Max... —Valeria apenas podía respirar, sentía que se iba a romper en mil pedazos. La presión sobre su clítoris por el roce la iba a matar de placer.

—No pares, pequeña —Max mordió su cuello, haciéndola gemir—. Córrete conmigo —gimió él.

Valeria no necesitó nada más, estalló mientras Max alcanzaba el éxtasis. Ella se dejó caer sobre él, quien la abrazó con cariño. Valeria apoyó la cabeza entre su cuello y su hombro, cerró los ojos y suspiró.

Nunca había vivido nada igual.

Max aún estaba alucinando con lo que había vivido. Sabía lo que Valeria le provocaba, sabía hasta qué punto lo excitaba, pero lo que habían tenido unos momentos antes no era normal.

Ella se había quedado adormilada en sus brazos. Con cuidado, Max los movió y la dejó tumbada en la cama, Valeria no se dio ni cuenta.

Tras deshacerse del plástico, volvió a su lado. Cuando lo sintió, Valeria no tardó en acercarse a él, buscando su abrazo.

Max tragó saliva tras ese gesto, ella le había demostrado que no era solo sexo.

¿Acaso Max había pensado que lo era?

Sí, claro que sí. Cualquiera piensa algo así en algún momento. Hasta ella pensaría eso.

Acomodándola sobre su pecho y cuando ella suspiró, ya relajada, Max cerró los ojos y la abrazó con fuerza cuando la verdad salió a la luz.

Estaba enamorado de ella.

¿Y ahora qué?, se preguntó.

Ella no era libre. Y él era nadie. Vivía de prestado, no tenía nada que ofrecerle.

Y su corazón aún estaba dañado. Y enamorarse de una mujer que podía dañar a una tercera persona, como le había ocurrido a él, era lo que habría jurado no hacer nunca.

Y ahí estaba. Sin haber podido evitar que esa mujer entrara en su corazón y se adueñara de él. Por completo.

No podía mentirse a sí mismo. A pesar de todo, estaba loco por esa mujer.

Capítulo 14

Valeria abrió los ojos y se encontró sola en la cama. Estaba todo a oscuras, solo iluminado por la luz de la luna que entraba por la ventana.

Se levantó, se puso la ropa interior y la camisa y salió del dormitorio de Max.

Él estaba en el balcón, mirando a la nada.

Max notó su presencia rápidamente, se giró y la miró. Estiró su mano y Valeria, tras dudar, puso la suya encima.

—Ya tienes tu cama libre, puedes descansar.

Max sonrió. La acercó a él y mientras los dos giraban, la puso delante de él, mirando a la calle, con su espalda pegada en su pecho. La agarró por la cintura y apoyó la cabeza en su hombro.

—¿Crees que me resultará más fácil dormir si tú no estás?

—Supongo que...

—¿Crees que me molestas? —la interrumpió.

—Yo... —pero él mordió su cuello y Valeria ya perdió el rumbo de sus pensamientos.

Y eso era lo que Max quería, que ella dejase de pensar estupideces sin tener que decirle lo que de verdad le hacía sentir. Porque no estaba preparado para ello.

Porque ¿qué le iba a decir? Nada de lo que se le pasaba por la mente tenía sentido.

—Recuerdo una vez que te quedaste en casa y me desperté. Era verano y hacía mucho calor —decía Max—. Y me asusté al ver una sombra en el balcón —rio—. Hasta que vi tu pelo tapando el pijama blanco y me relajé. Me quedé observándote, no sabía qué te pasaba. Entonces suspiraste, moviste un poco la cabeza y te vi sonreír. Me escondí cuando entraste en el salón para que no te asustaras. Entraste en el dormitorio y yo me quedé extrañado —rio de nuevo—. Con el tiempo, cuando te vi mirar las estrellas más veces, lo entendí. No sé por qué, pero una noche que no podía dormir te imité. Desde entonces, lo hago.

Valeria escuchó atentamente cada palabra. Sonrió, no sabía nada de eso.

—Pero no parecen las mismas estrellas —susurró Valeria, pensando en cómo echaba de menos su tierra.

—Lo son. Ellas te guían hacia tu destino.

—¿Crees eso?

—Sí —a él lo habían llevado hasta ella y fuera su futuro o no, se quedaría grabada a fuego en su corazón. Para siempre.

Valeria se giró entre sus brazos y lo miró.

—Siempre estuve loca por ti —reconoció—. Imaginaba que alguna vez ibas a venir y a decirme ¡no sé! —rio—. Era tan niña y tan idiota —negó con la cabeza—. Y la primera vez que te vi con una chica, llegué a casa y me miré en el espejo. Entonces lo entendí, yo nunca sería una chica en la que te fijarías.

—Joder, Val, ¿qué edad tenías?

—No me acuerdo —ella soltó una carcajada—. Era muy niña. No tanto, pero sí una cría. Me

llevas cinco años, así que supongo que no era la primera chica con la que te besabas. Pero lo pasé muy mal. Y aunque crecí, fuiste mi primer fracaso sentimental. Me dejaste marcada de por vida.

—No me jodas —él resopló.

—Cosas de críos, Max. Lo que vengo a decir con todo esto, que no es para hacerte sentir culpable —le guiñó un ojo—, fue que esa noche, con mi recién roto corazón, mientras miraba a las estrellas supe que tenía que hacer mi vida en otro lado. Lejos de todo aquello. Sobre todo de ti. Y ahí me empeciné en estudiar y vivir fuera y ya no me lo quité de la cabeza. Estúpido, ¿no? —no, no lo era— Cuando volví a verte sentí la morriña de nuevo y me hizo replantearme muchas cosas —Valeria sonrió, algo avergonzada y se quedó ahí, sin dar más detalles—. La mente es extraña.

Y la vida también, pensó Max.

Porque volvía a ponerla en su camino, pero esa vez para que la viera de verdad. Ya no podría ignorarla. Pero también convertida en el tipo de mujer que él aborrecía. Y, sin embargo, se enamoró de ella en apenas unos días. Él se convirtió en el otro sin dudarlo, haría lo que fuera por tenerla entre sus brazos.

La vida era bastante irónica.

—Creo que fallaste en una cosa.

Max la pegó a su cuerpo, más que excitado ya por su cercanía.

—Ah, ¿sí? —balbuceó Valeria cuando notó su erección.

—Ujum... —Max la besó lentamente— Pensaste que nunca me fijaría en ti —lamió su labio—. Creo que lo hice.

—Un poco.

—Sí... Me queda mucho por descubrir.

Max entrelazó su mano con la de ella y tiró. Ella lo siguió sin preguntar.

Entraron en el dormitorio de él, Max se paró junto a la cama y le quitó la ropa que tenía puesta mientras acariciaba, con sus dedos, lo que iba dejando al descubierto. Seguidamente se deshizo de la suya.

Valeria se tumbó en la cama y Max se puso sobre su cuerpo para besarla sin esconder nada.

Estaba, otra vez, hambriento de ella.

Valeria se dejó hacer. Dejó que los labios y la lengua de Max jugaran con su cuerpo. Besando cada milímetro de piel. Lamiéndola.

Valeria gimió cuando notó el aliento de Max sobre su sexo, estaba a la expectativa. Él le dio un beso, provocándole escalofríos.

—Muero de ganas por saborearte —Max la lamió, haciéndola gemir de nuevo, esa vez más fuerte—. Joder, Val —gruñó antes de devorar su sexo, enganchado por completo a ella.

Valeria creía que iba a desmayarse allí mismo. Levantó los brazos y se agarró con fuerza a la almohada, disfrutando de la sensación de que Max le hiciera el amor con su boca. Su lengua y sus dedos la llevaron al borde del precipicio y se dejó caer, gritando mientras él la agarraba con fuerza.

—Dios —suspiró ella, pensando que iba a desfallecer—. Yo nunca pensé...

—¿Qué? —le dio un beso en los labios.

—Que pudiera ser así.

—¿Nunca? —Max no salía de su asombro.

—No —se puso roja como la grana—. No es que no lo hiciera, solo que fue sin resultados —intentó explicar.

Max sonrió muy satisfecho consigo mismo y Valeria puso los ojos en blanco. Lo que le faltaba

a su ego de amante.

—Tampoco te flipes —le advirtió ella, resoplando.

Max soltó una carcajada. Estaba flipado y mucho. Sobre todo se sentía contento por ser el primero que la había hecho disfrutar de esa manera.

Ojalá fuera el último también.

—A mí me encantas —le dio un duro beso—. Me encanta cómo sabes —bajó su mano y acarició su sexo—. Y me encanta sentirte así, empapada —metió dos dedos dentro de ella—. Lista para mí.

—Max, no juegues conmigo —Valeria levantó sus caderas, volvía a estar excitada y no tenía ganas de que la hiciera esperar.

Max rio, no se aburriría de ella nunca. Y siguió jugando un poco más con ella.

Pero Valeria no iba a quedarse quieta, si él quería desquiciarla, ella haría lo mismo. Bajó la mano y cogió su miembro, lo apretó con fuerza y Max gimió.

—Pequeña... Deja eso —dijo con la voz estrangulada cuando ella movió la mano arriba y abajo. Dos movimientos más y terminaría ahí. No tenía un control de sí mismo absoluto.

—Pues ya sabes lo que tienes que hacer.

Max cogió las manos de Valeria, las agarró con la suya y las levantó sobre su cabeza.

Rozó el sexo de Valeria con su miembro mientras la miraba a los ojos.

—Te deseo, Val —bajó los labios y la besó.

Valeria se movió y lo hizo entrar en ella y creyó morir al sentirlo. Sin nada que se interpusiera entre ellos.

Max la hizo suya con lentitud, sin dejar de besarla y de acariciarla. Se dejó llevar cuando el orgasmo de Val llegó y se derramó en su interior. Siendo consciente en ese momento de que no habían usado protección. ¿Cómo podía ser tan inconsciente?

—Val, mierda —resopló.

—Estoy protegida y sana —ella había permitido eso.

—Yo también —suspiró él. La puso sobre su pecho y la abrazó.

Sabiendo que después de sentirla así, no querría a nadie más nunca.

Valeria abrió los ojos unas horas después y seguía en la misma posición. Max, al notar que estaba despierta, la abrazó un poco más y le dio un beso en la cabeza.

—Buenos días, peque.

—Buenos días —susurró ella—. ¿Qué hora es?

—¿Qué más da? Es sábado y estás de vacaciones.

—También es verdad —rio ella. Se acomodó un poco mejor y volvió a cerrar los ojos. Disfrutando del momento. Sin querer pensar en nada más que en lo que sentía en ese instante.

—Me enteré de su engaño porque la encontré en nuestra cama con otro —Valeria abrió los ojos rápidamente cuando lo escuchó hablar, pero se quedó ahí, sin moverse—. Creí que las cosas entre nosotros iban bien, al menos yo no noté nada raro. En la cama no había sido nunca muy pasional, así que no noté ningún cambio. Porque no quise verlo. Pensándolo ahora me doy cuenta que desde que el negocio quebró y tuvimos que vender la casa para pagar parte de la deuda que me quedó, ella se alejó. No la culpo tampoco por ello. Sí por cómo lo hizo.

—Tampoco es tu culpa —levantó la cabeza y lo miró seriamente. Sabía que era el momento de decirle que ella tampoco estaba con nadie, tenía que ser sincera con él. No podía alargarlo más.

—Ahora sé que no, pero me costó entenderlo. Lo peor es esa sensación de sentirte nadie. Nada. Una mierda.

—No digas eso.

—Es la verdad.

—Estás pasando una mala racha, pero terminará. Algo te conozco, Max y sé que vas a lograr todo lo que te propongas.

¿A ti también?, se preguntó él.

—Seguro que conseguiré encauzar mi vida, siempre lo hice. Pero dudo que sea aquí —dijo con sinceridad—. Creo que me pasa como a ti, siento que estas estrellas no son las mías.

—¿Has decidido volver entonces? —eso significaba que ya no estaría ahí, ya no lo vería.

—¿Cuándo se lo vas a decir, Val?

Valeria frunció el ceño, sin entender esa pregunta. Había cambiado el tema sin ni siquiera responderle.

—¿Cuándo voy a decirle qué a quién?

—Cuándo le vas a decir a tu novio —escupió esas dos palabras— que estás conmigo.

Valeria se quedó de piedra, ni respiraba ni pestañeaba. Sabía que parte de eso era culpa de ella porque aún no le había contado la verdad. Pero joder, ¿le estaba sonando posesivo? ¿En serio?

—¿De qué hablas?

¿No era evidente? Max la quería para él, ya no iba a permitir compartirla más. Aquello era mucho más que sexo y sería solo suya.

—Lo que ocurrió anoche entre nosotros no fue un simple polvo. Creo que ya es momento de que le expliques que estamos juntos, no merece que lo engañen. Nadie lo merece. Pero ocurrió y no vamos a culparnos ya por ello. Además, tú no eres como ella —se refería a su ex y a cómo él las había comparado cuando no tenían nada que ver—. Sé que harás lo correcto, aunque sea un poco tarde.

Valeria empezó a verlo todo rojo. Era una expresión que, hasta entonces, no había tenido ningún sentido para ella, pero en ese momento la entendió. Sentía unas ganas inmensas de ver sangre. Ni la vieja de la vecina había logrado, nunca, llevarla a ese extremo.

—¿Qué haces? —preguntó Max cuando ella se levantó de un salto.

Valeria sentía que no iba a poder controlarse. Encontró su ropa interior en el suelo y se la puso.

—Vamos, Val. ¿Se puede saber qué te pasa?

—Qué me pasa se pregunta —gruñó ella. Cogió la camisa y se la puso—. ¿Se puede ser más idiota?

Max ya estaba de pie, poniéndose el pantalón porque veía que iba a tener una discusión muy pronto y aún no entendía por qué exactamente, pero se enteraría.

—Debo de ser idiota porque no sé a qué viene tu reacción —él solo había dicho la verdad.

Valeria lo miró con la boca abierta, asombrada. La palabra idiota se quedaba corto para definirlo.

¡Era gilipollas!

—No me toques los ovarios, Max.

—Espero hacerlo muy a menudo, pero en otro contexto —ella lo miró con ganas de querer asesinarlo y él resopló—. Bromeaba para destensar el ambiente.

—Mejor tensa fuerte a ver si así te ahogas y ¡dejas de hablar como un gilipollas! —explotó.

Fue hasta la puerta del cuarto y la abrió. Max la cogió del brazo en mitad del pasillo y la hizo parar.

—¿Pero se puede saber qué te pasa? —Valeria intentó liberarse, pero él la agarró con más fuerza, hizo que pegara su espalda a la pared y la aprisionó con su cuerpo.

—O te quitas y me dejas moverme o te juro que de la patada en los huevos que te voy a dar, se te va a quedar inservible para toda la vida.

—Me arriesgaré —bufó él—. No dije nada malo, Val. Solo que es momento de que le cuentes la verdad, es lo justo para todos. Tiene que saber lo que hay entre nosotros.

—Y bonita manera de enterarme.

Max y Valeria miraron hacia el dueño de esa voz rápidamente.

Sergio estaba en mitad del salón, con Silvia a su lado. Él los miraba con sorpresa, con tristeza, con desilusión y con un poco de rabia. Silvia tenía las cejas enarcadas, con una expresión que decía “si ya sabía yo que no podríais hacerlo bien”.

Sergio había decidido ir a visitar a Val, tal vez invitarla a desayunar e intentar que tuviesen otra oportunidad. Se encontró con Silvia mientras subían por las escaleras (el dichoso ascensor seguía sin funcionar) y lo que menos esperaba encontrarse era a una “pareja” saliendo del dormitorio de invitados con tan poca ropa y discutiendo como dos enamorados.

A Silvia no le sorprendía que hubiesen dormido juntos, obviamente. Pero pensó que podrían ocultarlo de alguna forma, no que fueran a tener la mala suerte de que los pillasen así.

Joder, ¿ni siquiera habían escuchado la puerta cuando abrió? Pues no sería porque no hizo ruido, precisamente por si acaso.

Pues nada, los dos tontos en su mundo y en su discusión.

Silvia resopló y negó con la cabeza. Vaya par...

—Sergio... —Valeria quería que la tierra se la tragase.

Él levantó las manos para pedirle que dejara la cosa así. Las dejó caer con un gesto de decepción.

—Creo que es suficiente con lo que vi.

—No, espera —Valeria se deshizo de Max y agarró a Sergio antes de que se marchara—. Déjame explicarte.

—Creo que ya lo entendió —intervino Max, quien sabía muy bien que en un momento así no se necesitaban explicaciones.

—¿Por qué no te callas? —gruñó Valeria, mirándolo— Sergio —volvió la cabeza hacia él—, por favor, al menos déjame explicarte.

—¿Explicarme qué, Valeria? ¿No es evidente?

—Bastante —se le escapó a Silvia.

—Yo no quise hacerte daño —dijo Valeria, apenada. Por eso lo dejó.

Él sonrió con tristeza, levantó una mano y acarició su mejilla.

—Sé feliz.

Max no pudo controlarse y la agarró por la cintura, mostrándole su apoyo.

Solo que el gesto no fue tomado como tal. Ni para Sergio ni para Silvia.

El doctor se giró y fue hasta la puerta. Demasiada información en pocos segundos.

—Oh, por Dios —resopló Silvia sin poder creérselo, ¿pero qué demonios le pasaba a su hermano? Además de actuar como un completo neandertal.

Valeria soltó un suspiro pesado y dejó que Sergio se marchase. Era una gran persona y no se merecía saber nada porque era sufrir innecesariamente.

Cuando la puerta se cerró, cerró los ojos y apretó los dientes.

—Te falta mear y marcar territorio —Valeria intentaba controlarse, pero Dios sabía que no le estaba resultando sencillo.

—¿Qué? —Max frunció el ceño, no entendía. Él solo intentaba...— Hay que mirar el lado

positivo, no hizo falta que le contaras nada. Aunque, la verdad, no sé qué es peor.

—La sigues cagando —resopló Silvia, advirtiéndole, pero Max parecía no ser consciente de lo mal que lo estaba haciendo.

—¿Sabes qué es lo peor, Max? —preguntó Valeria— Que al final me parezco más a tu ex de lo que crees —él negó con la cabeza—. ¿Ves? Tenías razón con lo que me dijiste la otra noche en ese balcón. Todas somos iguales. No se puede confiar en nosotras. Porque eso es lo que quisiste demostrar, ¿no? Que yo también caería.

—Deja de decir estupideces —le advirtió él.

—Pero déjame aclarar una cosa, Max —la rabia le salía por los poros—. No existe un tú y yo. No existe un nosotros.

—Val —la advertencia de nuevo en su voz—. No vas a romper esto.

Valeria rio irónicamente.

—¿A romper qué, Max? —la furia en su voz— ¿El sexo?

—Somos más que sexo.

—¿Tú crees? ¿Y qué somos según tú? Yo una infiel. Tú un hombre que no confía en las mujeres ¿y que ahora piensa en una relación con alguien que engañó a su pareja? Viva la confianza y las bases que creamos —levantó las manos y suspiró—. Hazme un favor y déjame en paz. Lo que fuera que hubiese entre nosotros tampoco es lo que quiero así que... —dejó caer las manos y pasó por su lado.

—Pequeña, no digas eso —la pegó a su cuerpo e intentó besarla, pero ella giró la cara—. Te quiero conmigo.

—¿Y alguna vez me has preguntado qué quiero yo? —el dolor en los ojos de Valeria le hizo daño a Max.

—Max, déjala —dijo Silvia.

Ella había permanecido en silencio. Le dolía ver sufrir a los dos. Eran las personas más importantes en su vida y estaban pasándolo mal. Sobre todo porque se querían, pero lo habían hecho mal. Necesitaban tiempo y estar lejos el uno del otro en ese momento.

Y un tirón de orejas cada uno, pero todo a su tiempo.

Max no quería separarse de ella. Quería besarla y demostrarle así lo que sentía por ella.

Quería pedirle una oportunidad.

Quería...

Valeria agarró las manos de Max y las quitó de su cintura.

—Val, por favor.

Ella se encerró en su dormitorio. Salió cuando, con la ayuda de Silvia, no había nadie en la casa. Su amiga había salido con su hermano para que Valeria pudiera marcharse unos días, entendiendo que lo necesitaba.

En ese momento y cambiando sus planes, le vendría bien sentirse en casa.

Capítulo 15

—No me puedo creer lo imbécil que eres. ¡Qué digo imbécil! —exclamó Silvia sin que le importara que estuvieren en una cafetería llena de gente— Zopenco, cenutrio, idiota, retrasado mental... Atontao', ¡estás atontao'! Si la abuela levantara cabeza... Se moría otra vez por el disgusto, seguro. A ver qué daño hizo la pobre mujer para que le saliera un nieto así —Silvia, en ese momento, con el complejo de madre andaluza—. Pero se puede saber ¡¿qué mierda te pasa, zoquete?!

Max suspiró pesadamente y apoyó su espalda en la silla. Silvia casi lo había sacado a rastras de la casa y ahora estaba poniéndolo a parir delante de unas treinta personas.

A él le daba igual, tendría merecido cada insulto. Él solo quería volver y estar cerca de Valeria. Ya le pediría perdón hasta por respirar si hacía falta.

—Mira que te lo advertí. Haz las cosas bien. Y con eso me refería a habla. Habla tanto como puedas y dile todo lo que sientes antes de cagarla de esta manera —que se podía haber podido evitar si los dos idiotas, en vez de follar, hubiesen sido sinceros desde el principio. Pero no, ¿para qué?

—No entiendo nada —miró a su hermana—. Tendría que estar con ella ahora.

Silvia abrió la boca de par en par.

—¿En serio?

—Claro —él frunció el ceño—. La quiero conmigo.

—Ah... Y eso lo soluciona todo, claro que sí. ¿Cómo no se me había ocurrido antes? —la ironía en su voz— Tonta que es una... —elevó las manos al cielo— Mira, Max. Voy a hacer el comentario más machista que me escucharás decir jamás, pero con esto haces honor a eso que dicen de que los hombres ¡no os enteráis de nada! —explotó de nuevo, ignorando las miradas asesinas de más de uno. Y de una, por supuesto—. Y no es por joderte ni por insultarte. Porque te lo merecerías de todas maneras. Pero si leíste las señales igual con Ana —se refería a su ex. Max apretó los dientes al escuchar su nombre—, no me extraña cómo terminó la cosa —Silvia se pasó las manos por el pelo, dejándose un desastre. Había tenido una noche larga, estaba agotada y ahora se encontraba con una pelea de enamorados idiotas. Para llorar—. Valeria se ha ido —ahí iba una hostia sin manos, a ver si empezaba a entender que había metido la pata hasta el fondo. En plan “la cagaste, Burt Lancaster”. Sin remedio si no espabilaba.

Si es que Silvia ya lo estaba viendo venir y lo advirtió. Pero como nunca le hace caso nadie, pues pasa lo que pasa.

Max fijó la mirada en su hermana.

—¿Qué quieres decir con que se ha ido?

—Pues que se ha marchado, largado, pirado, huido... Da igual el nombre que le pongas, el significado es el mismo. Que vas a entrar en casa y no la vas a ver, vamos.

—¿Adónde se fue? —preguntó preocupado.

—Adonde sea lejos de ti —con eso era evidente que no le diría dónde estaba—. Necesita estar

sola.

—Lo que necesita es que hablemos.

—No, Max —su hermana suspiró—. Le has hecho daño.

—Pero yo... —Max tragó saliva, se pasó las manos por el pelo y quiso tirar de él para infringirse dolor por ser tan gilipollas— ¡Joder! —Silvia se levantó y Max frunció el ceño— ¿Adónde vamos?

—Yo a casa —dijo ella tranquilamente—. Valeria ya no está, así que cumplí mi cometido —sonrió al ver la cara de sorpresa y el reproche, después, de su hermano—. Te lo mereces por capullo. Cuando pienses las cosas y seas completamente sincero contigo mismo, me buscas. Mientras tanto, pasa de mí.

Max suspiró, no entendía una mierda.

Siguió a Silvia hasta la salida de la cafetería.

—¿Pero qué es lo que tengo que pensar? Quiero estar con Val, eso es todo. Me tienes que ayudar.

—Y una mierda te voy a ayudar si aún no has sido capaz de decir la verdad en voz alta.

—¿Pero de qué hablas? ¿A qué verdad te refieres? —Max la cogió del brazo y la paró en mitad de la calle— La única verdad es que quiero una oportunidad, quiero intentarlo con ella. Yo...

—¿Tú qué? —Silvia elevó las cejas, esperando a que lo reconociese para darle la patada en el culo que necesitaba.

—Yo soy un gilipollas —resopló, incapaz de decirlo.

—Mira, en eso estamos de acuerdo —le dio unos golpecitos en el hombro a su hermano y siguió caminando—. La abuela también estaría de acuerdo.

—¿Qué demonios tiene que ver la abuela en todo esto? —Max estaba perdiendo la paciencia.

—Pues mucho, debe de estar retorciéndose en la tumba...

—Pero si la incineramos —le recordó Max.

—Ya, bueno, pero así es el dicho, ¿no? Qué te gusta corregirme siempre, te pareces a mamá, que se inventa los refranes con tal de llevarme la contraria.

Max miró al cielo y pidió ayuda divina. ¿Qué tenía que ver todo eso en aquel momento? Y ¿qué demonios le importaba a él?!

Valeria no estaba allí, se había marchado y él solo quería que volviese. Verla, pedirle perdón por todo y hacerle el amor.

Y follársela después durante horas para demostrarle lo que la echaba de menos. Porque joder, nada más entrar en esa casa sintió un vacío que hizo que su corazón doliera.

—Bueno, que te den un poco. Me voy a dormir porque vaya mañana me estáis dando.

—¿Ni siquiera vas a llamarla a ver si está bien? Joder, Silvia, que...

—Es una mujer adulta que sabe cuidarse muy bien solita y no necesita que nadie esté encima de ella y, mucho menos, cuestione sus decisiones. Mucho menos que alguien se crea con el derecho de decirle qué es lo que tiene o “debe” de hacer —lo interrumpió su hermana, callándolo—. La gente se puede meter sus opiniones por el culo, ¿no crees? —ahí tenía un puñetazo directo al estómago— Después de dejar claro lo que es más que evidente, o lo que debería de serlo a estas alturas... Que te den, hermanito —le dio un beso en la mejilla—. Piensa mucho, lo necesitas.

Max se dejó caer en el sofá. Al parecer sí tenía mucho en lo que pensar. Había alejado a Valeria por algo y tenía que verlo él solo.

Capítulo 16

Valeria lo único que veía, unas horas después, es que jamás volvería a viajar en autocar. Y, menos aún, volvería a viajar con tacones.

¿A quién se le ocurría?

A ella, que cuando se puso lo primero que pilló para largarse ni se fijó en que había elegido el vestido más incómodo ni los tacones con los que más se destrozaba los pies.

¿Qué tenía de malo lo ropa deportiva?

Nada, pero para su armario parecía que no existía. O se la escondía para joderla, que todo era posible. En fin, que entre la que lio mientras arrastraba la maleta por toda la calle de adoquines en la que casi camina descalza porque estuvo a punto de partirse la cabeza como tres veces, porque el tobillo, por lo hinchado que lo tenía de tanto doblárselo, debía de estar lastimado ya... Entre eso y que la maleta pesaba un quintal y Valeria no es que tuviera unos brazos demasiado musculosos...

Los dedos sí, al fin y al cabo era profesora, escribía y tecleaba mucho. Pero los brazos... Siempre tenía agujetas si usaba mucho la pizarra mientras daba clases porque el ejercicio no era su fuerte y, además, tenía “fuerza peo”, lo que significaba “Joder, cómo pesa esta mierda. Qué le metí dentro? ¿Estoy transportando un cadáver o qué?”

Menos mal que le quedaba poco, ya estaba llegando al autocar.

Y hablando de eso, ¿cómo lo hacía esa gente? Es decir, en la televisión salen quienes cargan los cuerpos, vivos o no, en su hombro como el que coge un saco de patatas, como si no pesase nada.

Como me cogió Max no hace mucho, pensó.

Mierda, ¿por qué tenía que pensar en él? Era el culpable de todo. Por su maldita culpa se había ido ¡de su propia casa! Lo que tenía que haber hecho era darle una patada en los huevos y echarlo a él de allí. Pero no, ella necesitaba aire. Y con él allí o no, tenía que salir de ese piso que tanto le recordaba a él.

Al neandertal con menos dedos de frente que había conocido en su vida.

—¿Necesitas ayuda?

Valeria miró al dueño de la voz y frunció el ceño.

—¿Perdón?

—Que si quieres que te ayude —el hombre la miró y le señaló la maleta.

—¿Por qué me tutea?

—¿Qué?

—Que por qué me tutea si no le di permiso para ello.

El hombre enarcó las cejas, pero en parte tenía que darle la razón.

—¿Quiere que la ayude? —omitió el usar señora o señorita por si acaso metía la pata con cualquiera de ellas también y señaló, de nuevo, la maleta.

—¿Acaso le he pedido ayuda?

—No, pero...

—¿Entonces por qué no dejáis de actuar todos como si os creyeseis unos caballeros andantes a la salvación de una damisela en apuros? Siempre creyendo qué es lo mejor o qué no, partida de neandertales —refunfuñó y arrastró un poco más la maleta. Venga, otro poco más y...

—Solo intentaba que el autocar que conduzco, en el cual parece que va a viajar —intervino el hombre—, salga a tiempo. Pero lo mismo debía de haber hecho la vista gorda y haberla dejado aquí por maleducada —Valeria cerró los ojos por la vergüenza.

—Lo siento —dijo rápidamente—. Es que yo pensé...

—No me interesa —la cortó el chófer—. Solo hágame el favor de dejar la maleta donde debe estar y suba de una maldita vez.

Pues sí que tenía carácter el hombre.

Valeria lo hizo y sin poder mirarlo a la cara, se sentó en su asiento y permaneció ahí, escondida, todo el trayecto. Bajó en la parada que hicieron porque si no iba al baño se lo hacía encima, pero vamos, que ya iba a esconderse de nuevo.

Qué vergüenza más grande y la culpa de todo la tenía Max, sin duda. Con esos comentarios que había tenido, ¡ya estaba ella a la defensiva con toda la población masculina!

—Neandertal insoportable —venía refunfuñando mientras subía de nuevo al autocar.

—¡Pero bueno! —exclamó el chófer, pensando que era a él.

—Oh, pero no... —ella quiso decirle que no era a él, que se refería a Max, pero el hombre le hizo señas para que, mejor, se callase. No sabía qué le había hecho a esa mujer para que lo odiara sin conocerlo. Estaba loca de remate, seguro que era eso. En fin, con lo que aguantaban y lo mal pagado que estaba su trabajo.

En lo que quedaba de camino, Valeria se puso los auriculares, cerró los ojos e intentó dormir. A ver si el trayecto se le pasaba rápido.

Pero la vida no estaba por hacer que ella se sintiera mejor, así que ni durmió ni el viaje se le pasó en un suspiro.

No volvería a viajar en autocar nunca más en su vida.

Capítulo 17

Max puso su mano en el antebrazo de Silvia. Lo estaba abrazando por detrás y él le agradeció el gesto de cariño. Su hermana le dio un beso la mejilla y fue a abrir la nevera, se moría de sed.

—¿Descansaste?

—Dormí como un tronco —rio ella—. Estaba agotada. Este horario me va a matar.

—Pues siéntate que te preparo algo.

—No me apetece, Max. Al final termino cenando el doble porque los bocadillos de la cafetería del hospital están muy buenos —bromeó.

Max sonrió cuando ella se sentó frente a él para tomarse su refresco con cafeína. Como ella siempre decía, nada como eso para mantenerla como una moto. Porque las bebidas energéticas no le gustaban, que si no...

—Pues yo te prepararé un bocata para que te llevaras también.

—Ah —Silvia bebió un poco más— Pues por mucho que me hagas la pelota, no voy a decirte dónde está.

—No es eso —su hermano sonrió, avergonzado. Porque aunque no lo reconociera, sí había pensado en hacerle ese tipo de “chantaje”—. Vuelvo a Málaga.

Silvia mantuvo el rostro impertérrito fácilmente porque no le sorprendía lo más mínimo. Sabía que lo haría, por eso mismo tampoco le puso ninguna pega a su amiga. Obvio.

Pero ya lo entenderían.

Esas horas que estuvo solo, Max las pasó entre su cama, donde aún olía a ella y el balcón, pensando cuánto la había cagado.

Y sin ocultarse nada.

—¿Este puente?

—No. Me quedaré allí. No puedo huir. Lo que pasó ya quedó atrás y yo perdí mi negocio, mi casa, todo por lo que había trabajado, sí. Pero no por ello tengo que salir corriendo. Me caí allí y me levantaré allí.

—Buena respuesta.

—Gracias.

Si se pensaba que iba a ser tan fácil era porque no la conocía.

—Pero ahora sales corriendo de aquí por Valeria.

—No. No salgo corriendo.

—No. Solo huyes —ahí, chinchándolo un poco.

—No huyo, Silvia. Solo necesito reconducir mi vida, poner todo en orden y cuando eso esté, volver a pedirle una oportunidad.

—¿Crees que no está contigo por eso? ¿Porque no tienes qué ofrecerle?

—No —él sabía que ella no era así, pero sí había pensado en ello, era inevitable—. Pero yo me odiaré a mí mismo mientras siga sintiéndome un inútil y un donnadie. No me he sentido digno de ella, me he sentido inferior a ese doctor.

—Y la has culpado.

—Sí —Max—. Así le quitaba parte del poder que tenía sobre mí. Pero todo esto ya lo sabes — su hermana no necesitaba tantas explicaciones.

—Pues sí —ella frunció el ceño—. Soy lista, ¿verdad? Creo que toda la inteligencia familiar se concentraron en mis genes. Esto —señaló a su cabeza— es de genio.

Max no pudo evitar soltar una carcajada al ver la cara de satisfacción de Silvia.

—Tampoco te lo creas tanto.

Ella le guiñó un ojo, bromeando.

—Yo no sé más que nadie ni soy más inteligente que nadie. Solo veo las cosas desde fuera. Cuando eso es así, todo nos parece lógico y evidente. Cuando lo vivimos nosotros, ahí sí que no vemos nada. Desde el momento en que os mirasteis en ese reencuentro, lo supe. Lo sentí. Como lo sentiste tú.

—Que la quería para mí.

Silvia asintió con la cabeza y sonrió.

—Pero todos metemos la pata. Todos. Pero no todos queremos rectificar, pedir perdón y aprender. Para mí esa es la diferencia.

Max sonrió, su hermana era una gran persona.

—La quiero, Silvia —por fin lo dijo en voz alta—. Y no se lo dije. Me enamoré de ella y la he perdido.

—¿Y te rindes?

—Nunca —dijo con seguridad—. No sé cómo ni cuándo, pero haré lo que sea por recuperarla. Eso te lo juro.

Silvia sonrió, iba a sacar de su manga el as que guardaba. Era el momento de decirle la verdad. Porque ella había respetado que Valeria no se lo dijese, pero no había prometido no hacerlo ella, ¿verdad?

Nunca jamás.

—Sergio vino a buscarla para pedirle una oportunidad.

Max frunció el ceño.

—No entiendo.

—¿Recuerdas esa noche que volvió de su cita con él y casi mata a la vecina?

—Sí.

—Llegó más nerviosa de lo normal porque lo había dejado.

—Joder.

—¿Necesitas que te explique lo que significa? —Max negó con la cabeza— ¿O vas a culparla ahora por mentirte? —él negó aún más.

No tenía que habérselo ocultado, pero...

Lo entendía. Maldita sea, claro que lo entendía. Él, en el fondo, había hecho lo mismo.

Protegerse antes de sufrir.

Y, al final, estaba sufriendo más de lo que nunca podía haber imaginado.

—Y hablando de la vecina, está muy tranquila, ¿no crees? —Silvia tenía que poner un poco de humor a todo aquello.

Max rio.

—Sí, hace días que no se le escucha.

—A ver si va a ser verdad lo que dice Val, que es a ella a quien odia. Porque si lo pienso, siempre grita cuando es ella la que se puede asustar.

—Y le hace perder la paciencia rápido —rio Max.

—Hombre, a ver. Paciencia y Valeria no casan —Silvia miró a su hermano y resopló—. Déjame rectificar, porque si te ha aguantado a ti...

Él sonrió tristemente, la echaba de menos. Silvia, notándolo, se levantó y le dio un abrazo.

—¿Sabes qué creo? ¿Aunque ella no me lo haya dicho nunca?

—¿Qué?

—Que ese amor de niña no murió. Siempre ha estado en ella.

—No lo merecía, yo no siquiera sabía... —que me quería. Y quién sabía si habría cambiado algo.

—Pero lo mereces ahora. Porque vas a luchar por ella, ¿verdad?

—Siempre —juró.

—Pues hala, ya tardas. Y hazme el favor de no darme más quebraderos de cabeza, no gana una para disgustos —le dio un beso y se separó de él, resoplando.

—Ya me tocará a mí recitar refranes cuando llegue el hombre de tu vida y me toque ayudaros en vuestras peleas.

—¿El qué?! Vamos, ni de coña. ¿Tú has visto que muchas celebridades tienen novios yogurines?

—Sí, ¿qué tiene que ver eso?

—Pues que por esa regla de tres, mi pareja aún no nació. Así que me quedan muuuuuchos años libre de complicaciones.

Max soltó una carcajada, se levantó, le puso el brazo por los hombros a su hermana y caminó junto a ella.

—No estés tan segura, cuando menos te lo esperes... Te pillaré. Y no te podrás librar —aseguró, provocando un resoplido de ella.

Y dejando las bromas a un lado, ambos sabían que era así.

El amor llega sin importar el momento, el lugar ni nada más.

No le importa si estás preparado o no.

Si es tu momento o no.

Llega porque quiere.

Y arrasa con todo.

Capítulo 18

La vuelta a casa de Valeria había sido toda una sorpresa para sus padres, no la esperaban y se llevaron una alegría inmensa al verla. Y todo fue como siempre. Con decenas de comidas y visitas a toda la familia.

—¿Cada vez somos más o es mi sensación?

Lorena, la madre de Valeria rio al escuchar la pregunta de su hija.

—A mí también me da la sensación de que se multiplican —rio mientras cerraba la puerta a los últimos que se marchaban de la cena familiar que había organizado para despedirse de Valeria. Volvía a casa a la mañana siguiente.

—Algunos solo engordan y comen doble. Es por eso que parecen dos —explicó su padre mientras abría una lata de cerveza.

—Lo dices por ti, supongo —lo chinchó su madre.

Él enarcó las cejas y Valeria rio, reconociéndose en ese gesto que había aprendido de él. Era muy parecida a su padre aunque no compartieran genética. El padre de Valeria falleció cuando era pequeña y su madre, aunque tardó, rehizo su vida con un gran hombre al que adoraba. Ambas lo hacían.

No tuvieron hijos juntos, así que Valeria se convirtió en el ojito derecho de los dos.

Físicamente, Valeria se parecía a su madre y menos mal, porque si hubiese sacado los genes de su padrastro, algo imposible, todo lo que le faltaría de culo, le sobraría de barriga. Y no, gracias. Ya que había superado su complejo de pandero grande, se quedaba con él. No tenía ganas de luchar contra otra psicosis física.

—Yo no engordé —se defendió su padre.

—¿Tú te has visto en el espejo, Federico?

—Y estoy divino de la muerte.

—Y ciego también —resopló Lorena.

—Pero me quieres —se acercó a su mujer y le dio un beso.

—Por desgracia —rio esta.

Valeria negó con la cabeza y sonrió. Ese tipo de relación era con la que ella había soñado siempre, una para toda la vida.

Valeria fue hasta el balcón y se sentó allí, como siempre hacía.

Sus padres la observaron y Lorena suspiró.

—¿Mal de amores? —preguntó bajito, mirando a su esposo. Desde que su hija había llegado, aunque reía, sabía que algo le pasaba. Había algo en su mirada que denotaba tristeza.

Esperaron a que les contara, pero no lo hizo. Y cada vez la sentían más deprimida. Y no era eso lo que querían.

—Sí —dijo su padre. No había lugar a dudas—. Y ya le vi esa mirada una vez, hace muchos años.

Su madre frunció el ceño.

—¿Su desengaño con Max?

—Sí —él afirmó con la cabeza.

—Era una niña, Federico —Lorena puso los ojos en blanco. Valeria era tan drama como su padre, había tenido un buen profesor.

—Han pasado unos días juntos, ¿no?

Ellos lo sabían por Valeria. Además, eran amigos de los padres de Max y Silvia, así que estaban al tanto de todo lo de la vida del muchacho.

—Sí, pero no creo que...

—¿Qué te apuestas? ¿Quieres preguntarle tú?

Ella negó con la cabeza.

—Tú lo haces más fácil —era así desde siempre, Valeria se abría más con él. Le resultaba como más sencillo explicarle las cosas. Lorena no lo tomaba a mal, mientras los dos estuviesen unidos y felices, ella no iba a quejarse. Además, estaba ahí siempre y lo sabían. No le importaba enterarse en segundo lugar.

Federico se sentó en una de las sillas que tenían en el balcón. En silencio, mirando al cielo como hacía Valeria mientras observaba las estrellas.

—Echo de menos estar aquí —susurró ella unos minutos después.

—Sabes que puedes volver cuando quieras. Es tu casa.

Ella sonrió.

—Tal vez pida el traslado. Me he cansado de aquella ciudad.

Y por si Federico aún tenía alguna duda, que no era el caso, eso le terminaba de confirmar que tenía razón. Porque si Valeria se fue de ahí era por no ver a Max, lo reconociera ella o no.

¿Y ahora que él estaba solo quería volver? ¿Después de vivir bajo el mismo techo unos días? ¿Cuando ella había aparecido por sorpresa en esa casa y sin nombrar, ni una sola vez, a Sergio?

Já, Federico podía ser todo lo que queráis, pero de tonto no tenía un pelo.

Ni en la cabeza demasiado, ya que estamos, pero su calvicie no tiene ninguna importancia en esta historia.

—Echas de menos a Max — si algo no tenía Federico tampoco era sutileza. Eso de andarse con rodeos no iba con él. ¿Para qué? Era perder el tiempo. Y él odiaba eso, el tiempo era demasiado valioso.

Valeria ni se sorprendió a esas alturas. La verdad es que le estaba extrañando que tardase tanto en preguntarle.

—Sí —una sola palabra que la hizo llorar.

Limpio las lágrimas que caían por sus mejillas y mordió su labio para evitar sollozar.

—¿Quieres contarme qué ha ocurrido entre vosotros?

Valeria asintió con la cabeza y, sin prisa, le explicó cómo ella había vivido todo eso.

Acomodado en la silla, con toda la tranquilidad del mundo, Federico terminó de tomarse su lata de cerveza.

—¿Y qué vas a hacer?

—Nada, papá. ¿Qué quieres que haga?

—Como querer, que seas feliz. Y parece que sin hacer nada, como ahora, no lo eres.

Valeria resopló. Eso no era así.

—Tampoco es que pueda hacer mucho.

—Bueno... Déjame disentir. Podrías decirle lo que sientes.

Una carcajada irónica salió de su garganta.

—¿Y qué gano con eso?

—¿Crees que esto es cuestión de ganar o perder? —su padre negó con la cabeza.

—No me refiero a eso, me entendiste la pregunta.

—La profesora de Lengua eres tú, podías expresarlo mejor —le guiñó un ojo, bromeando—. No ganas nada, Val. Solo te desharías de eso que tienes ahí dentro haciéndote daño y que pesa. Aliviarías el alma y el corazón.

—¡Mamá! —gritó de repente ella.

—Dime —su madre apareció casi corriendo—. ¿Qué ha pasado?

—Creo que la edad le está afectando de verdad. ¿Desde cuándo es tan dramático y romántico? Lorena, a quien se le habían puesto los ovarios por corbata, miró al techo pidiendo ayuda divina.

—Pues de siempre y te enseñó bien, ¿eh?

Valeria y Federico rieron cuando Lorena se marchó refunfuñando un “¿qué hice yo para merecer esto?” Con esto se refería a esos dos porculeros.

Tal para cual.

—La pobre tiene una paciencia —rio Valeria.

—¿Me lo dices o me lo cuentas? —la carcajada de su padre resonó en toda la casa, su mujer era una santa por aguantarlo. Tenía que tener reservado en el cielo un lugar privilegiado.

—¿Cómo se consigue eso?

—¿A qué te refieres? —Federico se puso serio de nuevo al notar el cambio en Valeria.

—Quererse así.

Él sonrió.

—Quererse no es complicado. El amor es muy simple. Somos nosotros quienes complicamos las cosas. Mira tu ejemplo. Enamorada de Max y porque decidiste mantener silencio y no decirle que no tenías pareja y que lo quieres a él, ahora estás aquí, llorando.

—No habría servido de nada decirle, él tiene su pensamiento y...

—¿Y si a él le ocurrió igual? ¿Y si él tiene el mismo miedo a sufrir que tú? Tal vez más, porque él viene de una relación en la que ya lo han engañado. No te gustó que te juzgara, ¿pero no es lo que has hecho tú con él?

—No es lo mismo.

—Ah, ¿no?

—No.

—Yo creo que sí, Val. Porque tú tampoco te has puesto en su lugar. No has sido sincera con él. Y no te estoy quitando la razón, si es lo que piensas. Pero tampoco te la doy. Porque lo único que yo veo aquí es que sufres sin sentido.

—¿Y si no me quiere?

—Pues lo aceptas como la otra vez. Y si vuestra historia solo era lo que ocurrió, lo aceptas. ¿Pero desde cuándo actúas como una cobarde? No tienes el no y te lo has inventado tú.

—No quiero sufrir —se limpió las lágrimas que caían, de nuevo, por sus mejillas.

—Ya lo haces. Y lo vas a hacer toda la vida cuando te preguntes ¿y si...? —ella sabía que era así— Te dijo que te quería con él. ¿Y si fuera verdad? ¿Y si...? No sé, Val. No quiero convencerte de nada. No sé qué siente ese hombre por ti. Pero tengo que decirte cómo veo las cosas porque te conozco. Y el no, si existe, dolerá. Pero el “y si...” te destrozará —se levantó y, agachándose, le dio un beso en la cabeza—. Nunca te guardes nada dentro. Es mejor que duela por valiente que por cobarde, ¿no era así el refrán?

Valeria no recordaba en ese momento si era como su padre decía o no. Pero tenía todo el sentido del mundo.

Se levantó y observó las estrellas, preguntándose si él también las estaría mirando en ese momento. Sonrió al recordar esa frase que Max le dijo esa noche mientras hablaban de esas hermosas luces.

“Ellas te guían hacia tu destino”.

¿Y cuál era ese destino?

¿Él? ¿O su ausencia?

Se abrazó cuando un escalofrío le recorrió el cuerpo. Las últimas noches le ocurría eso, seguramente por coger algo de frío al estar tanto tiempo ahí. Entró en casa, cogió una rebeca y se la puso.

—Necesito un poco de aire —dijo antes de marcharse.

Sus padres se miraron cuando la puerta de la casa se cerró.

—¿Y bien? —preguntó Lorena.

—¿Qué nos habíamos apostado?

—No me fastidies.

—Coladita como lo estuvo siempre.

—¿Y él?

—Por lo que me contó, aún más que ella. Pero son igual de tontos —resopló su padre.

—No me lo puedo creer.

—Pues mira que llevo años diciéndote que estos estaban unidos por el destino.

Lorena soltó una carcajada, no pudo evitarlo.

—No cambiarás.

Él le guiñó un ojo y cambió el tema. Pero tiempo al tiempo, la vida le diría si tenía razón o no.

Max se sentó en el banco y suspiró. Era la tercera noche que veía desaparecer su imagen cuando dejaba el balcón. Desde que llegó a Málaga no pudo evitar pasar por allí. No tenía la esperanza de verla, pero le bastaría con sentirla cerca. Porque sabía que estaba ahí, lo supo nada más acercarse.

Y esa primera noche, para su sorpresa, la distinguió sentada en ese balcón. Y tuvo que volver al día después. Y el siguiente...

Y ahí estaba, con ganas de subir y buscarla. Tenía tantas cosas que decirle... Pero no sabía cómo hacerlo.

Él aún tenía que arreglar su vida, ella merecía un hombre que no se sintiera tan mierda como él.

Algo llamó su atención y miró hacia el portal. Saliendo de él, apretándose la chaqueta, estaba Valeria.

Él se levantó rápidamente, las manos en sus bolsillos. Nervioso.

Ella se paró de repente y como si algo la guiara, lo miró.

Estaban demasiado lejos para ver la reacción del otro y los dos demasiado asustados como para acercarse.

Como si les diesen una patada en el culo a cada uno, comenzaron a caminar hacia el otro y pararon al quedar frente a frente.

Mirándose con intensidad a los ojos. Con tantas cosas que decirse...

—Max —susurró ella, soltando una solitaria lágrima que no pudo parar.

Él no pudo controlarse. Levantó una mano y limpió su mejilla.

—Hola, peque.

El tono cariñoso de su voz hizo que Valeria rompiera a llorar.

Capítulo 19

—Max —ella pronunció su nombre en un susurro y una lágrima cayó por su mejilla. Max no pudo con eso, levantó una mano y la limpió.

—Hola, peque —dijo con dulzura.

No se imaginó su reacción. Pensó que le gritaría o que le echaría en cara lo que fuera. Tal vez que se daría la vuelta y se iría.

Max imaginó todas las malas reacciones que pudo tener, pero nunca esa.

Al verla llorar, maldijo y tiró de ella para abrazarla. Manteniéndola con fuerza entre sus brazos.

Joder, cuánto la había echado de menos.

—No llores —la separó de él y cogió su cara—. Me estás asustando, ¿tanto susto te dio verme? —intentó bromear, más que nada por aliviar el nudo que él sentía en el estómago.

Ella rio, sorbió por la nariz y negó con la cabeza.

—¿Qué haces aquí?

—¿En la ciudad o específicamente aquí?

—Las dos cosas.

Él sonrió. Acarició las mejillas de Valeria con sus dedos y suspiró.

—Tengo mucho que explicarte. Y te juro que estoy intentando portarme bien y hacer las cosas como debo. Pero joder, Val, que sepas que me está costando la vida tenerte tan cerca después de tantos días y no poder besarte.

Valeria también deseaba besarlo. Necesitaba sentirlo una vez más. Y como había dicho su padre, tenía que dejar se comportarse como una cobarde.

—¿Y si me besas, aunque sea por última vez y ya después, si eso, te portas bien?

Max tardó unos segundos en asimilar la que ella le estaba diciendo. Puso su frente sobre la de ella y gimió.

—¿Estás segura?

—Hazlo de una vez —resopló ella.

Él rio al escuchar su impaciencia. Rozó sus labios con los suyos y la notó temblar. Fue su perdición. A la mierda todo su empeño por controlarse.

La devoró. Bebió de ella como si estuviera sediento. Y es que era precisamente así como se sentía.

—¡¡¡Déjala respirar!!!

—¡¡¡Que me la vas a ahogar, chiquillo!!!

Max interrumpió el beso y miró hacia donde gritaban.

—Los voy a matar —refunfuñó Valeria. No tenía que mirar, conocía bien esas voces.

Max rio, levantó una mano y los saludó. Ellos, contentos, le devolvieron el saludo.

—¡Max! ¡No tardes en visitarnos! —gritó Lorena.

—¡No lo haré! —gritó él.

—Ay, Dios —Valeria estaba alucinando, a ver quién de los tres era peor.

—Veo que siguen igual.

—Sí, no cambian —suspiró Valeria—. ¿Y tú por qué les sigues el rollo?

—Habrá que agradecerles que intervinieran o te habría hecho mía aquí mismo.

Lo dijo con tanta sinceridad que Valeria soltó una carcajada.

—Eres un exagerado.

—¿Exagerado? Porque prometí portarme bien, que si no te iba a demostrar yo cuánto tiene eso de mentira —resopló.

—¿Y esa promesa? ¿A qué viene?

—¿Adónde ibas? —preguntó Max de repente.

—¿Eh? —Valeria pestañeó, perdida.

—¿Qué haces en la calle?

—Ah... Necesitaba un poco de aire.

—¿Algún lugar en especial?

—No. Solo donde se vieran las estrellas.

Max sonrió con ese comentario. Las estrellas los habían vuelto a unir. Al menos por el momento.

—¿Me permites enseñarte un lugar especial para mí? Si me dejas estar contigo, claro.

Valeria asintió con la cabeza.

Max sonrió, le dio un beso en la frente y cogió la mano de Valeria, entrelazó sus dedos y comenzó a caminar. Era extraño y, a la vez, natural hacer algo así con ella.

La había hecho suya cada vez que había podido y, para su asombro, nunca había paseado con ella. Increíble, ¿no?

Y quería hacerlo. Quería todo con esa mujer, cada mínimo detalle le parecía importante. Pero para ello necesitaba que ella le diese una oportunidad. Y ese beso le había dado esperanzas, pero no quería cantar victoria antes de tiempo.

—¿Adónde vamos? —Valeria se acercó un poco más a Max, tenía frío.

Él colocó un brazo alrededor de sus hombros para darle algo de calor.

—A buscar mi coche, quiero llevarte a un sitio. Confía en mí, te va a encantar.

Valeria no tenía ninguna duda de ello.

Un rato después, Valeria se quitaba los zapatos y corría hasta la orilla. Max se dejó caer en la arena y la observó saltando, mojándose los pies en el agua. Rio al verla así, tan loca. Tan libre. Tan ella.

—Cualquiera diría que hace mucho que no pisas la playa —rio Max cuando ella paró a su lado.

—Vengo cada día, pero por la noche es especial —sonrió ella—. Y nunca había venido aquí.

Estaban en un lugar bastante apartado, rodeados de rocas.

—Es donde mejor se ven —cogió su mano y la hizo sentarse entre sus piernas, con la espalda pegada en su pecho. Max la agarró por la cintura y apoyó la cabeza en su hombro—. ¿Lo ves? —susurró en su oído.

Valeria lo veía y estaba alucinando. Nunca había visto nada igual. Era impresionante.

—Es aquí donde aprendí a mirar las estrellas. Donde vengo cuando me siento perdido o triste —Max hablaba en voz baja—. He venido aquí las últimas dos noches, después de verte en el balcón —el corazón de Valeria dio un vuelco, no se esperaba eso. Max suspiró y le dio un beso en el hombro antes de continuar—. Es la primera vez que traigo a alguien —siguió, sorprendiéndola.

Valeria se movió un poco, colocando sus piernas sobre una de las de Marco, poniéndose un poco de lado para poder mirarlo. Él levantó su mano y acarició su cara. No así como tenían que ser las cosas, todo iba muy rápido, ¿pero qué iba a hacer? No podía remediar desearla— No quiero volver a este lugar solo. No quiero volver si no es contigo.

Valeria tragó saliva, nerviosa. ¿Qué significaba eso? Porque ella no quería leer entre líneas para imaginarse más de la cuenta y después llevarse el palo del siglo.

—No entiendo —susurró. Sentía que el corazón iba a salirse del pecho.

—Se suponía que antes eran las explicaciones y esto lo último —bufó él—. Yo siempre haciendo todo al revés.

—¿De qué hablas?

—Te amo, Val —dijo con seguridad. Ella no podía respirar, Valeria sentía que le iba a dar algo en ese instante—. Y aunque sé que tengo mucho que explicarte. Que tienes mucho que perdonarme y que ahora mismo no puedo ofrecerte demasiado, yo...

Ella no pudo contenerse y lo besó. Terminando con lo que decía porque en ese momento no le importaba nada más que las dos primeras palabras que había dicho. Eso que quería escuchar una y otra vez.

Max correspondió a su beso sin perder ni un segundo. Sabía que tenía mucho que hablar con ella, pero también quería disfrutar de lo que le parecía una victoria.

—Dímelo otra vez.

—¿El qué? —bromeó Max sobre sus labios, haciéndose el tonto. Valeria resopló y lo golpeó en el hombro. Divertido, él cogió la cara de Valeria entre sus manos y la miró a los ojos, la seriedad en sus palabras —Te amo, pequeña —ella comenzó a llorar y él sonrió con dulzura—. No tengo excusa, me he comportado como un auténtico cretino. Pero tenía miedo. Porque te quiero como no imaginé que fuera posible.

Valeria se iba a desmayar. Estaba segura de eso.

—Yo también tengo miedo —aseguró ella.

—¿De qué?

De que todo fuera un sueño.

De que el amor no fuera suficiente.

De que su historia estuviera condenada al fracaso.

—De perderte otra vez —susurró, emocionada.

—Ey, no —besó sus labios, conmovido por esa declaración—. Nunca me perdiste, Val. Soy tuyo. Si me aceptas, claro.

Valeria se puso de rodillas, frente a él. Bajó la mirada y comenzó a desabrochar su camisa. Max tragó saliva, ya excitado al máximo.

Cuando dejó su pecho al descubierto, las manos de Val se posaron en él. Lo acarició mientras notaba lo nervioso que estaba.

—Tenemos mucho que hablar —susurró ella.

—Sí.

—Y también tengo muchas explicaciones que darte.

—No hace falta.

—Pero lo haré —le aseguró ella.

—Vale —él gimió cuando bajó las manos por su vientre.

—Y tú estás aquí. Yo regreso a Madrid en unas horas.

—Ya veremos cómo lo hacemos —su idea había sido arreglar su vida allí y después

presentarse ante ella, pidiéndole que volviera a casa. Pero a la vida le gustaba romper los esquemas y hacer las cosas a su manera.

Valeria comenzó a desabrocharle el pantalón y dejó su erección libre, haciéndolo sisear.

—¿Crees que podremos con tanto?

—Sí —aseguró él. Porque la amaba y no iba a rendirse nunca.

Valeria levantó su vestido y se movió hasta colocarse sobre las piernas de Max, cada rodilla a un lado de sus caderas. Se levantó un poco y mientras con una mano cogía su miembro, con la otra desplazaba su ropa interior. Sus sexos rozándose, ellos gimiendo y Valeria moviéndose lentamente hasta tenerlo por completo dentro de ella.

—Joder —gruñó Max, cerró los ojos con fuerza, la sensación era demasiado intensa.

Todo con ella era así.

—¿Y si no podemos con todo?

Max abrió los ojos y la miró.

—Yo sí que no volveré a perderte, Val. He querido morirme estos días por no tenerte. Te juro que ha sido una maldita tortura. Y no sé cómo lo voy a hacer, pero lucharé lo que haga falta por tenerte a mi lado.

—Max...

—No soy nadie —continuó él—. No tengo nada que ofrecerte. Sé que no te merezco, pero...

Calló y cerró los ojos con fuerza cuando ella sacó su miembro para meterlo dentro de su cuerpo otra vez con un movimiento agónico. Volvió a abrirlos poco a poco y se encontró con esos preciosos ojos fijos en él.

—Te amo —dijo ella por primera vez y Max creyó morir al escucharla—. Y soy tuya. Si me aceptas, claro —repitió las mismas palabras que él.

Fue entonces cuando Max perdió el control. La besó con ansia, como si fuese a morir si no lo hacía. Eso era exactamente lo que sentía.

Agarrándola bien, cambió las posiciones y la tumbó de espaldas en la arena, él sobre su cuerpo. Volvió a besarla, esa vez más lentamente, saboreando cada rincón de su boca.

Su cuerpo comenzó a moverse igual, sin ninguna prisa. Haciéndola suya como a cámara lenta, en ese lugar donde tanto había pensado en ella.

—Max, por Dios.

Valeria estaba excitada al máximo y el ritmo tranquilo de Max la estaba volviendo loca. Necesitaba un poco más.

—No —dijo él.

¿No? ¿Qué demonios significaba no?

—¿No qué?

—No voy a acelerar, quiero disfrutarte.

—Muy bien —gimió ella—. ¿Y no puedes torturarme después del primer orgasmo? Digo, porque lo disfrutaré más.

Max rio sobre su cuello, donde la acababa de morder.

—Eso sí puedo hacerlo. No iba a conformarme con solo provocarte uno.

—Me alegro, oye.

Max rio otra vez. Bajó la mano y la metió entre sus cuerpos, rozando su clítoris y provocándole el orgasmo que tanto ansiaba.

Espero a que terminara de temblar para besar sus labios y seguir saliendo y entrando en ella.

—¿Preparada para el segundo? —lamió su labio inferior.

—Aún no —pero la segunda palabra se convirtió en un gemido ronco porque Max volvía a jugar con ella.

—Oh, Dios —gimió.

Valeria supo, desde ese momento, que esa noche acabaría dolorida porque él no tenía la intención de parar. Y ella no iba a quejarse.

Max la miraba atentamente, pendiente a cada señal de su cuerpo.

Sin prisa.

Porque tendría toda la vida para hacerla suya.

Ese solo era el inicio de una historia que aún tenía que comenzar y por lo que habían vivido hasta el momento, con lo intenso que había sido cuando ni siquiera había empezado, Max tenía clara una cosa: les quedaba mucha vida para amarse.

Les quedaba todo por sentir.

¿Para qué precipitarse entonces?

Capítulo 20

—Ya no puedes arrepentirte de esas palabras.

Valeria giró un poco la cabeza para mirarlo. Estaban dentro del coche, en la parte de atrás. Ella sentada entre sus piernas y él abrazándola mientras seguían contemplando la noche.

Era tarde y tenían que volver. Pero no querían separarse.

—¿De cuáles? —ella frunció el ceño— Dije muchas.

—De que me quieres.

—Ah —ella sonrió.

—Y de que eres mía, obvio.

—Obvio —rio ella—. ¿Y tú puedes desdecirte?

—No —dijo enérgicamente.

—Entonces perfecto —miró de nuevo al frente y se acomodó mejor entre sus brazos.

—Sé que lo dejaste.

Valeria se puso tensa y deshaciéndose de su agarre, se separó de él para poder mirarlo a la cara.

—¿Es por eso que...?

—No —la interrumpió él—. Iba a venir a buscarte antes de saberlo. He sido un gilipollas, pero aunque intentara lo contrario para protegerme, en el fondo siempre he confiado en ti.

—De todas formas lo engañé. Soy una mujer infiel. Como tu ex.

—Tú no eres como ella, no vuelvas a compararte —dijo enfadado—. Y siento las veces que yo lo hice, no lo merecías.

—Sí lo merecía, Max. Actué mal. Lo engañé.

—Conmigo. Eso no te convierte en infiel, ni por ello voy a temer que te ocurra con otro. Lo nuestro era inevitable desde el principio. Podíamos haberlo hecho mejor, pero así fueron las cosas. Y no me arrepiento, Val. Habría hecho lo que fuera por tenerte.

—Me juzgaste y por eso no te lo dije. Si ibas a darme la patada... Si iba a sufrir, mejor hacerlo con razón.

—No tienes que explicarme nada. Incluso aunque no lo entendiera, fue tu decisión. Yo no estoy aquí para juzgarte de nuevo. Hice las cosas mal y te perdí. Y te juro que eso duele más que cualquier otra cosa —Valeria observaba esos preciosos ojos grises atentamente—. Tengo mucho por lo que pedirte perdón. Hablaremos de todo lo que quieras. Pero ten claro que ninguno de nuestros miedos me hará dudar.

Ella sonrió ampliamente, se sentía feliz de tenerlo a su lado. Tenía miedo a que todo fuera solo un sueño, así que lo tocó. Y no, no estaba soñando, era muy real.

—Yo también lo hice mal y ya tendremos tiempo para hablar de ello. Pero no ahora —le dio un beso en los labios—. Aún no me has contado qué haces aquí.

—Las estrellas me trajeron —sonrió él.

—Menos mal —rio ella—. ¿Y aparte de eso?

—Cuando supe que te habías ido unos días, estuve pensando en nuestra conversación de esa noche en el balcón. Parte de culpa de lo mal que lo hice fue el sentirme muy poca cosa. Sin estudios, sin trabajo, sin casa... ¿Cómo iba a competir con un doctor reconocido como él?

—Joder, Max. ¿Crees que me importa algo de eso? Mi problema no es que me avergüence porque trabajes de temporero, de camarero o si no tienes trabajo. Eso no cambiará lo que siento por ti. Lo que me duele es que sí sea un problema para ti.

—Ya lo sé. Por eso volví. Necesito enfrentar mis demonios y sentirme digno de ti.

—Tonto eres —ella puso los ojos en blanco.

—Pero lo entiendes.

—Sí.

—Entonces iría a buscarte y te pediría una oportunidad. Te convencería para que volvieras aquí, conmigo. O me iría yo, pero ya sintiéndome mejor. No sé, ya lo decidiríamos, esa era mi idea. Pero como no puedo mantener las manos lejos de ti, se me ha jodido todo el plan —resopló, provocando una carcajada en ella.

—Voy a pedir el traslado, ya lo había decidido. Quiero volver a casa.

—¿Y volverás conmigo?

—Ya no te vas a deshacer de mí, idiota —lo hizo reír—. ¿Ahora podemos dejar el tema por un rato? —metió la mano bajo su pantalón y cogió su miembro con su mano. Max gimió con el roce y casi gritó cuando notó su cálido aliento sobre él.

—Val...

—Shhh... —lo lamió lentamente de abajo arriba— Creo que te debo algo.

—No hace falta... —ella se lo metió entero en la boca y él pensó que se iba a correr ya, iba a ser vergonzoso. Pero no la iba a parar— Oh, Dios —puso las manos en la cabeza de ella, como si necesitara que la guiase, que para nada era así. Val sabía muy bien cómo volverlo loco.

No iba a aburrirse en la vida.

Amanecía cuando Val abrió los ojos. Después de no sabía cuántos orgasmos, se quedó dormida. Cuando despertó un poco más tarde, se sentó en el asiento del copiloto y volvió a cerrar los ojos mientras llegaban a casa de sus padres.

—Peque...

—Hmmm...

—Vamos, hemos llegado —Max acariciaba su rostro.

—Vale —abrió la puerta del coche y salió, media dormida aún. Menos mal que en el autocar podría descansar. Lo cual le vendría bien, así no se metería en problemas. Max la abrazó todo el camino y ella se dejó guiar. Necesitaba café en vena o no iba a poder ser persona—. ¿Vienes conmigo? —preguntó al verlo entrar en el ascensor.

—Claro —no iba a dejarla mientras pudiera.

—Bien —lo abrazó, puso la cara en su pecho y esperó a que ese cachivache, que ahí sí funcionaba, llegase a su destino—. Soy muy pesada, cuando te agobie, me mandas a la mierda —lo apretó con más fuerza, con ganas de sentirlo.

Él rio, no le molestaba en lo más mínimo. Al contrario, le encantaba.

—Cuando me canses, te follo y te dejo dormida.

—Trato hecho —dijo ella rápidamente, haciendo que Max soltara una carcajada.

Se sentía afortunado y no solo por lo perfecto que era el sexo con ella, sino porque sentía que la vida le había puesto por delante, desde siempre, a la mejor mujer del mundo. Y por fin había dejado de estar ciego.

Un rato después, Lorena y Federico estaban contemplando la estampa. Max sentado en el sofá y Valeria dormida sobre su pecho. Los dos abrazados.

—Te lo dije —susurró él.

Lorena enarcó las cejas, no se lo podía creer. Ya se quedó anonadada cuando los vio besándose, cuanto más de ese modo.

Max despertó al escucharlos y sonrió algo avergonzado.

—Lo siento, yo...

—¿Un café? —preguntó Lorena, ignorando ese tonto sentimiento de vergüenza.

—Por favor —sonrió él—. Peque, despierta, vas a llegar tarde.

—Pues así me quedo contigo —gruñó ella.

Federico rio, negó con la cabeza y siguió a su mujer para preparar el desayuno.

Marcos la cogió por las axilas y la subió sobre sus piernas. Ella se agarró rápidamente a su cuello.

—Por mí no te vas, pero después me odiarás por haber perdido tu trabajo por mi culpa y como que no tengo ganas de eso, así que abre esos preciosos ojos y mírame.

Ella lo hizo, pero lo miró con el ceño fruncido, sacándole otra sonrisa.

—Incluso así eres preciosa —le dio un beso en los labios—. Vamos, el café nos espera.

Un café rápido, terminar de hacer la maleta y salir a toda leche hasta la estación hizo que Valeria despertase de una vez.

Lorena, su madre, suspiró al ver cómo la puerta se cerraba tras ellos.

—Pues sí que la quiere —solo había que ver cómo la miraba.

—Te lo dije. No me cansaré nunca de repetirlo.

—¿Vas a seguir con eso?

—Toda la vida —rio él al desquiciarla.

Quienes no reían eran Max y Val al separarse en esa estación.

—¿El móvil?

—En el bolso.

—Vale. No dejes de escribirme. Solo serán unos días lejos, podremos con ello —la besó—. No olvides que te quiero.

—Yo también a ti —otro beso y subió al autocar.

Acababan de encontrarse y volvían a separarse. Y aunque fuera por poco tiempo, se les iba a hacer eterno.

Max miró cómo el autocar desaparecía en la distancia y suspiró. Ahí comenzaba su momento, tenía una vida que reconstruir y muchos sueños por los que luchar.

Capítulo 21

A Valeria no le pilló por sorpresa el saber que el ascensor seguía sin funcionar. Le tocaba subir, de nuevo, los cuatro pisos a patitas. Sesenta y nueve escalones con la maleta a cuestas.

Pero esa vez lo hizo con una sonrisa. Y no solo porque hubiese aprendido la lección y calzase zapatos más cómodos, sino porque la vida era bella, ¿verdad?

Cosas del amor...

—¡Por fin! —dijo alegremente cuando llegó a su planta.

Miró a su derecha y ahí estaba su endemoniada vecina, mirándola, extrañada. Más extrañada estaba ella porque la anciana no gritaba.

La mujer sonrió y le guiñó un ojo, cerró la puerta de su casa y Valeria no entendía nada. Se encogió de hombros, abrió la puerta y entró rápidamente. Le daba más miedo esa actitud que los gritos de siempre.

Valeria entró en el salón y enarcó las cejas cuando escuchó unas risitas. Mierda, tenía que haber avisado de que llegaba.

Bueno... Intentaría no hacer ruido para no molestar, pero ya tenía curiosidad de saber quién era el afortunado. Ya se enteraría. En ese momento era mejor encerrarse en su habitación.

—No, ¡espera! —exclamó Silvia, riendo, mientras salía de su dormitorio— ¡Déjame respirar! —estaba muerta de risa.

En ese momento, el desconocido fogoso e insaciable salió, parándola antes de que ella se girase y la besó.

—No puedo esperar tanto —dijo sobre sus labios.

Valeria no sabía cómo había podido controlarse y no soltar una carcajada. Sería porque aún estaba en shock. Porque lo que estaba viendo sí que no se lo esperaba.

—¿Desde cuándo...?

Silvia se giró rápidamente al escuchar a su amiga, con una mano sobre el pecho por el susto.

—Joder, ¡casi me matas del susto! —exclamó.

—Ya, bueno. Si Don Fogoso no te mató antes, no creo que lo haga yo —no pudo evitar el comentario y terminó riendo.

Silvia puso los ojos en blanco, ya iba a empezar con el bullying. Y se lo merecía, además. Para las veces que ella le daba caña.

—Hola, Valeria.

—Hola, Sergio —saludó animada—. Veo que todo bien —lo miró de arriba abajo—. ¿Qué? ¿Apetece un refresco? Digo, por eso de que cojáis energía. Parece que vais a necesitar una buena carga.

Y con otra carcajada al escuchar el resoplido de Silvia, Valeria fue a por su lata de refresco.

Cinco minutos después, estaban los tres sentados a la mesa de la cocina. Sergio con la cabeza agachada, algo avergonzado. Silvia con las cejas enarcadas, esperando a que su amiga comenzara a meterse con ellos. Y Valeria sin poder dejar de reír, de lo más divertida.

—¿Vas a decir algo ya? —preguntó Silvia.

—No tengo nada que decir, es vuestra vida. Solo me ha pillado por sorpresa.

—Ya. A nosotros también, la verdad —ella frunció el ceño y miró a Sergio—. Nunca imaginé que...

—Créeme, yo tampoco —otra carcajada de Valeria—. Vale, lo siento, ya paro —dijo cuando su amiga suspiró—. De verdad, ha sido una sorpresa. Pero buena. ¿Desde cuándo...? Porque estáis juntos, ¿no? No es solo que he tenido la mala pata de interrumpir vuestra primera vez.

—Estamos juntos —confirmó Sergio, mirando a su ex.

—Max se marchó un día después que tú. Nosotros nos vimos en el hospital y no sé... Surgió quedar al salir —explicó Silvia.

—¿Max lo sabe?

—No, por Dios. ¿Y tú por qué sonríes al hablar de mi hermano? ¿Por fin lo habéis hecho bien?

—Más o menos —sonrió dulcemente al pensar en él.

—Me alegro entonces, ya era hora. Pero por más que estéis juntos, soy mejor amiga y tengo prioridad. Esto te lo callas.

—¿Por qué? —preguntó Sergio.

—Porque cuanto menos se meta conmigo, de mejor humor estaré —sonrió ella, haciendo reír a los demás.

—En realidad es porque tiene miedo de meter la pata, pero nos pasa a todos. Tú tranquilo, se le pasará pronto.

—Joder, mira que sois porculeros. Estamos empezando y después de todo, me gustaría ser yo quien le contara, solo eso.

—Como quieras —Sergio puso su brazo sobre el hombro de Silvia y le dio un beso en la cabeza, haciendo sonreír a Valeria.

Viéndolos así, parecían la pareja perfecta. A lo mejor estaban hechos el uno para el otro, ¿por qué no?

—Pues me alegro mucho de veros así —dijo Valeria con sinceridad—. Y yo te debo una disculpa, Sergio.

—No —él negó rápidamente con la cabeza—. Nada que perdonar. Las cosas pasan, Valeria. Yo vi cómo te miraba ese hombre y no hay duda de que es para ti.

—Y tú miras a otra así —le guiñó un ojo a ambos—. Me encanta —Valeria se levantó—. De verdad que me encanta. Y más me va a encantar cuando Max se entere —rió—. La que os queda...

Silvia suspiró, lo sabía bien. Pero tampoco le importaba. Ella no estaba buscando nada y el amor le llegó con quien menos esperaba y en el momento menos indicado.

Y había decidido aprovechar la oportunidad. Ya el tiempo le demostraría si estaban destinados a estar juntos o no.

Capítulo 22

El tiempo es relativo, nadie puede dudar de esa conclusión que emerge de la teoría de la relatividad.

También hay que añadir que el tiempo es una soberana mierda. Porque los días que Max y Valeria estuvieron separados fueron los más largos de sus vidas.

Solo iba a ser por unos días...

Los días se convirtieron en agónicas semanas. Era insoportable.

Lo bueno fue que Max no había tardado demasiado en encontrar trabajo. Al fin y al cabo, se acercaba el verano y vivía en una ciudad turística, no lo tuvo demasiado difícil. Eso sí, como cualquier camarero, trabajaba muchas horas al día.

No se quejaba. Menos cuando por fin pudo alquilar un piso y sentirse independiente.

Le quedaban unos meses de verano duros con el trabajo y le jodía estar lejos de Val. Como también el apenas poder pasar tiempo con ella aunque fuera al teléfono porque entre el poco tiempo que tenía ella libre con el fin de curso y las horas extra que echaba él para ganar todo el dinero que pudiera y poder relajarse en invierno para terminar el año de carrera que le quedaba, apenas podían hablar.

Fue difícil la distancia para los dos, pero consiguieron llevarlo adelante.

Junio y Valeria ya iba a volver a casa. Había pedido el traslado a su ciudad por cambio de domicilio y tendría que esperar a que lo aceptasen. Mientras, pasaría el verano en su tierra.

Con el amor de su vida.

Quien había pedido un par de días libres y había cogido un vuelo sin decirle a ella nada para buscarla y hacer el viaje con ella. Quería vivir ese momento junto a la mujer con la que iba a compartir su vida.

Así que como aún tenía las llaves de ese piso, abrió y entró como Pedro por su casa para darle una sorpresa.

Pero la sorpresa se la llevó él cuando vio salir a Sergio de la habitación de su chica.

Sin camisa porque estaba poniéndosela.

Y empalmado.

Obviamente no se le había escapado ningún detalle. Era hombre, ¿qué demonios le iba a ocultar el medicucho ese?

Si él siguiera siendo el de antes, los celos lo habrían hecho imaginar de todo. En ese momento no sabía qué pensar, pero sabía que nada tenía que ver con Valeria.

Confiaba en ella como no lo haría en nadie más nunca.

Así que con Silvia... ¿Desde cuándo y por qué demonios él no se había enterado antes? Iba a matarlas a las dos por ocultárselo.

Se cruzó de brazos y esperó a que el tontaina se girase del todo y lo viese allí, pero ese pelma solo sabía tirar besos al aire.

Entonces Sergio lo hizo y lo vio. Se quedó de piedra y negó con la cabeza.

—No es lo que...

En ese momento, interrumpiéndolo, Silvia gritó y apareció tirándose en los brazos del doctor. Él la cogió el peso y la besó entre risas.

—Silvia, espera —se quejó él, pero Silvia estaba bastante entretenida dándole besos por la cara.

—¿Podéis dejar la escenita y decirme dónde demonios está mi chica?

—Mierda, Max —Silvia se bajó rápidamente—. Esto no...

Él puso los ojos en blanco, le daba exactamente igual. Él solo quería ver a Valeria.

—¿Dónde está Val? —insistió.

—¿Max? —susurró ella saliendo del dormitorio de invitados, el que había ocupado él los días que estuvo allí.

Max frunció el ceño, ¿qué hacía ahí?

Al parecer tendría que esperar para preguntarle como tendría que esperar para besarla porque no parecía sentirse demasiado bien.

—¿Qué demonios te ocurre? —preguntó preocupado, tenía la cara descompuesta.

Valeria solo corrió y entró en el baño.

—Mierda —gruñó Max siguiéndola, recogiendo el pelo antes de que lo manchara de vómito.

—Joder, Val, ¿qué te pasa? —Silvia, como pudo, entró también en el pequeño baño, preocupada por su amiga. La noche anterior ya la notó extraña, debía de estar otra vez mala con el estómago.

—Dejadme en paz —gruñó ella, sin querer tener público en ese momento.

—Dame una toalla húmeda —le dijo Max a su hermana, ignorando la queja de Valeria.

Silvia se la dio cuando su amiga dejó de vomitar y se sentó en el suelo.

—¿Mejor? —Max humedeció su rostro y ella asintió con la cabeza.

—Un poco.

—Bien...

Sergio entró tras sacar a Silvia y se agachó al lado de la pareja.

—¿Mareada, Valeria? —preguntó.

—No —dijo ella—. Pero me duele —señaló el bajo vientre.

—Ayúdame— sin importar si le sentaba bien o no, Sergio se hizo con el control de la situación. Le hizo señas a Max para que cogiese a Valeria por el otro brazo y la levantasen entre los dos—. Trae un poco de agua—ordenó a Silvia.

—Mejor una infusión —opinó Max y Sergio asintió con la cabeza.

Silvia la preparó mientras ellos sentaban a Valeria en el sofá, con las piernas en alto.

Max se sentó a su lado y cogió su mano, preocupado.

—¿Qué comiste? —le preguntó.

Ella negó con la cabeza.

—La verdad es que apenas está comiendo estos días. Siempre tiene fatiga —Silvia llegó con la taza y se la dio a su amiga.

—¿Me dejáis a solas con ella?

—No —dijeron los hermanos.

Sergio puso los ojos en blanco, lo peor es que iba a tener que aguantar a los dos de por vida.

—Soy médico, solo haré mi trabajo.

—Y yo enfermera, me necesitas aquí.

—Y yo el novio, no me voy a ir ni de coña.

—Solo quiero hacerle unas preguntas.

—No tiene nada que ocultar, no tiene por qué estar sola —insistió Max. Y no porque estuviera celoso ni mucho menos, pero su chica estaba enferma y no habría nada que lo separara de su lado hasta que estuviese mejor.

—No importa, Sergio —sonrió Valeria—. Pregunta lo que quieras, hay confianza.

—Bien —él carraspeó e fue directo al grano—. ¿Cuándo fue la última vez que tuviste el periodo?

—Oh, mierda —Silvia se tapó la boca por la sorpresa.

—No me jodas —gimió Valeria.

—¿El periodo? —Max aún no había asimilado la pregunta. Era como si su cerebro no quisiese entenderlo. Hasta que finalmente lo comprendió— ¿Peque? —la voz le salió demasiado aguda, como si hubiese pisado un gato.

—No puede ser, yo tomo la píldora y nosotros —Valeria señaló a Max—, desde esa noche en la playa... —empezó a contar con los dedos. Gimió y miró al techo— No me jodas.

—No, si ya lo hizo. Y bastante bien al parecer —bromeó Silvia, riendo por los nervios porque ¿su hermano iba a ser padre? ¿Y ella tía? ¿De un bebé que tendría Valeria?

Dios, pues sí que eran rápidos en todo esos dos. Aunque no sabía ni por qué se asombraba a esas alturas.

—Pues cuando te sientas mejor, nos vamos al hospital a hacerte una prueba. Y una ecografía de camino —sonrió Sergio. Agarró a Silvia de la mano y tiró de ella hasta el dormitorio para dejar a la pareja sola mientras pensaban en la posibilidad de que en unos meses, podían ser padres si él no se equivocaba en el diagnóstico.

Que con lo bueno que era, no lo haría, obvio.

—Peque, mírame.

—Tiene que ser un error —susurró ella.

Y es lo único que repitió durante todo el camino al hospital.

Sergio estaba en la consulta, de pie al lado del ginecólogo que iba a ver a Valeria. Ella y Max sentados frente a los doctores. Silvia tras su amiga, con las manos en sus hombros.

Dándole fuerza.

—¿Y bien? —preguntó Max, sintiendo que iba a darle un infarto y que terminaría aprovechando la visita al hospital cuando tuvieran que reanimarle para salvarle la vida.

—Valeria, es positivo —confirmó el ginecólogo—. Estás embarazada.

—Dios, voy a ser tía.

—Joder, voy a ser padre.

—Mierda, voy a morir —fue la frase de Valeria.

—Ya no muere la gente por dar a luz —rio el doctor—. Túmbate, vamos a ver si todo está bien.

Estaban todos en silencio y mirando embobados la imagen del bebé. Valeria y Max alucinados, aún no se lo podían creer.

Esa noche, Max se levantó de la cama al ver que Val no estaba en ella. La encontró, como imaginaba, en el balcón. Estaba mirando la ecografía.

En silencio, se sentó a su lado.

—Es muy pronto —dijo ella—. No esperaba esto, Max. Ni siquiera ha empezado lo nuestro y ahora nos vemos con un bebé.

Estaba agobiada. Mucho. Y tenía miedo de que no pudiesen con eso.

—Entre tú y yo todo ha ido siempre muy rápido —él cogió una de sus manos y entrelazó los dedos—. ¿Tienes miedo?

—Sí —reconoció ella.

—Yo también —dijo él—. De no ser suficiente para vosotros. Pero te prometo que no nos faltará de nada.

—No seas idiota —resopló ella—. Pero si seguimos adelante, no va a ser fácil.

—Lo quiero todo contigo, Val. Yo no tengo ninguna duda.

Ella lo miró a los ojos, su alma desnuda. Sus miedos, sus sentimientos, todo a la vista.

—Vamos a tener un bebé, ¿verdad?

Él sonrió cuando vio su cara.

—Así es.

—¡¡¡Y yo voy a ser tía!!! —exclamó Silvia apareciendo por sorpresa y dándoles un susto de muerte.

—Joder —Valeria con la mano sobre el corazón, a punto de sufrir un infarto. Ni la vieja la había sorprendido nunca de esa manera.

—¿Pero eres tonta? —gruñó Max mientras miraba a su hermana, sentándose frente a ellos—
¡Que está embarazada!

Silvia y Valeria si miraron, las dos con las cejas enarcadas.

—Está embarazada, no enferma —resopló su hermana.

—Empieza a controlarte o te juro que no verás a tu sobrina en la vida —le advirtió su hermano.

—¿Ya sabemos el sexo? —el humor en la voz de Valeria.

—Yo sí —dijo él muy satisfecho consigo mismo—. Nada más que llegemos mañana y veas la casa, tenemos que mirar qué habitación preparamos para ella.

—O para él —lo cortó Silvia.

—O para él —dijo él, la verdad es que le daba igual mientras todo fuera bien—. Va a ser feliz —abrazó a Valeria y suspiró.

Ella hizo lo mismo y Silvia sonrió.

Sí lo sería, sería el niño más feliz del mundo porque esa pareja que estaba ahí se encargaría de ello.

Limpio una lágrima que cayó por su mejilla.

Por fin veía a su hermano feliz. Y a Valeria también.

Comenzaba una nueva etapa para ellos y no importaba si tenían más o menos, si vivían en una casa o en otra mientras que al final del día, siguieran siendo ellos dos.

Como estaban en ese momento cuando volvieron a la cama. Los dos desnudos, olvidando al mundo y solo sintiendo parte de todo lo que les quedaba por sentir.

Capítulo 23

Los meses siguientes no fueron nada fáciles. La convivencia entre ellos resultó más fácil de lo que creían, pero Max pasaba demasiado tiempo fuera de casa, trabajando el doble y Valeria comenzaba a sentirse sola.

De nada le servía vivir en una casa mejor. Ni tener más dinero ahorrado en la cuenta corriente. Ni estar a punto de volver a invertir en un negocio.

Él estaba ausente.

Una noche cualquiera él llegó a casa un poco antes. Tenía ganas de darse una ducha, de hacerle el amor a Valeria y de dormir abrazado a ella. Olvidando el cansancio.

—¡Val! ¡Ya estoy en casa! —frunció el ceño al no tener respuesta. Entró y buscó a Val por todos lados, pero no estaba. Y con lo avanzado que estaba su embarazo, Max iba a entrar en pánico.

Cogió el móvil y la llamó, pero estaba apagado o fuera de cobertura. Maldición.

Llamó a sus suegros, pero no estaba con ellos. Después de tranquilizarlos, llamó hasta a su hermana por si sabía algo, pero ¿cómo iba a saberlo ella estando en el quinto pino?

Joder, ¿dónde estaba?

Salió al jardín del adosado donde vivían desde hacía un mes y miró al cielo. Entonces lo supo.

Valeria estaba sentada en la orilla mirando al cielo, ensimismada en sus pensamientos.

Se sobresaltó al ver a alguien a su lado, hasta que se dio cuenta de que era Max.

—Me asustaste —él se sentó a su lado y suspiró, aún agobiado por el susto que se había llevado. Le colocó una manta que había cogido del coche al verla abrazarse por el frío y se quedó mirándola.

—Hola.

—Hola —suspiró él—. ¿Estás bien? —ella negó con la cabeza— ¿Es el bebé? —el pánico en su voz.

—No —dijo rápidamente—. Somos nosotros, Max.

Max tragó saliva, ¿de qué estaba hablando?

—Estamos bien, ¿no? —no habían peleado, ni siquiera discutido, no tenían problemas en la cama. Todo bien entonces.

—¿Eso crees? —ella lo miró a los ojos— Yo lo que veo es una relación que empieza a romperse.

—¿Qué? —a Max le dolió el pecho al escuchar eso— ¿De qué hablas, Val?

—No lo ves, ¿verdad? —ella rio con ironía.

Con trabajo y aceptando su ayuda al final, se levantó y se acercó más a la orilla mientras acariciaba su incipiente vientre.

—No, no lo veo. Te quiero, Val. Estoy cada día deseando llegar a casa para verte. En mí no ha cambiado nada. ¿Y me dices que lo nuestro se está rompiendo?

—Estás deseando llegar a casa y pasar conmigo una hora al día a lo sumo. Me siento sola, Max

y no es justo.

—Estoy trabajando duro y lo sabes.

—Yo también trabajo —le recordó ella, quien ya había comenzado las clases en un instituto de la ciudad—. Pero no hago del trabajo mi vida.

—Val...

—Yo no quiero cambiarte, Max. Tal vez tú eres así y está bien. Pero yo no quiero esto. Yo no quiero una pareja ausente. Yo no quiero ni necesito mucho más de lo básico, ya me lo aseguro yo con mi sueldo. Yo solo quería y quiero estar contigo. Pero tus prioridades en la vida son otras.

—No digas tonterías, mis prioridades sois el bebé y tú —ya sabían que era niño.

—¿De verdad? —él asintió con la cabeza— ¿Y qué harás cuando nazca, Max? ¿Echar aún más horas en el trabajo para darle aún más de lo que necesita mientras te pierdes el simple hecho de darle un biberón?

—No es así.

—Es así desde que vivimos juntos. Te has ido alejando y excepto para el rato de cama, entre nosotros no hay nada más.

—No digas eso.

—Es la verdad.

—No —Max fue a tocarla, pero ella se echó para atrás. Él sintió que le arrancaban el corazón en ese momento—. Val, por favor, hablemos las cosas.

—Es que hasta de eso estoy cansada, Max. Yo no tengo que estar explicándote cómo tienes que hacer las cosas. Ni pidiéndote nada. Yo solo te quiero a ti. Yo no quería ni una casa mejor, ni más ingresos ni nada. Ni siquiera he opinado cuando has vuelto a dejar tu carrera a un lado por trabajar más y más cuando no nos hacía falta. Yo solo te quería a ti y no has estado ahí.

—Entonces cambiaré. Si es solo eso, cambiaré.

Ella limpió su cara de lágrimas.

—Ya es tarde —dijo con tristeza, dispuesta a marcharse.

—Peque, no —Max la cogió del brazo y la pegó a su cuerpo—. Por favor, no me digas eso —él lloraba, sintiendo que su mundo se caía en pedazos—. ¿Ya no me quieres? ¿Es eso?

—Más que a nadie —lloró ella—. Pero esto no funciona y me está haciendo daño. Necesito alejarme un tiempo.

—¿De mí?

—Sí. Y tú necesitas pensar también qué es lo que quieres en la vida.

—A ti —dijo sin pensar.

—A mí me tuviste y me dejaste de lado —le recordó ella.

—¿Me estás diciendo que lo nuestro se terminó? —tenía un nudo en la garganta que no le dejaba respirar.

Ella asintió con la cabeza. Por más que le estuviera doliendo todo aquello, tenía que irse lejos de él.

—Necesitamos alejarnos.

—No, yo no —dijo con seguridad—. No nos hagas vivir esto otra vez, Val. Sabes lo que duele.

—Pero es que yo no lo hice. Fuiste tú el que se fue esta vez.

—Pequeña, por favor.

Valeria se acercó a él y le dio un beso en los labios. Max no pudo controlarse, cogió su cara entre sus manos y la besó otra vez. Y otra.

—Val...

—Te quiero, Max. Pero esto termina aquí.

—No, por favor.

Hizo que la soltara y se fue de allí, dejándolo completamente roto.

Max se dejó caer en el suelo y lloró.

Volvía a perderla y no sabía si esa vez podría recuperarla.

Capítulo 24

Hacía una semana desde que Valeria estaba en casa de sus padres y Max solo, sintiendo que todo su mundo se había ido a la mierda. La echaba mucho de menos y apenas podía pegar ojo preguntándose si ella y el bebé estaba bien.

Ella no le cogía las llamadas y la única información que tenía para sentirse más o menos tranquilo se la daban sus suegros.

Era una noche cualquiera cuando golpearon la puerta de su casa con fuerza. Max se levantó rápidamente, asustado, imaginando lo peor.

Al abrir, se encontró a una pequeña muy cabreada.

—¿Qué haces aquí? —pestañeó al ver a su hermana.

—Llegué esta mañana y da gracias de que decidiese esperar a que se me pasara la mala hostia antes de venir a verte. Y dale gracias a mamá que las ha pasado canutas para controlarme.

—Gracias, entonces —entró de nuevo en su casa.

Silvia enarcó las cejas, así que en ese plan estaba. Pues le iba a quitar toda la tontería muy rápido.

—Has vuelto a cagarla.

—Eso parece —Max se dejó caer en el sofá y siguió tomando de su cerveza.

—¿Y has hecho algo por arreglarlo?

—No quiere verme, ¿qué quieres que haga?

—¿Y ya está?

—Sí, ya está. Siempre la cago, ¿vale? Las relaciones no son lo mío. Ni cuenta me doy de las cosas. Así que mejor aceptar que estará mejor sin mí.

—¿Tu hijo también?

—Estaré ahí en todo momento para él.

—Pues no sé yo, porque Valeria va con dolores de camino al hospital para dar a luz a tu hijo y yo no te veo muy pendiente a él.

—¿¿Qué?! —se levantó de un salto— ¿¿Se puede saber por qué no me avisó?!

—Porque quise hacerlo yo y decirte lo gilipollas que eres.

Max estaba cogiendo la cartera y las llaves del coche.

—Y una mierda, has bebido —Silvia le quitó las llaves rápidamente.

—Ni media cerveza, no me jodas —gruñó él.

—No vas a conducir. Y yo tampoco te voy a llevar hasta que me escuches.

—No tengo tiempo para estupideces.

—¿Recuperar a la mujer que quieres es una estupidez?

Max apretó la mandíbula, claro que no lo era, pero él ya no sabía qué hacer.

—Ella no quiere estar conmigo.

—Ella no quiere estar con alguien que solo piensa en darle más y más y más. De ser así, se habría liado con un viejo pellejo rico a punto de morir. Joder, Max. Que se ha sentido sola cada

día. Lo único que quiere es verte bien, feliz y con ella. Solo te estaba pidiendo un poco más de tiempo, ¿pedía mucho?

—Pero yo pensé que...

—Pues a este paso deja de pensar, porque cada vez que lo haces, la lías. Ella no es la otra. A Valeria no vas a perderla porque te arruines. Pero sí se irá, como ya hizo, si no se siente querida. Porque tú la sigues queriendo, ¿verdad?

—Más que a nada.

—Entonces reacciona, Max. Ella solo quiere eso de ti.

Él asintió con la cabeza.

—Llévame con ella, por favor.

Media hora después, Max, después de liar un bonito espectáculo porque nadie le decía dónde estaba Val, entró en la habitación donde la monitoreaban.

—Pequeña —corrió a su lado y maldijo al escucharla gritar por el dolor—. Tranquila, mi amor.

—Max.

—Estoy aquí.

—Pensé que no vendrías.

—No seas idiota, aunque ya hablaremos tú y yo de por qué no se me ha avisado antes —se quejó—. Mierda, ¿te duele?

—Mucho —volvió a gritar.

Joder, odiaba verla así.

Y parecía que no iba a terminar muy rápido.

El parto se alargó un poco más de lo que pensaban y fue bastante doloroso para Valeria, pero por fin todo había terminado.

Max estaba sentado, su mano entrelazada con la de Val, quien dormía por el agotamiento. Observaba a su hijo sin poder creerse que estuviera allí.

—Lo siento —susurró ella.

Max la miró al escucharla hablar, su ceño fruncido cuando sus ojos se encontraron.

—¿Qué es lo que sientes?

—El haberme ido así, yo...

—No. No tienes nada que sentir. Lo hice mal y me lo merecía.

—No merecías eso. Yo también lo hice mal, tenía que haberte dicho antes cómo me sentía y no esperar a que lo adivinases.

—No importa, Val. Ahora estamos aquí.

—A mí sí me importa. Tampoco sé cómo hacerlo, Max y me asusto y...

Max limpió sus lágrimas y la besó.

—¿Y si hacemos un trato?

—¿Qué trato? —ella frunció el ceño, curiosa.

—Ya que ninguno sabemos cómo hacerlo, ¿podemos seguir aprendiendo juntos?

Ella asintió con la cabeza mientras lloraba.

—Yo solo quiero sentirte conmigo —sollozó ella.

—Lo estoy, pequeña. A veces hago el gilipollas, pero sigo queriéndote. Y por más difícil que se ponga todo, siempre seguiré aquí.

—Te quiero.

—Y yo a ti, peque —la besó con dulzura, emocionado por todo lo que estaban viviendo—. Mi

madre dice que se parece a mí —dijo cuando volvió a mirar a su bebé.

—Tu madre y todo el mundo —sonrió ella—. Es un “minitú”.

—Eso no es muy bueno —resopló.

—Eso es perfecto. Él es perfecto. Como lo eres tú para mí.

Max sonrió, pero la sonrisa se le cortó cuando se levantó de un salto porque Isaac comenzó a llorar.

Valeria observó cómo, con todo el cuidado del mundo, lo cogía en brazos y lo acunaba.

—Ya, pequeño —le dio un beso en la frente—. Estamos contigo.

Sí, estaban ahí. Él estaba ahí.

Esos días sin Max habían sido una mierda. Lo había echado mucho de menos y se había culpado por haberse marchado de esa manera.

Había tenido miedo de que él ni apareciera, de que estuviese enfadado con ella y tendría razón de ser así porque ella tampoco lo había hecho bien.

Pero como él le había pedido, aprenderían juntos.

Los tres, en familia.

—Os quiero a los dos —dijo ella de repente.

Max la miró y sonrió ampliamente. Sentía su corazón henchido de felicidad.

—Y nosotros a ti, peque.

Epílogo

Dos años después...

Valeria se dejó caer en la cama, estaba cansada, cansada, fatigada, extenuada y todo lo que terminase en -ada.

Enamorada también.

O lo que venía siendo lo mismo, agilipollada perdida cuando se trataba de Max.

—¿Qué haces, peque? —Max entró en el dormitorio y sonrió al verla así, desparramada en la cama.

—No sé de dónde saca la energía, te lo juro.

Max rio, Isaac era un torbellino y los dos solían terminar exhaustos cada noche. Se quitó la camiseta y la dejó caer en el suelo del baño cuando entró en él.

Valeria suspiró, ya la había excitado. Si es que ese hombre la ponía a tono con el simple hecho de respirar.

Max entró en la ducha y se puso bajo el chorro de agua, también le dolía todo.

Ese día había sido un poco largo, tenía que solucionar algunas cosas del trabajo y había estado en tensión.

Pero nada por lo que quejarse.

Desde que Isaac nació, la relación de Max y Valeria fue viento en popa. Se entendían mejor, hablaban más las cosas. Él había entendido que lo importante no era la seguridad material, sino la emocional. Así que aunque había seguido trabajando, decidió tener un poco menos y estudiar también.

Y logró terminar la carrera y lo agradecía ahora, cuando se dedicaba a lo que de verdad quería.

Escuchó abrirse la mampara y sonrió. Se quedó así, quieto bajo el chorro de agua, con las palmas de las manos apoyadas en los azulejos. El cuerpo de quien, por fortuna, ya era su esposa, se pegó a su espalda y sus manos acariciaron su cintura hasta que cogió su miembro.

—Joder —gimió él al girarse—. ¿Qué quieres? —enarcó las cejas.

Valeria dejó que la apoyase en la pared de azulejos, que cogiese sus manos, agarrándola con una suya y las mantuviese por encima de su cabeza, inmovilizándola.

—Que me toques —dijo mirando esos ardientes ojos grises.

—¿Aquí? —con la otra mano, Max agarró sus pechos y los apretó, haciéndola gemir.

—Y más abajo...

Max bajó su mano por su vientre.

—¿Más?

—Más.

—Hmmm... —llegó a su sexo y lo rozó— ¿Más?

—Por favor —rogó.

Max lo hizo, acarició su sexo, empapado por la excitación y metió sus dedos dentro de ella, haciéndola gritar.

—¿Más?

—No —dijo ella.

—¿No? —ella negó con la cabeza— ¿Entonces qué es lo que quieres ahora?

Valeria dejó de morderse el labio y lo miró con toda la pasión que sentía en ese momento.

—Que me follés.

¡Joder!, exclamó Max en su mente.

Se abalanzó sobre ella y le devoró los labios. Acarició su cuerpo desnudo y ahuecó las manos en sus nalgas cuando llegó a ellas.

—Ahora, pequeña —la alzó a la vez que ella cogía impulso y Valeria se enganchó a su cintura. Max guió su miembro y con un movimiento, entró en ella.

—Oh, Dios —gimió Valeria, mordiendo su hombro.

Max la hizo suya con movimientos rápidos y fuertes, los dos sin control en ese momento.

Como solía suceder entre ellos.

Cuando cayeron en la cama, los ojos se les cerraban a ambos. Era el momento de dar por terminado otro día.

—¡¡¡Mami!!! ¡¡¡Papi!!!

Isaac saltó en la cama, separándolos a los dos.

—¿Pero tú no estabas dormido? —Max lo cogió y lo metió debajo de la sábanas, con ellos.

—Ya no —dijo el pequeño, queriendo abrazar a los dos a la vez.

—Pues hay que dormir, mi amor —sonrió Val.

—Te quiero —dijo el pequeñín mientras abrazaba a cada uno, haciéndolos sonreír.

—Y nosotros a ti, bebé —sonrió Max.

Abrazó a los dos amores de su vida y cerró los ojos con una sonrisa en los labios.

Feliz porque les quedaba toda una vida por delante y todo por sentir.